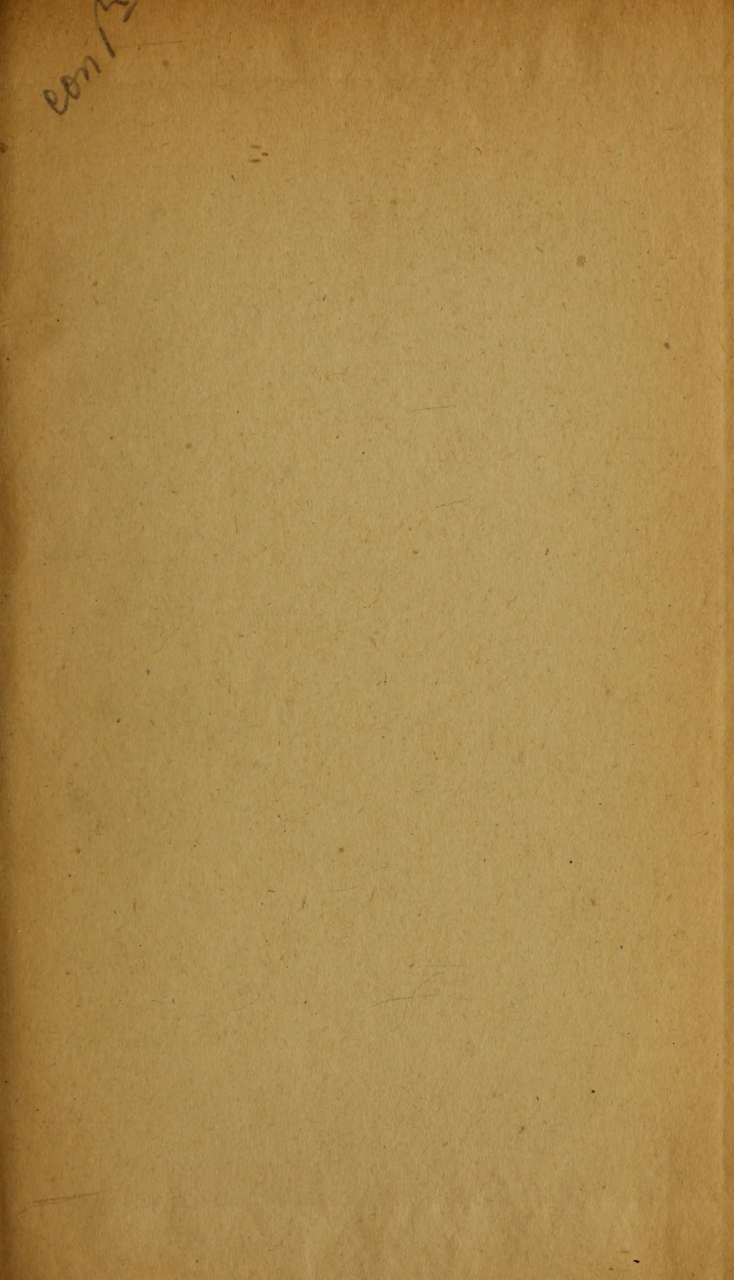

3 1761 09546593 6







# CUENTOS DE MI TIEMPO

# OBRAS
### DE
## JACINTO OCTAVIO PICÓN

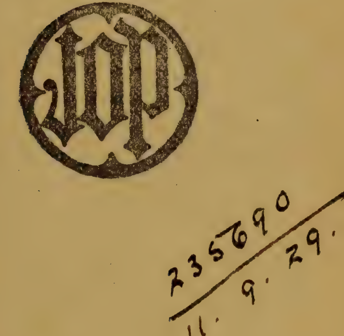
**Apuntes para la historia de la caricatura.**
**Lázaro.** (Casi novela.)
**Del teatro.** (Lo que debe ser el drama.)
**La hijastra del amor.** (Novela.)
**Ayala.** (Estudio biográfico.)
**Juan Vulgar.** (Novela.)
**El enemigo.** (Idem.)
**La honrada.** (Idem.)
**Dulce y sabrosa.** (Idem.)
**Novelitas.**
**Cuentos de mi tiempo.**
**Tres mujeres.** (Cuentos.) Colección Klong.
**Vida y obras de Don Diego Velázquez.**—Madrid, 1899.
**Castelar.** (Discurso de ingreso en la Academia Española.) Madrid, 1900.
**Cuentos.** (Colección Mignón.)
**Discurso leído en los Juegos Florales de Calatayud.**—Calatayud, 1901.
**La vistosa.** (Cuentos.)
**El desnudo en el Arte.** (Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes.)—Madrid, 1902.
**Discurso leído en la Academia de Bellas Artes para conmemorar el tercer Centenario de la publicación del** *Quijote.*—Madrid, 1905.
**Drama de familia.** (Cuentos.)
**Juanita Tenorio.** (Novela.)
**Mujeres.**
**Sacramento.**
**Desencanto.** (Novela.)
**Cuentos de mi tiempo.**

JACINTO OCTAVIO PICÓN
*De las Reales Academias Española y de Bellas Artes*

OBRAS COMPLETAS

TOMO DECIMOSEGUNDO

# Cuentos de mi tiempo




RENACIMIENTO
San Marcos, 42
MADRID

IMPRENTA LATINA. RODRIGUEZ SAN PEDRO, 19. TELEF. 11-26 J.

# LA PRIMER CUARTILLA

*Para instruirnos es la ciencia; para mejorarnos, la moral; para deleitarnos, el arte, donde hallan las fuerzas fatigadas alivio y el espíritu ennoblecido recompensa. Si la obra artística ilustra el entendimiento y depura la conciencia, tanto mejor; pero su misión es ser bella, y lo mismo puede realizarla inspirándose en la fe, descorazonada por la incredulidad, o herida por la duda.*

*Tal creo, y, sin embargo, quise poner en estas humildes páginas algo que levantase el ánimo y moviera la conciencia contra injusticias y errores de que el arte puede ser, si no remedio, espejo; si no enseñanza, aviso.*

*He aquí mi explicación para unos, mi disculpa para con otros.*

*Empezó* El Liberal *a publicar cuentos, y me honró pidiéndome algunos. A ser periódico exclusivamente artístico y literario, hubiera yo trabajado para él de otra suerte: mas imaginé que en un diario político debía escribir luchando, como soldado raso, contra las ideas, casi vencidas, de lo pasado, y a favor*

*de las esperanzas de lo por venir, no triunfantes todavía.*

*Entonces puse el pensamiento en aquella aspiración de justicia, ya escrita en los códigos, pero que aún es letra muerta en las costumbres.*

*De ellas me inspiré, intentando contribuir a la pintura de esta época, en que una letra de cambio, una obligación, un* cheque, *pesan en la balanza social más que cuanto representa trabajo, ciencia, estudio y arte.*

*Mis aciertos y mis errores, hijos son de mi tiempo: ni por éstos mereceré censura, ni por aquéllos soy digno de alabanza: de que enderecé al bien la voluntad, estoy seguro.*

*Madrid, 1895.*

# LA AMENAZA

## I

Sonaron las campanadas del medio día, y de allí a poco la puerta comenzó a despedir en oleadas de marea humana la muchedumbre cansada y silenciosa que componía el personal de los talleres. Nadie hablaba: no hacía el varón caso de la hembra, ni buscaba la muchacha el halago del mozo, ni el niño se detenía a jugar. Los fuertes parecían rendidos, los jóvenes avejentados, los viejos medio muertos. ¡Casta dos veces oprimida por la ignorancia propia y el egoísmo ajeno!

El gentío se fué desparramando como nube que el viento fracciona y desvanece: pasó primero en turbas, luego en grupos y después en parejas que calladamente solían dividirse sin despedida ni saludo, tomando unos el camino de su casa, entrando otros en ventorrillos y tabernas, diseminándose y perdiéndose, confundidos todos y sorbidos por la agitada circulación del arrabal.

Uno de los últimos que salieron fué Gaspar Santigós, alias «el Grande» o «Gasparón», porque era de tremendas fuerzas, muy alto y muy fornido. Hacíanle simpático el semblante apacible, la frente despejada, el mirar franco, y era tan corpulento, que parecía Hércules con blusa.

Echó a andar por la sombra de una tapia, cruzó dos o tres calles, atravesó una plaza, y metiéndose por pasadizos y solares, para acortar distancias, vino a desembocar en un paseo de olmos gigantescos, cuyo ramaje se entrelazaba formando bóveda de sombra, bajo la cual le esperaba, sentada en un tronco derribado, una mujer joven, limpia y graciosa, que tenía delante una cesta, al lado un perro, y en el regazo un niño. Corrió el animal hacia su amo, el pequeñuelo alargó las manitas, y mientras el hombre sacaba de la cesta y partía la dorada libreta, la muchacha, sin dejar de mirarle, apartó a un lado la ensalada, sacó la botella del tinto, la servilleta, las cucharas de palo, y sobre el hondo plato de loza blanca, con ribete azul, volcó el puchero de cocido amarillento y humeante.

## II

Cuando sonaron a lo lejos las campanadas «de vuelta», echó el último trago, lió un pitillo, dió un

beso al niño, arrojó al perro un mendrugo, y oprimiendo rápidamente el talle a la joven, como un avaro que palpa su tesoro, tomó el camino de la fábrica.

Traspuso la puerta, cruzó un patio lleno de pilas de lingotes de hierro, y entró en una nave larga y anchurosa, iluminada por ventanales tras cuyos vidrios empañados se adivinaban muros ennegrecidos, montones de carbón, chisporroteo de fraguas, y altas chimeneas que en nubes muy densas lanzaban a borbotones el humo pesado y polvoriento de la hulla. En lo alto y a lo largo de la nave corría en complicadas líneas un número incalculable de aceros relucientes, de hierros bruñidos, palancas, vástagos y ruedas unidas por correas, que subían, bajaban, se retorcían cruzándose, y giraban vertiginosamente, como miembros locos de un mecanismo vivo en que nada pudiera detenerse sin que el conjunto se paralizara. El piso entarimado temblaba con la trepidación del vapor, cuyos resoplidos se escuchaban cercanos; y de otros talleres, debilitado por el vocerío y la distancia, venía rumor de herrajes golpeados y zumbido de máquinas mezclado a cantos de mujeres.

Al término de aquella nave veíase otra igual, y salvando un patio que las separaba, había entre ambas un puentecillo estrecho de madera, junto al cual giraba sobre su eje la enorme rueda de un colosal volante.

Cuando iba «Gasparón» por la mitad del puente-

cillo, vió que de la segunda nave llegaba un aprendiz corriendo, con tal ímpetu, y tan lanzado a la carrera, que ya no podía detenerse. Sin tiempo para retroceder, y adivinando que no cabrían los dos en el angosta pasadizo, «Gasparón, encogiendo el cuerpo, se hizo a un lado: llegó el muchacho como un rayo, se desvió mal, sufrió el encontronazo y cayó de bruces, quedando casi fuera del tablón estrecho que formaba el piso suspendido sobre el vacío del patio, y sin lugar a donde asirse. «Gasparón», más cuidadoso del peligro ajeno que del propio, le tendió una mano; y el chico, cegado por el miedo, se agarró a ella con tal fuerza y tal ansia, que hizo vacilar al obrero. Este, al perder el equilibrio, instintivamente, para recobrarlo haciendo contrapeso, echó hacia atrás el otro brazo puesto en alto, mas con tan mala suerte, que alcanzándoselo un radio del volante, le partió el hueso por más arriba de la mano.

El muchacho dijo luego que, a pesar del terror, oyó un crujido como cuando se parte una astilla de un hachazo. Pero aún tuvo aquel hombre fuerza y serenidad para retroceder algunos pasos: arrastró al chico, y al dejarlo en salvo sobre el piso de la nave, cayó rendido a la violencia del dolor.

Recogiéronle sus compañeros, y por no tener enfermería la fábrica, le llevaron sentado en una silla al hospital cercano, donde aquella misma tarde hubo que desarticularle el codo.

La convalecencia fué larga: en ella se gastaron

primero los ahorros; luego el préstamo tomado sobre la ropa dominguera, la capa de él y el mantón de ella; después algún socorro de camaradas y vecinos, y por último, un donativo de la «Caja de resistencia en huelgas». En nuevo trabajo no había que pensar, porque el brazo perdido era el derecho.

## III

Cuarenta y tantos días después de la desgracia, la mujer de «Gasparón» se presentó en la pagaduría de la fábrica.

Era una habitación pequeña, dividida por un tabique de madera y tela metálica con ventanillos, tras de los cuales se veía un señor viejo, bien vestido, de camisa limpia, que estaba leyendo un periódico, sentado junto a una caja de caudales. Cerca de él, al alcance de su vista, había dos hombres que de pie y encorvados escribían en grandes libros puestos sobre pupitres de pino.

—¿Qué traes tú por aquí?—dijo uno de los escribientes al acercarse la mujer.

—¿Cómo ha quedado «Gasparón»?—preguntó el otro.

—Pues, ¡cómo ha de quedar! Manco.

—¿Y a qué vienes?

—A cobrar.

Uno de aquellos hombres tomó un cuaderno y comenzó a pasar hojas, murmurando:

—Gaspar... Gaspar...

—Está por Santigós. Nave de taladros, sección segunda—dijo la mujer.

—Es verdad; Gaspar Santigós, aquí está.

—Ese es—añadió ella suspirando.

El escribiente se puso a hacer números en una cuartilla de papel, y sin alzar la vista preguntó:

—¿Había cobrado la semana anterior?

—Sí, señor.

—Pues son..., deben de ser...

Entonces el caballero de la camisa limpia soltó el periódico, y sin mirar a la joven preguntó:

—¿Qué día fué eso?

—El veinte pasado: miércoles, a las dos—contestó ella tristemente.

—Pues poca duda cabe—repuso el caballero—; lunes, uno; martes, dos; miércoles..., dos días y medio, que a cuatro cincuenta de jornal..., son once pesetas con veinticinco céntimos.—Y se volvió de espaldas.

Sacó el dependiente una esportilla de la caja, contó el dinero, y sin más conversación hizo la entrega. Marchóse llorando la muchacha, y aún se oía el ruido de sus pasos cuando el caballero de la camisa limpia dijo severamente:

—No se le olvide a usted apuntar que «Gasparón» es «baja».

## IV

Cuando los obreros supieron que a «Gasparón» se le habían pagado «dos días y medio», corrió sobre sus tugurios y agitó sus cabezas viento de tempestad. La iniquidad llamó a la ira.

Reuniéronse los delegados de los grupos, hubo Junta una noche en la trastaberna del «Francés», y para completo conocimiento del caso, se citó también al pobre manco.

«Gasparón» contó su desgracia con la mayor naturalidad, mostró el muñón cicatrizado, lleno de costurones, y luego, mientras duró la reunión, no cesó de molestar a los amigos pidiendo que le desliaran cigarrillos, porque aún no estaba acostumbrado a valerse con una sola mano.

Una lámpara sucia, que apenas daba luz, ardía inútilmente, sin alumbrar el cuarto. Casi no se veían cuerpos, ni figuras, ni rostros. Las voces parecían salir de entre sombras como protestas y amenazas anónimas.

—Llevo cincuenta y dos años de taller—dijo el que habló primero—y sé más que vosotros, porque he corrido muchas fábricas; entré a los doce... Siempre he dicho que lo mejor sería «obligarles» a mantener a los que ya no pueden trabajar. Si no, ya lo véis; callos en las manos y la tripa vacía.

—Yo, con menos años—dijo otro—tengo más experiencia: lo mejor es ponernos de acuerdo, guardar secreto y estropearles el material, la mano de obra, la herramienta, todo lo que se pueda; perder tiempo, fundir mal, tejer peor. En un año no quedaba fábrica con crédito.

—Ni obrero con pan.

—¡Las ocho horas!—exclamaron varios al mismo tiempo.

—Buen consuelo, ser perros ocho horas en vez de nueve.

—Aumento de jornal.

—Y en seguida suben ellos la ropa, el pan, la casa... si pudieran... ¡hasta el aire tasaban!

Entonces se oyó una voz que no había sonado aún: una voz que delataba un cuerpo chico y una voluntad monstruo.

—Aquí no hemos venido a discutir, sino a vengarnos. ¿Tenéis coraje? ¿Sí o no? Yo sé dónde hay tres cartuchos de dinamita, de a dos kilos y medio; uno para el almacén de modelos, que es lo que vale más; otro para casa del amo por la parte de atrás, donde tiene la familia... y el otro se guarda para cuando haga falta. Echamos suertes, y a quien le toque, aquél los pone.

Un silencio prolongado y medroso siguió a la horrible proposición. A unos les asustaba la idea del estrago; a otros el terror del castigo; con la voluntad, casi todos fueron cómplices; ninguno dijo: «Yo me atrevo.»

De pronto se levantó «Gasparón», dió dos chupadas al pitillo, y colocándose bajo la débil claridad de la lámpara, para que le leyeran en el rostro lo inquebrantable de la resolución, habló de esta manera:

—Todo eso es inútil, o es infame. ¿Montepío ni pensiones, con dinero de ellos? Estáis soñando. ¿Huelga? ¿Para qué? ¿Para hocicar en cuanto falta el pan en casa, quedar empeñados y volver al trabajo? Lo de los cartuchos, es una salvajada de cobardes; ¡por cuenta mía no se asesina a nadie! Dejad a mi cargo la venganza, que será buena... y larga.

Unos refunfuñando, y otros de buen grado; por miedo los pusilánimes, y los exaltados porque en los ojos de «Gasparón» adivinaron algo tremendo y misterioso, todos accedieron a su ruego; y la reunión se disolvió enseguida, semejante a una de esas tormentas que llevan en su seno el rayo y no lo lanzan a la tierra.

## V

Al día siguiente «Gasparón» se puso a pedir limosna al pie de la soberbia casa donde vivía el fabricante. Allí está siempre junto a la verja de remates dorados, cerca de una ventana, tras cuyos cris-

tales caen en amplios pliegues los cortinajes de seda: allí se le vé de sol a sol mostrando el muñón cicatrizado, destacándose el bulto haraposo de su cuerpo sobre la fachada de mármol, y llevando siempre colgado al cuello un cartelito en que se leen estas palabras: INUTILIZADO EN LA FÁBRICA DE DON MARTÍN PEÑALVA.

Súplicas, amenazas, ofertas para que se retire, cuanto se ha intentado ha sido en balde. Allí está cuando el rico industrial, nuevo señor del feudalismo moderno, sale a sus placeres y sus agios; cuando su esposa vuelve de rezar, y cuando sus hijas van a saraos y fiestas envueltas en primorosas galas.

Aquel mendigo en la puerta de aquel palacio es una afrenta viva: y es también una tremenda profecía.

La mano con que pide parece que amenaza.

# LA BUHARDILLA

## I

La casa de los duques de las Vistillas era de las mejores entre las buenas viviendas nobiliarias del antiguo Madrid. No podía compararse con ella la de los Guevaras, ni la de los Peraltas, ni la de los Zapatas, ni aun la de los «Salvajes»: se parecía a las de Oñate y Miraflores. Sus dueños le decían el «palacio»... y, sin embargo, no pasaba de ser un caserón destartalado, de grandes salones, tremendos patios y pasillos laberínticos. La fachada era de agramillado y berroqueña del Guadarrama: tenía zócalo de granito con respiradores de sótano, planta baja con descomunales rejas dadas de negro, principal de anchos huecos con fuertes jambas, recios dinteles y guardapolvos casi monumentales: sobre el balcón del centro, que caía encima del zaguán, ostentaba un enorme escudo nobiliario, ilustre jeroglífico compuesto por cabezas de moros, perros, cadenas, bandas y calderos; todo ello dominado por

un soberbio casco de piedra caliza que el tiempo iba enrojeciendo con el chorreo de las lluvias mezclado a la herrumbre del balconaje. El piso segundo, bajo de techo y a manera de ático, tenía ventanas pequeñas, y sobre el entablamento descollaban las buhardillas altas, aisladas, recubiertas de tejas, guarnecidas de verdosas vidrieras, ante las cuales se veían desde lejos las ropas recién lavadas y tendidas que goteaban sobre estrechos cajoncitos, plantados de hierba luisa, albahaca, hierba de gato y claveles.

Eran estas buhardillas habitación de gente pobre que vivía en contacto frecuente con los ricos: así estaban cercanos la necesidad y el remedio, hermoso maridaje que aplaca la envidia de los que no tienen y amansa el egoísmo de los que poseen. Los amos ocupaban en invierno el principal y en verano el bajo: en el segundo estaba la administración, y en las buhardillas, los cocheros, pinches y lacayos, amén de dos o tres familias de sirvientes jubilados y gentes protegidas, entre ellas, Manuela, hija de un ayuda de cámara, hermana de una doncella y viuda de un mozo de comedor que había servido muchos años y murió, dejándola embarazada.

Daban los señores a Manuela, en recuerdo de lo bien que se portó su marido, tres reales diarios y casa; es decir, una de aquellas buhardillas que desde la calle se veían descollar por cima del tejado, entre ropas blancas y macetas verdes.

De la misma edad que Manuela tenían los duques una hija tan graciosa, picaresca y bonita, que parecía un modelo de Goya, y tan buena, que en limosnas y socorros gastaba mucho de lo que sus padres le daban para galas y alfileres.

La casualidad, o la Providencia, que acaso sean hermanas sin saberlo, hizo que la duquesita y Manuela se enamorasen y casaran casi al mismo tiempo, hacia mil ochocientos setenta y tantos. Sin duda el amor, que no distingue de jerarquías ni clases, les rozó simultáneamente con sus alas. Algo así debió de suceder, porque ambas fueron madres con diferencia de unas cuantas horas. Cuando el hijo de la duquesita vertía sus primeras lágrimas entre lienzos de Holanda y ricos encajes, hacía sus primeros pucheros el chiquitín de Manuela envuelto en pañales de bayeta amarilla.

No habían salido a misa de parida, aún guardaban cama, cuando una noche, casi de madrugada, la duquesita mandó llamar a su doncella, hermana de Manuela. Pasó un buen rato sin que acudiese la chica, impacientóse el ama, y al llamar por tercera o cuarta vez, entró al fin la muchacha diciendo llorosa y acontecida:

—Dispense V. E..., estaba arriba... porque a mi hermana «paece» que se la «yeba» el Señor.

—¿Qué le pasa?

—Pues lo peor: dice el señor médico, que así como a V. E. le ha «sucedio» con bien la subida de la leche, a la pobre Manuela le ha «entrao»

una calentura «malina» que nos quedamos sin ella.

La duquesita quedó aterrada. Como su situación y la de aquella desdichada era casi la misma, pensó que podía haberse hallado en caso igual; tuvo miedo, tembló por sí, y se estremeció ante la idea de dejar sin madre a aquel pedacito de su alma concebido entre placeres, parido entre dolores, que allí dormía puestos los labios en su pecho y acogido al calor tibio y cariñoso de su cuerpo.

—Válgame Dios—dijo la señora—; con que calentura maligna....

—Pero muy grande, y lo más malo es que ha dicho el señor médico que busquen quien dé teta al niño... y ya ve V. E., así, de pronto, cualquiera encuentra... Está la criatura llorando como un cachorro.... chupa que chupa, Manuela con los pechos secos... y «ná», como si mamase de un pepino.

La duquesita miró a su hijo con ternura, y en seguida, obedeciendo a una de esas inspiraciones femeninas que ante nada se detienen, dijo:

—¿Y no hay quien le dé teta?

—Nadie: ya hemos «corrío» toda la «vecindaz»..., y aunque ahora al pronto se encontrara, ¿cómo quiere V. E. que luego pague un ama? Estará de Dios que se quede sin hijo.

—Pues oye... sube corriendo, coge al niño, mira si está limpito y bájalo... Yo tengo leche para dos.

Oposición de los padres, enojo del marido, advertencias del médico, todo fué inútil. La duquesita dió

teta al hijo de Manuela durante tres días, al cabo de los cuales, doblegándose ante la enérgica actitud de su esposo, devolvió el niño a la madre, prendiendo entre los pañales un billete de Banco para que pudiese pagar nodriza.

Súpose todo aquello en el barrio, y cuando la señora salió a misa de parida, no logró pisar el suelo de la calle; porque desde la escalera hasta el zaguán, donde aguardaba el coche, y desde las gradas de la parroquia hasta el altar de la Virgen, las mujeres de la vecindad habían alfombrado el piso con mantones y flores; mantones raídos, flores baratas...; pero no hubo sultán de Oriente que disfrutara triunfo igual.

## II

Muertos sus padres pocos años después, la duquesita, por seguir la moda y complacer a su marido, vendió la casa de sus mayores y edificó en la Castellana un hotel a la francesa, dirigido por un arquitecto de París. Cayó la antigua morada de los Vistillas, destruyóse la severa fachada, y casi juntos rodaron por el suelo los fragmentos del escudo roto y las tejas de las buhardillas derruídas. Lo que produjeron las rejas y los sillares de berroqueña apenas bastó para pagar unas cuantas piedras

traídas de Angulema. El nuevo edificio era extranjero, antipático, barroco, en el mal sentido de la palabra, y en vez de buhardillas españolas, tenía una gran montera de pizarra.

Claro está que al derribarse la casa antigua fueron echados a la calle los servidores jubilados, y entre ellos Manuela. En vano intentó ver a la duquesa. El mayordomo, un burgués en canuto, más aristocrático y orgulloso que el amo a quien sisaba, no permitió que se acercase a la señora.

Manuela comenzó entonces a subir esa calle de la amargura que se llama miseria. Fué peinadora, cosió para las tiendas y el corte, siendo desgraciada en todo, y por último se puso a lavandera.

Pasó tiempo. La duquesita, esbelta y grácil como un ángel de los que pintó Goya en San Antonio, se había convertido en una señorona de opulentas formas: Manuela, antes guapa, airosa y limpia, estaba fea, ordinaria, flaca, embastecida por el trabajo y desfigurada por las privaciones.

## III

Un día hubo motín de lavanderas. El Ayuntamiento, a quien el pueblo llamaba el gran matutero, les exigía un nuevo impuesto, y las pobres no podían ni querían pagarlo.

La gresca comenzó muy de mañana en los lavaderos del Norte, se corrió río abajo desde los «once caños» hasta los puentes de Segovia y Toledo, arreció en los cobertizos del pontón, engrosó, por ser domingo, con la gente de los merenderos, y al medio día los grupos de mujeres, armadas de palos, piedras, trancas y estacas, subieron por el Paseo de los Ocho Hilos y la calle de Toledo a desembocar en la Plaza de la Cebada. En vano luchaban las tituladas autoridades.

—¡Muchachas! ¡Hijas mías!—decía el gobernador—todo se arreglará... Nombrad una comisión.

Una de aquellas desdichadas se adelantó, diciendo:

—Mire «ustéz», usia..., estamos hartas, y no nos da la gana. Las que salimos mejor libradas, las de lavadero, pagamos «cá» sábado treinta «riales» de pila y colada; dos «riales» de mozos «pá» que cuelen con «cudiao»; por cada carretilla de ropa de la pila al cuelo, y del cuelo a la pila, una perra grande; en los tendederos otra perra, y en cuantito que llueve, «pá» que recojan pronto, otra perra...; por subir y bajar talegos una peseta «cá» viaje; y ponga usted jabón, palas, jornal de ayudantas, valor de prendas «perdías»... y las heladas y los calores... las que «tién» más suerte les queda diez «u» doce «riales» por semana... vamos, lo que usted gasta en un puro. ¿Qué «quiusté» que comamos? ¡Y ahora pone el alcalde otra contribución! ¡Como no «sus» demos morcilla!

Un guardia quiso prender a la oradora, pero sus

compañeras la defendieron a palos, mordiscos y arañazos... Salió un sable de la vaina, y allí fué Troya. Un diluvio de piedras y medios ladrillos cayó sobre los representantes del poder; y todos quedaron iguales; así los mal nombrados por el gobierno, como los peor elegidos por el pueblo. Gobernador, alcaldes, concejales, inspectores y guindillas, tuvieron que huir vergonzosamente ante las amazonas del Manzanares. Apaleaban a los agentes, herían a los guardias, silbaban a los clérigos, ordenaban cierre de tiendas y recorrían la capital en son de guerra, gritando: «¡Muera el alcalde! ¡Abajo los ladrones!» En la calle de Atocha sufrieron una carga de caballería. Seis u ocho quedaron descalabradas a sablazos y tendidas en medio del arroyo; otras cayeron pateadas por los caballos; las más se replegaron desordenadamente hacia la plaza de Antón Martín. Iban furiosas; no eran mujeres, sino fieras.

Hubo momentos en que lo comenzado como asonada de miserables desgraciadas amenazó trocarse en alzamiento social. Los primeros gritos fueron: ¡No pagamos! ¡Abajo la peseta! ¡Abajo el alcalde! Luego el pueblo, con ese instinto que le hace relacionar ideas hasta encontrar el origen de su daño, comenzó a gritar: ¡Abajo los ladrones!; y por último la miseria fermentada, la pobreza escarnecida, la ignorancia fuerte y sin freno, todo aquel conjunto de injusticias acumuladas se condensó en una voz terrible: ¡Mueran los ricos!

A este punto llegaba la marea del hambre, cuan-

do en mal hora acertó a desembocar en la plaza una soberbia carretela ocupada por dos señoras elegantísimas. Los caballos ingleses, el coche francés, y lo que ellas llevaban desde las telas de los trajes hasta las horquillas de oro, desde las medias de seda hasta las primorosas flores de sus sombrerillos, todo tenía ese aspecto de suntuosidad a la moderna que cuesta más caro cuanto parece más sencillo.

Entonces, aquel río de furias desgreñadas, aquellas turbas harapientas, atajaron el paso al coche, y sobre las magníficas faldas de las damas, pálidas de sorpresa y medio muertas de miedo, comenzó a caer en lluvia pastosa y sucia el barro arañado de entre los adoquines o cogido en las socavas de los árboles; y empezaron a silbar por el aire trozos de cascote, escuchándose los rugidos de las amotinadas, que vociferaban: ¡Mueran los ricos! Dos o tres piedras chocaron contra la caja de la carretela, quedó herido el lacayo; una moza de fuerzas hercúleas metió un garrote entre los radios de una rueda, y apalancando con alma para que no se moviera el coche, facilitó que por la trasera de éste treparan varias chicuelas ansiosas de arrancar de los sombrerillos las primorosas flores pagadas en París a peso de oro. Y los gritos no cesaban: ¡Vamos a desnudarlas! ¡Mueran los ricos! El momento fué horrible; aquello parecía el choque del hambre con la inconsciente insolencia de la hartura.

De repente, una de las amotinadas, que estaba

en tercera o cuarta fila, comenzó a dar codazos y empellones pugnando por abrirse paso.

Debía de ser alguna de las «jefas», porque los grupos se espaciaron dejándola avanzar hasta la caja del coche, mientras ella, gesticulando enérgicamente, decía con los brazos en alto:

—¡Compañeras, quietas! ¡Chicas, no tiréis! ¡Dejadme hablar... no seáis bestias!

Viendo a aquella mujer, la más joven de ambas damas, dió un grito de asombro y de sorpresa, exclamando:

—¡Manuela!

—¡Yo soy, «señá» duquesa!

Y subida en el estribo, agarrándose a la capota, siguió gritando:

—¡Muchachas, por lo que más queráis en el mundo «sus» pido que no les hagáis daño! Ellas no «tién» la culpa. ¿Sabéis quién es ésta, la guapa, la más joven, la que «paece» la Virgen de la Paloma? Las que me conocéis, las de mi lavadero, ¿no «m'habéis» oído contar que cuando mi hijo se me moría le dió la teta una señora?... ¡Pues ésta es! ¡«Pa» hacerla daño me tenéis que matar a mí!

Sonó algún silbido, se oyeron algunas carcajadas de mofa; pero las turbas abrieron paso, los grupos se aclararon, la lavandera echó pie a tierra, arreó el cochero y el carruaje pudo arrancar despacio por entre aquella muchedumbre hostil, momentáneamente amansada. La duquesa miró a su salvadora con los ojos nublados de lágrimas, y Manuela siguió

mientras pudo al lado del coche, diciendo, trémula de gozo:

—¡Adiós, señora! ¡Qué lejos que estamos ya los pobres y los ricos! ¡Cuánto más valían aquellas buhardillas cuando vivíamos unos cerca de otros «pa» conocernos y querernos! Ahora hacen unos «ciminterios» de vivos que les «yaman» barrios «pa» obreros... y cuando subimos a Madrid... es «pa» esto!

—¡Te debemos la vida!—dijo una voz aún entrecortada del terror.

—¡Adiós, señora!

Trotaron los caballos, se alejó en salvo el coche, y a su espalda, ya lejos, arreció el rumor formidable del motín, semejante al ruído de una presa cuando, rota la esclusa, se precipita el agua en oleadas de espuma sucia y turbulenta.

# EL OLVIDADO

Desde que la mano levantaba el pesado cortinón de alfombra, reforzado con tiras de cuero, quedaban los ojos deslumbrados. La iglesia estaba hecha un ascua de oro. Las capillas laterales despedían resplandores amarillentos que, como grandes bocanadas de claridad, se confundían en el centro de la nave: de los arcos pendía multitud de arañas con flecos, colgajos y prismas de cristal tallado, en cuyas facetas irisadas se multiplicaba hasta lo infinito el tembleteo de las luces: y, al fondo, el retablo del altar mayor semejaba un monumento de oro adivinado tras la pirámide de llamas formada por cirios y velas, cuyos pábilos chisporroteaban, esmaltando de puntos rojos las espirales del incienso que flotaba en la atmósfera calurosa y pesada.

Casi no se distinguían imágenes, confesonarios, puertas, pinturas, ni tapices; los bultos y las líneas, perdidos la forma y el contorno, estaban ofuscados por un fulgor que, a pesar de su intensidad, recordaba la palidez enfermiza y triste de la cera. Las lámparas de aceite, repartidas a distancias y al-

turas desiguales, brillaban con claridad verdosa; y sobre la alta cornisa, de donde arrancaba la bóveda, había una línea de ventanas cegadas con cortinas en que los rayos del sol se detenían, iluminando los bordes de la tela y resbalando luego, amortiguados y débiles, por las molduras polvorientas.

A los lados, en las entradas de las capillas, estaban los hombres, en pie la mayor parte, algunos arrodillados, todos cansados, formando grupos donde resaltaban los cráneos relucientes, las cabezas canas y los rostros encendidos del calor.

Las mujeres llenaban todo el centro de la nave: había tantas, que estaban apiñadas, molestas, dejando oir contínuamente el chocar de las sillas, el crujido de las sedas y el aleteo de los abanicos. No iban vestidas de trapillo, como salen a las primeras misas, sino lujosamente ataviadas, cual si para ir a la casa de Dios les hubisen servido la vanidad y la tentación de doncellas consejeras. Su gracia y su hermosura, realzadas por la gravedad de los semblantes; la coquetería de sus movimientos al volver las hojas de los libros llenos de cifras y blasones; el modo de liarse a la muñeca los rosarios que parecían joyas; el inclinar la cabeza sobre el pecho anheloso, mirándose de reojo los pliegues de la falda; alguna tosecilla rebelde, rastro de los escotes del invierno, y alguna sonrisa cautelosa dirigida hacia las laterales de la nave, todo delataba una devoción superficial, elegante, frívola y mezquina; piedad

exenta de grandeza, manchada de reminiscencias mundanales.

Sus espíritus parecían vagamente abismados en la contemplación no lograda de algo que incompletamente deseaban, mostrando quietud sin recogimiento y misticismo sin poesía.

Sus cuerpos eran figuras de cuadros modernísimos. Tenían en los trajes dibujos primorosos; combinaciones de colores extraños perfectamente armonizados; cintas de tornasoles inverosímiles; flores tan bien contrahechas, que parecían recién cogidas entre rocío húmedo, y plumas tan leves como los filamentos vaporosos del incienso que flotaba en el aire.

La esbeltez de los talles, la exuberancia de los bustos, todos sus encantos y atractivos, estaban realzados, favorecidos, expuestos, y como ofreciéndose con la premeditación de un arte seductor y diabólico.

Las ropas les cubrían el cuerpo, pero ciñéndolo, plegándose amorosamente, ondulando hasta modelar la forma como lienzos húmedos; dejando las bellezas a un tiempo tapadas y desnudas, vestidas y deshonestas, convirtiéndose el paño que oculta en gasa que revela y la gracia que atrae en sensualidad que enerva. Sus caras, alteradas por el disimulo y la coquetería, eran rostros de esfinge, espejos de almas insondables. Aquellas mujeres, nacidas en las cumbres sociales, y mimadas por la fortuna, eran la obra perfecta de la Naturaleza, embellecida por

las fuerzas de la civilización. Lo que sobre sí llevaban era la cifra y compendio del trabajo humano: todas las ciencias, todas las industrias convergían a buscar maravillas o realizar prodigios para ellas. Allí estaban todos los tipos de la belleza femenina, todas las variedades de la hermosura, y de entre las largas filas de cabezas se desprendían emanaciones turbadoras: olor a lilas blancas que hace traidora la pureza, clavel rojo que huele a clavo, heno fresco que trae a los sentidos laxitud de amores campestres, y aromas intensos del Extremo Oriente, quintaesenciados por las artes viciosas de la vieja Europa. La dulzura de las miradas, el ligero palpitar de los labios estremecidos por el rezo, no eran bastante a disipar la fascinación que con su hermosura despertaban.

Cuando se movían arreglando los reclinatorios y las sillas, el sagrado recinto parecía estremecerse como santo mordido por la tentación, y el crujir de las sedas imitaba rumor de viento entre hojarasca caída y seca.

Las luces brillaban intensamente; la atmósfera cargada, casi opaca, iba tomando junto a las llamas cambiantes opalinos. El formidable trompeteo del órgano, a veces dominado por las notas altas del canto, se desparramaba por el aire en oleadas de armonía, y cuando cesaban se oía monótono y constante el sonido casi cristalino, pertinaz y agudo, de una moneda de oro golpeada contra una bandeja de plata. Entre el fulgor amarillento de las luces y el soni-

do de aquella moneda, el templo parecía dominado por algo terrenal y profano, mientras arriba, en lo alto de la cornisa, a cada instante penetraba con más dificultad la luz del sol.

.....................................................

En el crucero de la nave había un ventanal gótico guarnecido de vidrios de colores, industria moderna que reproducía con fidelidad pasmosa una composición antigua, donde estaba pintada, como en un transparente mágico, el sublime episodio de que hablan los Evangelios cuando refieren cómo Jesús echó a los mercaderes del templo.

Era el fondo un edificio soberbio hecho con mármoles y jaspes, e invadido por muchedumbre de gentes abigarradas, vestidas lujosamente a usanza hebrea. Los cambistas y negociantes estaban sentados ante las mesillas cargadas de dinero; otros vendían copas de metales preciosas; por el suelo había cestas de panes, jaulas de palomas, y en el centro resaltaba la figura de Jesús, divina e imponente, vestido con túnica tan blanca como la luz misma, echando de allí a los que profanaban la casa del Señor. Y en el friso del ventanal se leían estas palabras del evangelio de San Mateo, escritas con caracteres góticos:

«Y les dice: Escrito está. Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros cueva de ladrones la habéis hecho.»

.....................................................

Al caer la tarde el sol poniente abarcó con sus ra-

yos la ventana de colores, iluminando de lleno la figura blanca con sus rayos horizontales; y entonces, como si milagrosamente la vivificaran los besos de aquella luz celeste, se fué desprendiendo de los vidrios, tomó cuerpo en el aire, semejante a una forma diáfana, impalpable, flotó en la atmósfera, y lentamente fué bajando, bajando, a modo de aparición soñada, hasta tocar con sus sagrados pies el pavimento de la iglesia, por donde en luces amarillentas, lujos culpables y reflejos metálicos, parecía también desparramado el oro caído de las mesillas de los mercaderes.

Vagó un momento por entre sedas vistosas, flores contrahechas y perfumes lascivos; vió pendientes de los muros del templo los cepillos que pedían dinero, leyó en los corazones el ansia de riquezas, y ante la impureza de las concupiscencias humanas, su alma se anegó en la tristeza infinita que experimenta el sacrificio estéril y olvidado... mientras en todo el ámbito del templo repercutía el sonido de la moneda de oro golpeada contra la bandeja de plata.

Entonces se inclinó hacia el suelo, cogió de un rincón un manojo de cuerdas olvidadas, y esgrimiéndolo a manera de látigo, castigó con justicia y sin piedad.

Nadie le veía, nadie sentía dolor, y sin embargo, las cuerdas acardenalaban las carnes, rompían las galas y mostraban desnudos los cuerpos pecadores. Llenóse el aire de deseos torpes, de citas cul-

pables, de hedor de riqueza mal ganada, de gemidos de tristes faltos de consuelo, de llanto de pobres olvidados. Viento de pavor heló los corazones. Allí fué el rechinar de dientes y el crujir de huesos de que habla la Escritura.

Hubo un momento de terror indecible, como debió de haberlo en el templo de Jerusalén, y toda aquella profusión de lujo y de poder quedó destruída y condenada, fantásticamente, en silencio, sin voces, sin gritos, sin dolor físico, sin que lo advirtieran los sentidos. No fué la destrucción en la realidad tangible de las cosas, sino en la íntima realidad de las conciencias.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Siguió el órgano lanzando su formidable trompeteo, el incienso ocultando los altares, y continuó la monedita de oro golpeando la bandeja de plata.

Hecho aquel justo estrago, la figura blanca desprendida del vidrio perdió su forma corporal al trasponer la puerta, y trocada en resplandor luminoso, se hizo ingrávida, se alzó de la tierra y se borró en el aire.

Aquella noche, en el templo solitario todo estaba en orden, pero en el ventanal gótico faltaba la figura blanca, y por el hueco de contorno humano que formaban los plomos sin vidrios, se veía en el cielo el parpadear misterioso de los astros.

En el pensamiento y la memoria de las gentes quedó clara y viva la impresión del milagro. ¿Fué antojo de imaginaciones turbadas? ¿Fué realidad?

Alguien dijo que le había visto en la calle socorrer a un pobre, mirar con piedad a una mujer perdida y acariciar a un niño... Pero nadie sabía quién era. Todos le han olvidado.

# LA CUARTA VIRTUD

Estaba el deán tomando chocolate y leyendo entre sorbo y sopa un diario neo católico, cuando entró en su cuarto el ama, diciendo sobresaltada:

—Señor, ahí está Garcerín, y dice que la catedral se viene abajo.

El deán, alma de la diócesis, porque el señor obispo, de puro bueno, no servía para nada, agitó con la cucharilla el vaso de agua donde se estaba deshaciendo el azucarillo, bebióselo tranquilamente, se limpió los labios con la servilleta, y mientras encendía un cigarro de papel, más grueso que puro, repuso sin alterarse:

—Lo de siempre... ganas de asustar... algo menos será. Dile que pase.

Garcerín, el monaguillo más listo y endiablado de la santa basílica, traía el espanto pintado en la cara.

—¿Qué hay, buen mozo?

—Señor, que esta vez va de veras.

—Cuenta, cuenta.

—Pues ahora mismo estaba yo quitando los ca-

bos de los candeleros del Carmen, junto al crucero, cuando sonó por arriba, muy arribota, un ruído como si crujiera una piedra al partirse, y cayeron tres o cuatro pedazos mayores que manzanas. Yo creí que serían, como otras veces, de la mezcla que une los sillares, pero miré a lo alto y vi que no: eran de la piedra blanca de la cornisa, donde hay un adorno que parece una fila de huevos y otra de hojas... de pronto, ¡pum! otro pedazo gordo, como su cabeza de usted, y dió en la esquina del altar, y partió el mármol... y eché a correr hacia la sacristía.

—¿Quién estaba allí?

—El señor arcipreste; le señalé dónde había sido, miró, y dijo: «¡Pronto, a cerrar! ¡Que no entre nadie... que no pase nadie por ahí! Es el pilar del lado de la Epístola. Vaya, este es el acabóse.» Yo volví a mirar, y ¿se acuerda usted de que los pilares son como unas columnas cuadradas, grandes, muy grandes? Pues por arriba, arriba, se han «desapartao» las piedras más gordas, y entre dos de ellas queda un hueco que cabe un gato... y de allí está cayendo arena y chinas de cal... Dice el señor arcipreste, que con que pase un carro por fuera se viene abajo media iglesia.

—Tenéis razón: esta vez va de veras. Vamos allá.

El señor deán, profundamente disgustado, se puso el manteo, cogió la teja de reluciente felpa, y salió diciendo como si el chico pudiese comprenderle:

—Entre el abaco y la cornisa: allí está el mal.

A los pocos momentos entraban en la iglesia. Efectivamente: por uno de esos fenómenos difíciles de razonar a primera vista y frecuentes en toda vieja fábrica arquitectónica, el pilar del lado de la Epístola se había rajado en su tercio superior lo mismo que una caña, sin que el arco que en él se apoyaba sufriese, al parecer, la más ligera desviación; pero bastaba ver en lo alto el hueco de que habló el muchacho para comprender que el hundimiento de la bóveda podía sobrevenir de un momento a otro.

Suspendióse el culto, y aquella misma semana, antes de que comenzaran los trabajos de apuntalamiento, el telégrafo difundió por el mundo la noticia de que se había venido abajo la bóveda del crucero.

El gobierno pidió a las Cortes un crédito extraordinario, se nombró una junta de restauración, y el deán fué el alma de ella, porque en la diócesis nada se podía hacer sin su consejo.

Era el deán relativamente ilustrado, leía mucho, tenía fama de entender en cuadros antiguos, y sabía dar a sus sermones cierto tinte artístico que contrastaba con la austera sequedad de otros oradores sagrados. Por ejemplo: para hacer el retrato de un asceta, lo pintaba como Zurbarán; al describir un martirio, se inspiraba en el San Bartolomé, de Ribera; al hablar de los horrores de la Pasión, traía a cuento los Cristos demacrados y escuálidos de Morales; y cuando quería dar idea de la Ascensión de la Virgen, la presentaba en períodos tan brillantes

y poéticos como los fondos luminosos que puso Murillo a sus Concepciones: con todo lo cual y ser académico correspondiente de la de Bellas Artes (porque en cierta ocasión mandó a Madrid el brocal de un pozo árabe diciendo que era romano) como no había en el cabildo otro que valiera más, pasaba por sabio, y hasta los periódicos liberales le llamaban erudito. Claro está que con tales antecedentes fué el alma de la restauración. Bajo su dominio tuvo el arquitecto que pasar las de Caín, pero al fin y al cabo se levantó el pilar y se rehizo la bóveda.

Concluída la parte arquitectónica de la obra, tratóse de decorar lo que debía estar decorado; llamáronse pintores y estatuarios, y previa presentación de bocetos quedaron sustituídos por otros nuevos cuantos santos y santas perecieron en la pasada catástrofe. Mas no todo salió a gusto del deán, y como aún faltaban por decorar las cuatro pechinas formadas por los arcos del crucero, se deshizo de los artistas que hasta entonces trabajaron en la iglesia y buscó uno capaz, a juicio suyo, de concebir y ejecutar maravillas.

El pintor en quien se fijó era hombre de extraordinario mérito. Llamábase Molina y en él estaban reunidas y ponderadas de tal suerte y en tan justa medida la ilustración, las facultades reflexivas y las condiciones de pintor, que sabía estudiar, convertir el estudio en inspiración, madurar el pensamiento, y luego darle forma, haciendo que en su pintura hubiese idea y que ésta no quedara empe-

queñecida por mal interpretada. En una palabra, un gran artista que discurría como Miguel Angel y ejecutaba como Velázquez. Lo que no tenía, por ser español, era dinero; mas a consecuencia de haber enviado obras a exposiciones extranjeras y haber retratado a una embajadora hermosísima, era su nombre conocido en toda Europa. Deseoso de acrecentar su fama, y también de hacer fortuna, estaba precisamente a punto de expatriarse, como tantos otros, cuando le buscó el deán encargándole los bocetos para las cuatro pechinas; trabajo que aceptó gozoso, primero por dejar en su patria muestra de lo que valía; y, segundo, porque necesitaba arbitrar recursos para el viaje.

Dióse luego a pensar en cómo realizaría su trabajo. La cosa no tenía nada de fácil. Vistas desde el pavimento de la nave las pechinas, eran cuatro superficies triangulares y cóncavas que parecían tener desde la base al vértice tres metros o poco más; pero miradas de cerca, en lo alto del andamiaje, eran disparatadas de grandes. Además, en aquel sitio, a tal elevación y en espacios triangulares, no era racional hacer composiciones o grupos que desde abajo resultasen empequeñecidos, por las robustas líneas de la cornisa y el tremendo vano de la cúpula. Ello fué que después de estudiar mucho y pensar más, Molina resolvió pintar cuatro figuras colosales, sobre todo grandiosas, que simbolizaran aspiraciones, ideas y sentimientos armónicos con la naturaleza e índole del monumento.

Comenzó a hacer apuntes, bocetos, manchas de color, y ya iba dando vida real a los pensamientos soñados en el delirio creador, cuando el deán cayó enfermo, sin llegar a ver nada de lo que el artista había hecho. Entonces Molina, para trabajar a gusto, decidió no recibir a nadie hasta tener las cuatro figuras acabadas: nadie había de verlas mientras no las viese el señor deán.

La dolencia de éste fué larga; en tanto que duró no permitieron los médicos, por ahorrarle cavilaciones, que se le hablase de la restauración del templo, y aunque así no fuera, nada hubiera podido saber de lo que hacía Molina, porque el artista con nadie hablaba de su obra ni toleraba visitas.

En cuanto el deán se puso bueno, su primera salida fué para ir al estudio. El pintor tenía terminado su trabajo y cubiertas las cuatro grandes figuras con otros tantos trozos de percal, a fin de que no les cayese polvo que ensuciara y velase la pintura fresca.

Quitó Molina el primer pedazo de percal al entrar el deán, y en la cara que éste puso comprendió lo mucho que le gustaba la figura. Dejóle largo rato que la contemplase a su sabor, y luego, de un tirón, descorrió la segunda tela. La figura que ocultaba era infinitamente superior a la primera, y el deán se deshizo en elogios y alabanzas. Pero esto no fué nada comparado con lo que experimentó y dijo al descubrir el artista el tercer lienzo. Aquello sí que era concebir y colocar bien una figura,

dibujar, sentir la forma, ser colorista y dominar todos los secretos de la paleta. La pintura de Molina venía a ser una fusión admirable de lo mejor de todas las escuelas. La figura parecía dibujada por Alberto Durero, tenía el color del Veronés, la elegancia de Boticelli, era tan decorativa como si la hubiese dispuesto Tiépolo, y tan real como si en ella hubiese puesto mano Diego Velázquez. El deán creyó volverse loco de contento.

«¡Qué artista, qué prodigio!—pensaba—. ¡Y qué ojo he tenido yo, porque sin mí nada de esto tendría la catedral!»

—Amigo mío, mejor que ésta no puede ser la otra—dijo luego en voz alta.

Descubrió Molina la cuarta figura, y allí fué Troya. Al principio no se dió cuenta el señor deán de lo que tenía delante; pero cuando llegó a entenderlo, montó en cólera y se puso hecho una fiera, prorrumpiendo en éstas y parecidas frases:

—¡Usted está loco! ¿Cómo pongo eso en la iglesia? ¿Cómo se le ha ocurrido a usted semejante desatino? ¡Se necesita descaro! ¡Usted no sabe lo que se pesca!

Molina contestó en el mismo tono, y abriendo la puerta del estudio, mandó salir al deán; éste creyó desconocida y burlada su autoridad, el pintor consideró ajado su decoro de artista, y tales cosas se dijeron, uno bajando la escalera, y otro desde arriba, que nunca más pudo haber entre ellos paz y avenencia.

La catedral se quedó con las pechinas en blanco, y Molina vendió los lienzos a un inglés.

Pasado algún tiempo, el deán cogió una pulmonía en el coro, y el pintor se volvió tísico, muriendo ambos con difereincia de unas cuantas horas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Sus almas fueron volando por las alturas infinitas, más allá del firmamento estrellado, donde no alcanza la mirada humana, y atravesaron los espacios eternamente misteriosos, que han poblado de hipótesis y mitos los filósofos gentiles, los teólogos cristianos y los poetas de todas las edades.

En menos tiempo del que para contarlo hace falta, traspusieron el cielo pétreo de que habla Anaxágoras, el de aire vitrificado por el fuego que ideó Empédocles, las bóvedas cóncavas que imaginó Platón, y los tres cielos, luminoso, sideral y cristalino, de que habla Santo Tomás.

Por fin llegaron al Empíreo, donde, según Alfonso el Sabio, habitan los santos, los ángeles, los tronos y las dominaciones, todos ocupados en la perdurable alabanza del Señor.

La puerta de la mansión de los justos era de oro, tenía luceros en vez de clavos, y junto a ella, sentado en una nubecilla, estaba San Pedro jugueteando con las llaves, aburrido, porque se le pasaban horas y horas sin tener que abrir a nadie.

Preocupados sólo de su salvación, el deán y Molina

no se habían mirado en el camino; pero al detenerse cerca del Santo se contemplaron mutuamente, exclamando de mala manera al mismo tiempo:

—¿Usted por aquí?

Encontrarse y comenzar a reñir, todo fué uno. Prodigáronse frases depresivas, injurias, improperios, todo género de insultos, con tal rabia, que San Pedro no pudo menos de decirles:

—Pero hijos míos... ¿no habéis sabido despojaros de las miserias humanas y pretendéis entrar ahí? Para traspasar esa puerta es preciso estar limpio de odio y de rencor, de todo sentimiento perverso y torpe.

Y deseando servirles de amigable componedor, añadió:

—Veamos si puedo conseguir que hagáis las paces. Contádmelo todo.

—Yo—habló el deán—encargué a este hombre, que era pintor, cuatro figuras, y él, en desprecio de lo más santo y sagrado... pintó lo que le dió la gana. Las tres primeras eran soberbias, ¡pero la cuarta!...

—Señor — interrumpió Molina—, efectivamente, admití el encargo; los huecos que había que decorar eran cuatro. Lo primero que se me ocurrió fué pintar los cuatro evangelistas; pero ya los había hecho otro en distinto lugar del edificio. Luego pensé cuatro alegorías de la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza... También estaban hechas. Me acordé de profetas, de patriarcas, de reyes santos;

unos eran más de cuatro, otros menos, otros ya se habían pintado o esculpido. Entonces pinté primero la Fe....

—¿Cómo?—preguntó San Pedro.

—Hermosa, vendada, las vestiduras blancas, en una mano las tablas de la ley, en otra la palma del martirio, y toda ella iluminada por el sol, padre de la vida.

—No estaría mal.

—Luego pinté la Esperanza.

—¿De qué modo?

—En pié sobre la proa de una nave, apoyada en el áncora y fijos los ojos en el cielo. Luego pinté la Caridad.

—¿Cómo la representaste?

—Joven, más fuerte y más hermosa que ninguna, y dando de mamar a un niño de tipo muy distinto al suyo para indicar que no era su hijo, y que no le daba el pecho como madre, sino por ser Virtud.

—En verdad te digo que estuviste acertado.

—Que diga ahora—les interrumpió el deán—cuál fué la cuarta figura que hizo.

El artista alzó la frente como quien no se avergüenza, y declaró así:

—Pinté el Trabajo: mozo, vigoroso, inteligente, fornido, con el yunque sobre un montón de libros para expresar que el estudio es la base de la fuerza, y coloqué a sus pies, esperando sus obras, la

Paz y la Limosna. Entonces ese hombre—añadió señalando a su adversario—se enfureció conmigo.

—Como que esa no es virtud—gritó el eclesiástico—, ni siquiera es «esa», porque es «ese».

—Porque es virtud macho—dijo el Santo al deán—, tú no puedes comprenderlo. Y vamos a ver, vamos a ver, ¿para dónde eran las pinturas?

—Para la catedral—contestó Molina.

—¿Y allí querías colocar el Trabajo?

—Sí, señor.

Al oir esto San Pedro, volviéndoles la espalda, echó tranquilamente el cerrojo a la puerta del cielo y luego, encarándose con el artista y el clérigo, les dijo:

—Vaya, vaya, ¡largo, fuera de aquí los dos! Tú, deán, al purgatorio una temporadita por mal genio; y tú, pintor, tonto de capirote, al limbo, como si fueras niño sin uso de razón. ¡El Trabajo en la catedral! ¡Qué oportuno! Sabrás pintar, pero no sabes poner las cosas en su sitio.

# LOBO EN CEPO

## I

A una ilustre ciudad española, donde los hombres trabajadores y valientes nacen de mujeres virtuosas y bellas, llegaron hace años dos viajeros, cuyos trajes negros ni eran enteramente seglares ni del todo eclesiásticos. Uno de ellos hablaba, aunque dulcemente, como superior; otro escuchaba con humildad y respondía con respeto. Eran ambos de continente severo, rostro lampiño y mirada que apareciera humilde si no fuese por lo tenaz, reveladora de una voluntad poderosísima. Tenían mansedumbre en la voz, daban a sus palabras el acento de una afabilidad melosa y persuasiva; pero a veces sus pupilas parecían incendiarse en el rápido e involuntario fulgurar de una energía indomable.

Pocas horas después de su llegada celebraron varias entrevistas misteriosas con gentes adineradas de la población, y a los tres días firmaron, ante notario y como súbditos de potencia extranjera, la

escritura de compra de un caserón antiguo, convertido en fábrica por un industrial que, arruinado durante la guerra civil, tuvo que malvender su hacienda. De esta suerte la paz vino a ser provechosa, quizá, para los mismos que atizaron la lucha.

Transcurridos unos cuantos meses, el edificio tomó de nuevo el aspecto que acaso debió de tener años atrás. Los talleres y naves de la fábrica se convirtieron en habitaciones estrechas, como celdas, y al rumor alegre del trabajo, padre de la vida, sucedió en el recinto el más medroso silencio, sólo interrumpido a horas fijas por cantos misteriosos y graves, entonados en una lengua muerta. Los hombres que en aquella casa vivían fueron al principio muy pocos; luego, llegando sigilosa y calladamente por las noches, vinieron de tierras extrañas muchos más, tantos, que sus cánticos, antes débiles como compuestos por escaso número de voces, resonaron vigorosos y potentes, repercutiendo en las concavidades de los montes cercanos, cual si quisieran despertar los ecos del cañoneo de antaño.

La población, contaminada de aquella vecindad, se hizo levítica, adquiriendo en poco tiempo un aspecto triste y sombrío. Las campanas, que aun repicando alegres despiertan ideas de muerte, vencieron al fecundo rumor de los tornos, los telares, los martinetes y los yunques.

## II

Lindante con el antiguo caserón de aspecto conventual había un gran jardín, y en su centro, una casa ceñida por macizos de verdura y sombreada por álamos y olmos seculares. Casa y jardín decían con mudas voces que en ellos habitaba mujer, y mujer joven. Ya los alféizares de las ventanas mostraban un canastillo de labor lleno de hilos y estambres multicolores; ya en la mesa de mármol, puesta en el centro de un cenador de enredaderas, se veía una sombrilla de seda clara; ya en las sillas de hierro quedaban por olvido los manojos de flores recién cortadas; ya a ciertas horas solían escucharse, amortiguados por cortinajes y persianas, el tecleo de un piano bien tocado y el timbre fresco y penetrante de una voz juvenil, que así sabía expresar la soñadora melancolía de los grandes maestros alemanes como romper en los alegres ritmos de la tierra andaluza.

El dueño de aquella casa era don Gaspar Villarroel, caballero viudo, riquísimo, propietario de haciendas en casi todas las regiones de España, accionista del Banco, tenedor de sumas enormes en «dollars» norteamericanos, en cuatro de la Deuda francesa y en treses de la de Inglaterra; y aquellas sombrillas olvidadas, las labores que por las ventanas

se veían y los cantares llenos de poesía, eran de Elena, su hija única, de veinte años, que andando el tiempo había de ser muchas veces millonaria.

A ella vivía enteramente consagrado don Gaspar: sólo para guardarla y protegerla quería que Dios le prolongase los días. No era hermosa, ni siquiera bonita, y habiendo de ser extraordinariamente rica, quedaba su porvenir a merced del primer hombre que movido de ruin codicia se fingiese prendado de ella. Harto sabía su padre que no pasaría de codicia y fingimiento lo que su hja inspirase, pues no tenía más encantos que el pelo abundoso y negro, la voz dulce y el mirar inteligente. El cuerpo no era esbelto, ni el andar airoso, ni las facciones delicadas.

Luego de conocerla y ahondar en su alma con el trato, se hacía querer; pero le faltaban esas gracias corporales que hechizan los sentidos y dominan la voluntad. Don Gaspar lo sabía y por ello la amaba doblemente: como hija y como hija fea que ha de ser resarcida en cariño paternal de aquel otro afecto menos puro, que no habían de profesarle los hombres. Sólo pensaba en ella, en mimarla, en conservar sus bienes para que los disfrutase, en dirigir su entendimiento y vigilar su corazón, para que si, lo que era dudoso, llegase a casarse, tuviera más probabilidades su ventura. Parecíale que aquella falta de encantos y aquel extraordinario patrimonio podrían ser, a no evitarlo cuidadosamente, dos elementos de infortunio; pero aún no había tenido su

prudencia graves riesgos que prever, ni su cariñosa entereza pasión mal inspirada a que oponerse.

Hasta entonces, unas veces los viajes, otras la soledad y el apartamiento del mundo, la premeditada alternativa de las distracciones y del hogar, habían mantenido a Elena en esa desesperanza tranquila y resignada con que piensan en la felicidad por el amor los que desconfían de ella. Comprendía que no era hermosa y que era demasiado rica. Don Gaspar concedía a su hija la libertad razonable para que no la desease tan completa que le fuese dañosa; con él asistía Elena a las diversiones que le agradaban y a las visitas con que se conserva la amistad; a misa y tiendas iba con su prima doña Flora, solterona, pobre, de ellos cariñosamente amparada e incapaz de tolerar la más leve imprudencia: primero, por severidad de principios, y luego, por miedo a ser arrojada de una casa donde nada le faltaba.

De esta suerte vivían hija y padre, don Gaspar con el pensamiento puesto en ella, y Elena dejando volar su imaginación entre resignada y soñadora, cuando durante un otoño comenzó la muchacha a sufrir tal cambio en su manera de ser, que no pudo quedar oculto a quien vivía contínuamente observándola para ahuyentarle penas y procurarle venturas.

Nunca fué demasiado aficionada a las galas, pero de pronto se descuidó por completo en el vestir; le gustaban las flores y dejó de adornar con ellas su cuarto; deliraba por la música y pasó semanas

enteras sin abrir el piano. Su habitual seriedad se convirtió en aspereza de carácter, el desabrimiento se hizo luego tiesura, y en poco tiempo experimentó una transformación, tanto más fácil de apreciar, cuanto más inesperada y rápida.

Primero sintió el alma invadida de tristeza, después se hizo disimulada, y por último cayó en profunda melancolía como espíritu débil a quien brutalmente se arrancan de cuajo ilusiones y esperanzas.

—¿Estará enamorada?—imaginaba la prima doña Flora.

—¿Tendrá pasión de ánimo?—decía la doncella.

—Esta chica está mala—pensaba su padre.

Nadie comprendía la causa de aquel cambio.

Ya hablaba don Gaspar de llevársela a París en busca de doctores, cuando una mañana doña Flora entró en su despacho, sin ser llamada, diciéndole de buenas a primeras:

—Ya sé lo que tiene tu hija. Armate de valor... Quiere meterse monja. Y yo creo que la idea no ha nacido de ella: es cosa de los de ahí al lado.

Don Gaspar, mudo de asombro y de terror, se limitó a decir:

—¡Habla... todo lo que sepas, todo lo que sospeches, no me ocultes nada!

—Pues se reduce a muy poco, pero muy claro. Hace dos meses, una mañana que llovía muchísimo y tú te habías llevado el coche, nos metimos ahí al lado por no ir hasta la catedral. Luego ha vuelto

conmigo... como está tan cerca, cuando hace mal tiempo es más cómodo. Después la he visto hablar varias veces con uno de ellos por la verja del jardín: ella dentro, él desde fuera, al pasar, casi sin detenerse.

—¿Y qué trazas tiene?

—Es hombre de buena edad, y ¡con una mirada más inteligente! Para mí, él es quien le ha metido esas ideas en la cabeza. Jamás había Elena hablado hasta ahora de semejante cosa. ¡Si se moría por el teatro y se entusiasmaba con libros y novelas! Además, me ha dicho la doncella, que algunas mañanas ha salido con ella, al primer toque, antes de que yo me levantara, pero que como no hacían más que ir ahí al lado, no creyó que debía decirlo. Nada, que se han apoderado de ella como hicieron con la hija del banquero francés, con Teresita, con Sofía, con la viuda de Parque...

—¡Todas ricas!—murmuró don Gaspar.

—Ella no se atreve a hablar sinceramente, pero está desconocida: se ha hecho seca y arisca; de cuando en cuando suelta unas frases... que revelan un egoísmo... «Las mujeres feas y muy ricas—dice—no pueden ser felices en el mundo; a cada paso un desengaño. No se pierden como las bonitas, pero les hacen creer en el amor, y luego... nada. Ya ves, yo, por ejemplo—añadía—¿qué puedo esperar? Una ilusión, engañarme a sabiendas, y luego frialdad, esquivez, cada uno por su lado; él, quien sea, rico, poderoso con lo mío, buscará en

otras los encantos que yo no tengo.»—Dice que para las que no son hermosas como ella, sólo hay un esposo bueno, el que no engaña; ¡y lo dice con una unción, con un fervor! Otras veces habla de la casa y de nosotros con un despego que da frío.

—Pues ¿qué ha dicho?

—Ayer mismo me dijo: «Si yo faltara pronto me olvidaríais, hasta papá: el cariño no es tan mentira como el amor, pero también es un sentimiento terrenal.»

Flora siguió hablando largo rato, don Gaspar la escuchó sin poder disimular la pena que se le asomó a los ojos, y luego murmuró tristemente

—¡Veremos!

## III

De allí a dos días, mientras Elena y doña Flora fueron a pasar la tarde en casa de unos parientes, don Gaspar recibía en su despacho a un hombre que, llamado por él de antemano, acudió puntualmente a la cita. Era uno de los de al lado, de aquellos que con nombre y calidad extranjera, adquirieron la fábrica donde al caer la tarde se entonaban cánticos tristes en una lengua muerta. Tenía el rostro lampiño, la mirada humilde, la palabra dulzona, el traje entre sacerdotal y profano. Ofre-

cióle asiento don Gaspar, cerró las puertas como en comedia, y luego, con forzada tranquilidad, pero sin que se le alterase una línea del semblante, sin asomo de ira, pero con el acento de la más aterradora resolución, le habló de esta manera:

—Usted conoce a mi hija: en ella cifro toda mi dicha; sólo vivo para hacerla feliz. Si la perdiese, si se apartase de mi lado, me costaría la vida.... Escúcheme usted bien... Estoy dispuesto a todo. A quien quiera robarme mi dinero, le recibiría a tiros; figúrese usted lo que haré con quien intente separarme de mi hija. Podrá llevársela Dios, que es Señor de todos nosotros; podrá, aunque no es bonita, encontrar un hombre que aprecie lo que ella vale moralmente, y entonces yo les bendeciré y daré gracias a Dios; pero lo que es eso de hacerla ver que es fea, envenenándole la vida para que huya del mundo, arrebatármela como se roba una alhaja... lo que es eso, yo le juro a usted que no será...

Quiso el desconocido interrumpir a don Gaspar, mas no se lo permitió él, y siguió de este modo:

—No ha venido usted a hablar, sino a oir, y empápese usted bien de lo que oiga. Ya sabe usted lo rico que soy; si eso sucediera, todo me lo gastaría en buscarle a usted para matarle. Ahora, usted que ha hecho el mal con sus exhortaciones, ponga con sus consejos el remedio, entendiendo que si en el plazo de dos meses no se le quitan a mi hija de la cabeza esas fantasmagorías, le mato a usted

como a lobo sorprendido en redil. Las consecuencias no me asustan. Perdida mi hija, lo mismo me da morir de un modo que de otro. Dos meses de plazo. ¡Usted solo ha de hablar con ella! Yo no le diré palabra. Puede usted retirarse.

De nuevo quiso contestar el incógnito personaje, pero don Gaspar salió de la estancia, dejándole condenado al más rabioso silencio que imaginarse puede, y plenamente convencido de que era hombre capaz de realizar cuanto decía.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Apenas habían transcurrido dos meses, cuando Elena comenzó a ser lo que era antes.

Como quien tras una pesadilla recobra el sentido de la realidad, se le fué borrando del pensamiento la melancolía; tornó a cuidar de su persona, vigiló el jardín cuyas flores escogía para su cuarto, y por fin, una noche, después de haber estado tocando un rato el piano, por distraer a su padre, se arrojó en sus brazos, deshecha en lágrimas, diciéndole sólo estas palabras:

—¡Perdóname, porque nunca me separaré de ti!

Sin duda, el flexible y tornadizo espíritu de la mujer se plegó a unas amonestaciones como se había sometido antes a otras.

## IV

¿Supieron el fracaso del propagandista sus superiores jerárquicos? ¿Le consideraron inútil para desengañar del mundo a herederas de millones? Un día se notó su falta a la hora de la comida, los demás hablaron de él como miembro que se amputa, y luego le rezaron por muerto.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Transcurrieron algunos años, y aquel hombre, vuelto al seno de la humanidad, sintió renacer aspiraciones e ideas que en mal hora consideró por la educación sofocadas y por el fanatismo comprimidas.

En otra región del mundo, en otras tierras, con otro nombre, fénix de sí propio, resucitó en espíritu, amó, fué amado y tuvo un hijo. Aquel hijo creció, haciéndose mozo fuerte y hermoso como el Hermes de los mitos paganos. Una mujer indigna, engañosa y astuta, tal vez la ramera de que habla la Escritura, quiso apartarle de su padre, mas éste desplegó tal energía y se defendió tan resueltamente, que logró romper aquellos lazos.

Pasó mucho tiempo—esa divinidad que a toda conciencia hace un día justiciera de sí misma—. Hijo y padre caminaban al caer la tarde por una deleitosa campiña que el sol poniente envolvía en

una atmósfera de polvo luminoso. El viejo se apoyaba en el brazo del mancebo, fingiendo fatigarse para oprimírselo cariñosamente, mientras la luz de los cielos, la pureza del aire y el penetrante aroma que se alzaba de los terruños soleados parecían envolverles en la bendición suprema del verdadero Dios. El hijo, adelantándose unos pasos, cortó de una mata algunas flores para el sepulcro de su madre, que era muerta; y entonces el viejo, experimentando lo que antes jamás pudo comprender, sintió la duplicación del espíritu por la paternidad, y vuelto el pensamiento a lo pasado, dijo acordándose de don Gaspar:

«¡Hizo bien!»

# EL HIJO DEL CAMINO

## I

Era el tiempo en que para trasladar a los presos y penados de cárcel a cárcel, de penal a penal, se les llevaba todavía a pie por los caminos, entre destacamentos de gente armada.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Tras el día de calor insufrible, vino la noche sin brisa, cálida y sofocante.

No corría un pelo de aire, ni se alzaba del suelo un átomo de polvo. La carretera, abierta en la dilatada extensión de la llanura, se destacaba interrumpiendo el gris terroso de los campos, como una cinta blanca y ancha tendida sobre los surcos en rastrojo.

Por su centro iba la cuerda, la reata humana, doblemente rendida a la pesadumbre de la fatiga y del delito.

Quién llevaba morral, quién alforjas, quién manta, los más, nada; veíanse muchos descalzos, des-

peados; pocos fumaban, no reía ninguno. A los lados marchaba la tropa obligada a meterse por la estrecha hondura de las cunetas, o a subirse en los montonos de guija y pedernal recién partido, mientras el brillo de las armas, iluminadas por la luna, limitaba la movible masa de aquella triste muchedumbre. Los grillos y las cigarras cantaban libremente; voces humanas se oían pocas, y esas eran blasfemias; tal vez envidia de los animalillos, desahogo propio de «gente forzada del rey que iba a las galeras».

En la Venta de la Mora se hizo alto: «la cuerda» se recogió a un lado del camino, en un repecho; los soldados desataron los cabos de bramante, y luego, apartándose y formando extenso círculo en torno de los presos, colocaron centinelas. De allí a poco salieron de la venta quince o veinte mujeres harapientas, sucias, miserables, y esquivando a los de uniforme corrieron hacia los del grupo central, aunándose con ellos en parejas que desaparecían tras un tronco, tras un peñasco, en un repliegue del terreno, donde pudieran ocultarse.

Era la visita del amor a la desgracia; amor momentáneo, vicioso, repugnante y venal; pero amor. Y era también costumbre sancionada por los años, tolerancia perpetuada por la tradición, abuso que tomó origen en el capricho de un rey absoluto, ganoso de repoblar su reino.

Antes de romper el alba, la columna se ponía en marcha. Después, los padres anónimos morían en

presidio, y los hijos de aquellas esposas de una noche se llamaban «los hijos del camino».

## II

Así fué concebido Juan.

Su madre le adoró, como si estuviera engendrado mediante sacramento; pero las gentes del lugar, cuando niño, le miraron con lástima, cuando adolescente le mofaron y de mozo le escarnecieron. Cada vez que pasaba por la aldea una cuerda de presos, le decían las chicas:

—Juan, ¿será tu padre alguno de esos?

Primero se ganó la vida recogiendo boñigas para estercolar huertos, después fué lazarillo de ciego, dió al fuelle en casa del herrero, se metió a zagal de diligencias... por fin, huyó de la comarca.

Su pobre madre no volvió a saber de él en mucho tiempo.

Estuvo como alimentador de horno en una fábrica de vidrio, sufriendo las bocanadas de las llamas; fué minero, permaneciendo semanas enteras sin ver la luz del sol; trabajó en los telares, respirando el polvillo que blanqueaba los tejidos y le cegaba los pulmones; no hubo industria que no intentara ni oficio en que pudiese medrar.

Si en su lugarejo no encontró amparo, en las

ciudades le faltó protección. Nadie le dió enseñanza, ni le dejó tiempo de adquirirla. Su instinto le decía «estudia»; la necesidad le respondía «gana» Cualquier aprendizaje le hubiera mermado el pan y el sueño.

En tanto, la madre pensaba en él, arrancándole su recuerdo las horribles lágrimas de la incertidumbre, pues no sabía dónde estaba, ni si era vivo o muerto. Al fin lo averiguó; hizo que le escribieran, y aunque de tarde en tarde, supieron uno de otro; ella le enviaba besos; él le mandó por un arriero un gran pañuelo de algodón de colores, valor de un día de jornal.

Juan pasó de labor a labor, de oficio a oficio practicándolos todos sin dominar ninguno, renunciando a unos por penosos e insalubres, a otros por indignos y embrutecedores, hasta que entró en una compañía de alumbrado eléctrico, casi como bestia de carga.

Su obligación era llevar artefactos, utensilios y herramientas a sus compañeros de trabajo.

Una tarde fué con ellos a la prueba de luces en un soberbia casa, donde a la noche debía verificarse una gran fiesta. ¡Cuánta magnificencia contemplaron sus ojos! Jamás vió cosa igual.

Cada salón era un prodigio del arte o un camarín de la molicie. Los mármoles parecían encerrar en su seno transparente hojas de vegetaciones inverosímiles; los muebles, por sus formas, incitaban a la voluptuosidad o al reposo; los tapices caían dis-

cretamente ante las puertas; los rasos y los flecos guardaban en la urdimbre de sus tramas los colores del iris; había canastillas de orquídeas australianas mezcladas con flores de cristal que despedían rayos luminosos; libros cubiertos de oro, que atesoraban en sus páginas el oro aún más puro del pensamiento humano, y todo ello en desorden bellísimo se reflejaba en espejos que, como poseídos de codicia, multiplicaban hasta lo infinito las riquezas.

De pronto apareció Luz, la dueña de la casa, ya vestida para la fiesta, e impaciente por juzgar el efecto de la iluminación.

Juan imaginó que era una diosa. Traía la cabellera salpicada de brillantes que semejaban estrellas perdidas en una nube de oro, el cuello ceñido por hilos de perlas menos blancas que su pecho, y todas las líneas de su cuerpo admirable envueltas en telas primorosas, antes dispuestas para revelar la forma que para encubrir la desnudez. Tenía la voz, aunque imperiosa, encantadora, y su persona exhalaba un perfume penetrante y sutil, intenso y turbador, que juntamente producía fascinación al espíritu y embriaguez a los sentidos.

El hombre inculto e ignorante, incapaz de analizar lo que experimentaba, pero hombre al fin, sintió la tentación y el ansia que da la fruta puesta al alcance de la boca del niño.

Primero quedó suspenso con el pasmo de la sorpresa, luego se dijo con la velocidad del pensamien-

to que cuanto había en aquel maravilloso recinto y cuanto realzaba la belleza de aquella mujer extraordinaria, había, bajo una u otra forma, nacido entre sus manos. Carbón arrancado a las entrañas de la tierra y convertido en torrentes de claridad; cristales fundidos por aquel horno que secó su garganta; hierros forjados al fuego en que se abrasó los dedos; sedas teñidas en aquellas sustancias que le envenenaron los pulmones; todo, ¡todo! había contribuído a formarlo, y nada, ¡nada! era para él. Entonces Luz se ofreció a su deseo como creación maravillosa en que él había puesto hueso de sus huesos y sangre de su sangre, hasta convertirla en el compendio de las dichas humanas. ¿Por qué no había de pertenecerle? ¿Habrían de vivir eternamente juntos y separados a la vez, como la cortesana y el esclavo? ¿Qué ley cruel lo disponía? ¿Quién la escribió?

El espectáculo de la riqueza le llenó de asombro; la privación de lo que otros disfrutaban espoleó a la envidia; la ignorancia cerró a la abnegación el paso; la conciencia le dijo que su ambición era justa; miró a Luz con codicia, y en el fondo de su alma surgió el deseo de gozarla o la resolución de destruirla.

Así se hallaron frente a frente la personificación de todas las grandezas acumuladas por los tiempos y el representante de una raza que contribuyó a crearla para delicia de otros.

Juan, poseído de una pasión que daba espanto,

tendió hacia ella los brazos. Luz, al principio sonrió despreciativamente; pero al sentir las manos callosas sobre el pecho, dió voces, lanzó gritos de angustia, y en su auxilio acudieron tres hombres.

## III

El primero, que parecía consumido por el estudio, la riqueza y los vicios, dijo a Juan casi medrosamente, acompañando la frase con ademanes oratorios:

—Su amor no se alcanza por fuerza... Puedes llegar a lograrlo, pero no así. ¿Cómo ha de amarte si tus caricias son zarpazos? Adquiere instrucción y cultura. Eres libre... Ejercita los derechos que te permiten igualarte a los que somos preferidos.

El segundo, que vestía ropa negra y talar, le dijo endulzando el desengaño con acento meloso:

—El amor de esa mujer no es para ti. Conténtate con su caridad. Los favoritos de ahora son los dichosos de aquí bajo... Tú serás de los bienaventurados allá arriba. ¡Hay otra vida! ¡Cree, sufre y espera!

El tercero de aquellos hombres, que ceñía espada y llevaba en el traje bordados de oro, le dijo ásperamente:

—Si das un paso más hacia ella, te mataré con este arma que tú mismo has forjado.

Juan salió profiriendo amenazas, y Luz quedó, al oirle, estremecida de pavor, como la ciudad de las rameras ante la voz de los Profetas.

## IV

Poco tiempo después una explosión formidable destruyó la soberbia morada. Lienzos en que el genio imitó la Naturaleza, mármoles en que palpitó la vida, páginas preñadas de ciencia y poesía, prodigios del arte y maravillas de la industria... todo fué destruído, y sobre un montón de escombros humeantes quedó Luz, aún viva, pero desgarradas las carnes, bañada en su propia sangre, espantosa, mutilada y deforme.

Juan confesó el delito con altanería y se dispuso a purgarlo con valor. ¿Qué le importaba morir? Su crimen fué salvaje, porque lo aconsejaron el deseo frustrado y la razón escarnecida; pero su causa era justa. El delincuente se consagró mártir. Otros tan desdichados como él vendrían detrás. Luz habría de sentarles a su mesa en el banquete de la vida y darles la parte de amor que les correspondiese, o resignarse a perecer.

No se repliega el viento a los senos misteriosos donde nace, ni el agua retrocde a las fuentes en que brota; pero el espíritu está sujeto al ata-

vismo como el cuerpo a la herencia. Juan era hijo del camino.

Fué condenado a muerte, y llegada la hora tremenda, entró con pie firme y ánimo sereno en la capilla, lugar en que, dudosa de sí misma, busca la justicia humana complicidad en la divina.

Allí le esperaban los tres personajes que ampararon a Luz. Uno representaba la ley; otro mandaba la fuerza armada; el tercero le ayudaría a bien morir.

Faltaban pocos minutos para subir las gradas del patíbulo, cuando, por especial permiso de quien podía concederlo, entró en la estancia un hombre con un papel en la mano. Tomólo el sacerdote y, pasando por el escrito los ojos, dejó en seguida caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—¿Es el indulto?—preguntó Juan, sin miedo ni esperanza.

—No, es una carta de tu madre. Te infundirá valor. Toma y lee.

Juan la estrujó contra sus labios en silencio, lloró sobre ella, y devolviéndosela al ministro de Dios, repuso amargamente:

—¡No me han enseñado! ¡No sé!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

# LOS TRIUNFOS DEL DOLOR

En una extensa planicie formada por tierras de panllevar, estaba la casa solariega de los Niharra, donde descuidada del mundo, cuidadosa de su hacienda y soñadora con sus recuerdos, vivía doña Inés, a quien en los contornos apellidaban «la Santa». Nombrarla en la comarca era casi, y para muchos sin casi, nombrar a la Providencia; porque, a veces, quien imploraba algo del cielo, que lo puede todo, solía no alcanzarlo, mientras ella nada negaba estando en su mano concederlo. Perdonar arriendos, rebajar censos, dotar doncellas y redimir mozos de quintas, era para doña Inés el pan nuestro de cada día. De sus armarios salían las ropas para los pobres; de su despensa los comestibles para los desvalidos; de sus trojes el grano para los labradores arruinados; costeaba médico y botica; por su precepto, iban los niños a la escuela; con su prudencia enfrenaba discordias, desvanecía rencores, y añadiendo a la limosna que puede dar el rico la compasión que sólo siente el bueno, siempre y para todos tenía piedad en el corazón y consuelo en los

labios. Si alguna vez se ensoberbeció la ingratitud contra ella, supo ahogarla a fuerza de beneficios; así, que por donde quiera que iba, salían las gentes a su paso, muchas a pedir, y muchas más, aunque parezca increíble, a mostrarse agradecidas. Las frases de bendición y de respeto que escuchaba, la riqueza que le permitía hacer tanta caridad y el justo regocijo de su conciencia, sobre todo, debieran de infundirle aquella tranquilidad de espíritu en que la verdadera felicidad se funda y, sin embargo, no daba señales de ser dichosa.

Al recuerdo de amores contrariados no había que achacarlo; primero, porque ni su lenguaje, ni su rostro, delataban la tristeza apacible, pero indeleble, que deja en los resignados el dolor; y, además, porque los años todo lo aminoran, y ella contaba tantos, que bien podían haberlo ido borrando del pensamiento las memorias tristes, por muchas que tuviese.

Sus ojos y su boca no sonreían con la tranquila melancolía de quien sufre, porque recuerda; ni eran los suyos sinsabores, medio consumidos, y acaso poetizados por el tiempo: eran penas vivas, recientes, de las que la imaginación agrava cada día y roban más sueño cada noche. Ante aquella mujer, buena y sin ventura, el alma se sentía invadida de tedio y desesperanza, porque aún engendra más escepticismo la desdicha del justo, que la prosperidad del malo.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Tenía dos hijos: Marcelo y Luciano, de tan opuesta inclinación, que nunca pudieron vivir en paz. Cuando niños fueron sus juegos diferentes, cuando jóvenes distintas sus aspiraciones, y hechos hombres, antagónicos sus ideales, de modo que jamás hubo entre ellos concordia ni armonía. Marcelo era apasionado y vehemente, todo imaginación y viveza; Luciano, reflexivo y tranquilo, todo razón y calma; uno, impulsado por su fantasía, se deleitaba en las especulaciones del espíritu, poetizándolas con el encanto del misterio y prestando fe a lo que su entendimiento no alcanzaba; otro, sin más guía que la investigación y el análisis, estudiaba el carácter de los fenómenos y el origen de las cosas hasta arrebatarles sus secretos, dando sólo el augusto nombre de verdades a las demostradas por la observación y la experiencia.

Para Marcelo, el alma era inmortal como su Creador, señora de sí misma; los hechos, fruto de las ideas, y la verdad el resplandor de la revelación; para Luciano, causas y efectos, hechos e ideas se confundían en el seno de la Naturaleza, deidad esquiva y desdeñosa, que no con oraciones, sino sólo con trabajo y estudio, se deja arrebatar los bienes; a Marcelo le bastaba el pensamiento para abismarse en la contemplación de lo divino hasta sentir en los arrobos del éxtasis la clara visión de Dios; Luciano creía que el destino del hombre es luchar con la materia, vencerla, y luego

perderse confundido y sumado con ella para siempre.

Sólo en un punto estaban de acuerdo: en adorar a su madre, que distante por igual del fanatismo de ambos, vivía consagrada a endulzar amarguras y aminorar desdichas, sin preguntar jamás cómo pensaba el que sufría. Doña Inés, por su perfecta imparcialidad en el reparto de la limosna y el consuelo, antes buscaba al dolor mismo que a su víctima; iba hacia el infortunio como corre el agua dulce de los ríos hacia el mar, sin arrancarle nunca su amargura salobre, pero sin cansarse jamás; mientras sus hijos, aunque animados en el fondo del mismo espíritu de caridad, perdían el tiempo en el estéril empeño de descifrar lo incognoscible.

Marcelo siguió la carrera eclesiástica; Luciano estudió medicina, y ambos, simultáneamente, por su virtud y su mérito, llegaron a ser uno espejo de sacerdotes, y otro modelo de hombres de ciencia; citándose al par en el mundo como justamente envidiables, la gloria alcanzada por Marcelo en el púlpito y los concilios y el prestigio conquistado por Luciano en los laboratorios y hospitales.

De su madre no se olvidó ninguno. A servirla y cuidarla asistían con cariñosa frecuencia, pero nunca iban a verla al mismo tiempo, porque los años, aferrándoles a sus ideas, habían exacerbado su doble intransigencia.

De hallarse juntos, Marcelo habría tachado de abominables e impíos los trabajos de la ciencia

moderna, y Luciano hubiera escarnecido todo respeto a lo sobrenatural y dogmático.

Ni la religión ni la ciencia supieron hacerles mansos de corazón. La única virtud que les faltaba era la tolerancia.

.....................................................................

Al cabo de mucho tiempo recibieron aviso de que su madre se moría, y casi a la misma hora, sin temor a encontrarse, llegaron a la antigua casa solariega. Para entrar en ella les fué preciso cruzar por entre los grupos de campesinos que, abandonando sus hogares, acudían a saber de doña Inés.

Subieron al cuarto de la enferma que, vencida ya por la dolencia, no pudo conocerles, y considerando ambos la situación gravísima, cada cual obró como quien era.

Marcelo dijo que si su madre recobraba el sentido, la prepararía inmediatamente a bien morir; sin más que un reclinatorio, un crucifijo y dos velas, improvisó un altar a la derecha de la cama, y sacando de bajo los hábitos un libro se puso en oración.

Luciano, después de hablar largamente con el médico que la había asistido, para enterarse de la índole y progresos del mal, resolvió no apartarse de allí un momento, apurando cuantos recursos le sugiriese aquella ciencia que tanto amaba y de que entonces había menester más que nunca.

El cuarto día a contar desde su llegada, fué tristísimo. La pobre anciana parecía irse consumiendo como haz de leña seca y menuda, abrasada por un

fuego invisible. Su cuerpo endeble, pequeñuelo e inmóvil, apenas formaba bulto bajo las ropas del lecho; la respiración era tan débil que casi no hubiera empañado la superficie de un espejo.

Marcelo continuaba orando.

Luciano paseaba en silencio desde el dormitorio a la estancia contigua, y con la mano derecha metida en el bolsillo del chaleco, acariciaba nerviosamente un pequeño frasco de cristal.

Al caer la tarde, creyendo observar en el estado de la enferma la presentación de síntomas aterradores, llamó por señas a su hermano, llevóle lejos de la cama, y mostrándole el pomo, que contenía quince o veinte gramos de un líquido transparente e incoloro, le dijo:

—Voy perdiendo toda esperanza... ya no hay remedio.

—La misericordia de Dios es infinita—repuso Marcelo.

—Escucha—prosiguió Luciano—; esto que parece agua, es el alcaloide extraído de una planta del extremo Oriente, que nadie antes que yo ha empleado en medicina; yo mismo lo he preparado... pero la experimentación me ha producido efectos que aún no puedo someter a principios fijos. Cuatro gotas de esto pueden, tal vez, ahora, retrasar la catástrofe; acaso consigamos una reacción, una crisis que devuelva a madre la salud... pero el remedio va a obrar en un organismo muy gastado, sin resistencia ni vigor, y si no tiene fuerzas para

soportarlo se muere... es decir, la matamos. En una palabra: esto puede ser la vida y puede ser la muerte; es una probabilidad, no es la certidumbre de salvarla...

Los ojos de ambos estaban nublados de lágrimas.

Ya no había en aquellos dos hombres encono ni aversión; la amenaza de la muerte parecía restaurar en sus corazones la fraternidad que su pensamiento había roto.

—Esperaremos—dijo tímidamente Marcelo al cabo de unos instantes. Y volvió a arrodillarse en el reclinatorio.

Luciano, dejando sobre la mesa el frasco, se colocó a los pies de la cama y permaneció sin apartar la vista de su madre.

Pasó la noche. ¡Qué largas les parecieron las horas, qué medroso el silencio, qué alarmante cualquier rumor, y cómo les desazonaba el ruído metálico y acompasado del reloj, que en cada oscilación del péndulo parecía llevarse un instante de aquella vida que era para ellos el mayor tesoro del mundo!

.......................................................

.......................................................

Por un balcón de la estancia inmediata, dejado entreabierto para renovar la atmósfera, comenzó a soplar el aire saturado de aromas campestres, oyóse el canto vigoroso de los gallos, y primero en vago resplandor, luego en torrentes de claridad, entró la luz del día, saludado con maravillosos gorjeos por

los millares de pájaros que rebullían entre el ramaje de las huertas. Cuanto venía de fuera significaba llamamiento a la renovación y la vida; mientras, allí dentro, la inacción y el silencio parecían ir allanando su camino a la muerte.

Marcelo seguía rezando.

Luciano había puesto sobre la mesa donde estaba el frasco, una copa con un cortadillo de agua, a la cual era preciso unir el medicamento; todo lo tenía preparado, y sin atreverse a intentar la horrible prueba, iba y venía de un cuarto a otro, mirando alternativamente al frasco y a la copa.

Al cabo de muchas horas de aplanamiento y laxitud, doña Inés pareció reanimarse, abrió los ojos y, cambiando de postura, murmuró algunas frases incoherentes. Entonces, Luciano alargó la mano hacia la mesa, cogió el frasco, lo destapó... y en seguida, de pronto, bruscamennte, como acobardado, volvió a dejarlo de golpe donde estaba.

Al ruido alzó Marcelo la cabeza, y viendo retratada en el rostro de su hermano la perplejidad y angustia que sentía, fué hacia él, preguntándole por lo bajo:

—¿Qué es eso?

—Mira—repuso señalando a su madre—; se ha movido, ha hablado, está más fuerte..., tal vez pudiera resistirlo. Este es el instante oportuno... ¡y no me atrevo! ¡Si estuviéramos en la clínica! ¡Si no fuera ella!

—¿Tú crees que se salvaría con... «eso»?

—En casos análogos... unas veces el medicamento ha respondido... otras, ha fallado.

De repente, doña Inés, incorporándose sola en el lecho y con voz apenas perceptible, murmuró:

—¡Agua!

Ellos se contemplaron de hito en hito, silenciosamente, leyéndose en los ojos la incertidumbre que les consumía, mientras la anciana repitió sordamente:

—¡Agua!... ¡Agua!

Aquella voz que temían no volver a escuchar nunca, les removió el fondo del alma, agitando y trastornando de tal modo sus ideas, que cada uno, sin darse cuenta de ello, buscó la salvación de lo que amaba, no en los medios que le eran peculiares y propios, sino en aquello mismo que por serle ajeno, desconocido y contrario, adquirió a sus ojos las porporciones de lo maravilloso.

En aquel momento supremo vaciló la fe del creyente y se quebrantó la incredulidad del escéptico; el místico se sintió mordido por la duda y el desengañado se dejó seducir por la esperanza. Todo lo trastornó el brutal zarpazo del dolor.

Luciano, el médico, cayó de rodillas ante el crucifijo, adorando a Dios en espíritu y en verdad. Marcelo, el sacerdote, se aproximó a la mesa, tomó el frasco, vertió unas cuantas gotas de su contenido en el agua, y sosteniendo con una mano a la enferma le hizo, con otra, beber el líquido misterioso.

Mientras el médico pedía misericordia al cielo, el sacerdote se echaba en brazos de la ciencia.

.....................................................

¿Llegó al cielo la plegaria? ¿Obró la sustancia química sobre el organismo?

.....................................................

De allí a poco doña Inés comenzó a mejorar, recobró la salud y fué de nuevo durante algunos años alivio de pobres y consuelo de tristes.

Los dos hermanos procuraron desde entonces no hallarse frente a frente. Cada uno de ellos era poseedor del secreto del otro y ambos se sentían avergonzados por aquel pasajero desfallecimiento que a nadie confesaron.

Quedóles el convencimiento de que en el mundo había algo que les era común y propio por igual, algo que todo lo perturba y equipara: el Dolor, deidad suprema que puede sembrar la duda en el espíritu del creyente y hacer que brote la esperanza en el pensamiento del incrédulo; pero alejado el peligro renació en su corazón la intransigencia, y ni Luciano atribuyó poder a su oración, ni Marcelo creyó en la eficacia del remedio.

# LOS FAVORES DE FORTUNA

## I

No hay divinidad a quien se rinda culto más sincero y universal que a la Fortuna. Los hombres, desde que empiezan a serlo, en lo que llaman edad de la razón, le consagran la vida. Fortuna, en cambio, con la esperanza les atrae, con la codicia les excita, con la molicie les corrompe, o con la soberbia les ciega, hasta que enseñoreada de ellos, les deja unas veces que realicen su ambición y otras que satisfagan su apetito. Nadie la desprecia sin que le llamen loco, a ninguno que la logra se le considera necio; de unos se deja conseguir por la astucia, a otros se somete por capricho, los más se arrojan a conquistarla, los menos procuran merecerla; es tal su perversión, que gusta de que la tomen por fuerza, y es tan grato su imperio y son tan dulces sus halagos, que luego de poseída no hay debilidad en que el animoso no incurra por conservarla, ni fortaleza que el apocado no intente por no perderla. Sus aman-

tes son infinitos, y a ellos se entrega como cortesana que ni cuida de escogerlos, ni piensa en lo que le sacrifican, ni estima lo que les concede, ni repara en cuándo se lo quita. Con unos parece que se encariña desde que nacen, y les colma de dones toda la vida; a otros, sonríe sólo en la vejez para amargarles la muerte; y hasta más allá del sepulcro llega su influjo, pues ni deja que sea cada cual llorado según su mérito, ni reparte con justicia la gloria. No hay grande de la tierra, por ensalzado que esté, a quien no pueda poner más en alto todavía; ni humilde, por bajo que se halle, a quien no sepa encumbrar sobre el primero. Reparte sus dones unas veces complaciéndose en detenerse para colmar deseos, y otras los deja caer a la carrera para que queden las alegrías truncadas y los placeres incompletos. Pasa estúpidamente desde la prodigalidad a la avaricia y desde la esplendidez a la miseria; su amor ciega, su desdén mata, a unos envilece, a otros trastorna; es la eterna Dulcinea engañosa para nuestra locura, y encantada para nuestra razón; niega lo que se le implora, da lo que se le pide, todo lo tiene y todo lo derrocha. Sólo dos cosas negó la Naturaleza a la Fortuna, que ni puede hacer generoso al mezquino, ni consigue acallar el remordimiento en la conciencia del malvado.

## II

Pero ya no es Fortuna la gloriosa divinidad pagana que recibía culto en las aras ceñidas de mirto, ni recorre el mundo en una rueda, mostrando desnuda la majestad de su hermosura; se ha hecho un palacio que es centro y emporio de las grandezas modernas, y en vez de un santuario de diosa habita un camarín de cortesana, donde por ásperas cuestas y empinadas pendientes suben los que la solicitan echándose a la espalda cuanto les pesa o les estorba. La ambición les guía, el amor propio les alienta, el egoísmo les sostiene, la impudencia les basta, y entre los riscos del camino se van dejando, sin sentirlo, la hombría de bien, la amistad y el cariño. Muchos emprenden la jornada: los más se rinden, pocos la terminan, y al llegar con el corazón helado por el frío de la cumbre, se desvanecen con la altura, imaginando ver empequeñecido y diminuto lo que dejaron en el llano. Luego Fortuna les atormenta con esquiveces, les engolosina con veleidades, y tanto se hace desear, o pone tal precio a sus caricias, que algunos, al conseguirla, echan de menos lo que inmolaron por gozarla. Unos le sacrifican la honradez, otros la fe; quién ahoga brutalmente la conciencia; el que menos, pierde por ella la vergüenza. Es, en fin, la gran ramera de la vida, que se re-

siste al esforzado, se entrega al ruín, a cualquiera se vende, y hasta de largo en largo se deja conquistar por el bueno, convirtiéndolo en blanco de envidiosos.

## III

En cierta ocasión se enamoraron de Fortuna tres hombres: Carlos Tizona, mozo de arrojo extraordinario, para quien la mejor razón era la espada; el doctor Infolio, que sin ser viejo casi lo parecía de tanto haber estudiado, y un tal Lepe, último vástago de una familia proverbial por lo lista. Tizona de todo era capaz, Infolio no ignoraba nada, y a Lepe se le ocurría siempre lo mejor; de suerte que si las condiciones de los tres se reuniesen en uno, fácilmente se hiciera señor del mundo. Eran, por sus distintas facultades y por el grado en que las poseían, la personificación de las tres potencias más enérgicas y eficaces de la vida: el valor, que nada teme; el trabajo, que de todo triunfa, y el ingenio, que allana cuanto intenta.

Al enterarse cada uno de ellos de que también amaban los otros a Fortuna, faltó poco para que vinieran todos a las manos. Tizona quiso esgrimir la de su nombre, Infolio perdió la serenidad y a Lepe le descompuso la ira. Ya iban a reñir, cuan-

do este último, en un instante de lucidez, les dijo de este modo:

—¿Por qué luchar y aborrecernos si aún no sabemos en cuál se ha de fijar Fortuna? Seamos amigos, hasta que ella escoja, por lo menos; no sintamos la envidia antes de que haya quien saboree el placer. Emprendamos juntos la jornada, si queréis, o siga cada cual la senda que le acomode hasta llegar al palacio de Fortuna.

—Yo no voy con vosotros—gritó Tizona sin ocultar su pensamiento—, pues sé un atajo por donde, si no me estrello, llegaré en seguida.

—Yo—replicó Infolio—quiero también ir solo, porque en largos años de trabajo he discurrido un mecanismo para subir las pendientes sin esfuerzo.

Oído lo cual, añadió Lepe:

—Pues vaya cada uno por su lado; alguien he de encontrar que me lleve en coche o a la grupa, que yo no subo andando.

Despidiéronse con la sonrisa en los labios, aunque odiándose, y puesto el pensamiento en su ambicioso propósito, emprendieron a hora distinta y por diversos lugares el camino.

## IV

Pasó mucho tiempo, sin que ellos mismos pudieran precisar el número de años transcurridos; por-

que las esperanzas y fatigas les hicieron perder la cuenta, hasta que una mañana, cuando menos lo esperaban, al dar vuelta a un recodo, se encontraron casi simultáneamente en la explanada que rodeaba el alcázar, donde vivía la dama de sus pensamientos.

Lepe llegó el primero, y al parecer de buen humor, pero con los labios plegados por una sonrisa de incredulidad que daba pena; Infolio era un anciano achacoso, gastado e impotente para gozar lo que soñaba; Tizona traía melladas las armas, el cuerpo cosido a cicatrices y alguna herida fresca todavía.

Saludáronse ceremoniosos, sin mostrarse simpatía ni sentir rencor; ninguno preguntó a los otros la historia de su viaje, y como Dios o el diablo les dieron a entender, procuraron entrar en el recinto misterioso.

Tizona, viendo cerradas las verjas, a riesgo de matarse, escaló una ventana; Infolio dijo tan admirables cosas propias y ajenas, colocándose ante la puerta, que sus hojas, dejándole paso, se abrieron solas, y entonces Lepe se coló dentro astutamente.

A los pocos momentos estaban en la antecámara del ídolo. Sólo les separaba de él una cortina sutil e impenetrable, que cayendo desde la techumbre hasta el suelo, semejaba el velo de un lugar sagrado.

Ninguno se atrevió a descorrerla, y absortos de estupor, febriles de impaciencia, esperaron fija la

vista en los amplios pliegues que ponían estorbo a sus deseos.

De pronto, se abrieron los paños como rasgados de alto a bajo, y dejaron ver un instante el ámbito de la estancia que ocultaban. El santuario de Fortuna era una alcoba. Hacia el fondo sonó el estallido desigual de un beso doble, y en seguida, salió tranquilamente un hombrecillo insignificante, feucho, pequeñuelo y vulgar, que con aire de triunfo venía estirándose los puños y acariciándose la barba. Entonces los que esperaban se abalanzaron hacia él entre humillados y rabiosos, gritando y preguntándole a grandes voces:

—¡Profanación!

—¿Quién eres?

—¿Por dónde has subido?

Mientras el feliz mortal, mirándoles sin comprender su indignación, respondía con la mayor frescura:

—Soy Perico Mediano, y he subido por la escalera de servicio.

# LAS PLEGARIAS

## I

Al dar la una y media comenzaron a despedirse los contertulios; a las dos sólo quedaban en el magnífico salón los dueños de la casa, marido y mujer, ambos jóvenes, hermosos y al parecer felices; él se puso a leer un periódico de la noche y ella se entretuvo escribiendo con un lápiz de oro al dorso de una tarjeta las visitas y compras que pensaba hacer al día siguiente.

Después hablaron un rato de cosas de poca monta, y, por fin, ella, levantándose de pronto, le dijo mirándole amorosamente:

—Me voy a recoger el pelo. ¿Tardarás?

—Acuéstate. En seguida voy.

Luego de retirarse la dama, el hombre pasó del salón a su despacho, que era la habitación contigua, y oprimiendo un resorte oculto entre los cortinajes, dió luz a las lámparas eléctricas.

Los muros estaban cubiertos de verdaderos tapi-

ces góticos, los estantes llenos de buenos libros; en un testero había un magnífico retrato de familia a cuyos lados brillaban dos panoplias de armas antiguas, y en otro lienzo de pared destacaba sobre el fondo multicolor y borroso del tapiz un santo pintado por Zurbarán. Cuanto allí había era prueba de exquisito gusto, cultura y riqueza bien empleada. Indudablemente el lujo de relumbrón, las antiguallas falsificadas y los caprichos absurdos impuestos por la moda, no tenían entrada en aquella casa.

Sentóse el caballero ante la mesa, sacó de un cajón una cartera, y tras consultar rápidamente varios papeles, apuntó, poco más o menos de este modo, lo que se proponía hacer al otro día:

«Carta al administrador de Terrones para que perdone la mensualidad a los colones perjudicados por la nube del mes pasado, y les dé lo necesario para la siembra.—Al mayordomo de Valhondo que libre de quintas al hijo del guarda.—Decir al ministro que no voto a favor de la desviación del canal, porque no conviene a los intereses de aquellos pueblos.—Mandar, según costumbre, lo que haga falta en el «Monte» para desempeñar las herramientas de trabajo y máquinas de coser cuyas papeletas venzan este mes.»

Todo lo cual indicaba que aquel rico merecía serlo.

Después guardó la cartera, cerró el cajón, y recos-

tándose en el sillón, permaneció largo rato ensimismado y como abstraído por sus pensamientos.

Poco a poco fué dibujándose en su rostro un gesto de inexpresable amargura, luego dobló la cabeza sobre el pecho, y en seguida, enderezando a Dios el pensamiento, dijo mentalmente de este modo, no con palabras aprendidas de memoria, sino con aquellas espontáneas y sinceras razones que, inspiradas en verdadera piedad, no pueden menos de llegar a donde van dirigidas:

«¡Un día más... y un día menos! No he hecho mal a nadie, y he procurado algún bien. Permíteme, Señor, que pueda decir lo mismo mañana. No faltándome tu favor, estoy seguro de mi voluntad... Me has hecho rico, es decir, depositario de lo que destinas a los pobres, y al remediar los males del prójimo imagino cumplir tus mandatos. No me desprendo de nada mío, sino que doy a cada cual lo que quieres que sea suyo; si más me dieres, más distribuiría; y si de todo me privases, mi único dolor sería ver desdichas sin poder remediarlas... Por Ti he comprendido que la verdadera sabiduría estriba en combatir odios y sofocar rencores: procuro ser justo; pero no me has hecho feliz. Tú sabes lo que falta a mi dicha. Te pido un hijo. Quiero tenerlo para que aprenda a ensalzarte como Te gusta ser ensalzado, que es sometiendo la maldad a la justicia, acercando la compasión al dolor; y quiero también ser padre, porque no es bueno que se seque el árbol sin dejar retoño. Mi esposa me

ama tanto como yo a ella, pero nuestro lecho es estéril. ¡Señor! Dame un hijo para que te ame con dos vidas y te sirva con dos voluntades.»

De pronto sonó a lo lejos una voz femenina que llamaba cariñosamente; el caballero apagó la luz, y a oscuras, andando a tientas, que es como el hombre camina hacia la felicidad, salió en busca de su mujer.

## II

Varía la decoración y son otras las personas.

En un miserable sotabanco habita un matrimonio pobre. El marido fué empleado y quedó cesante sin auxilio, amparo ni valimiento; la mujer, que era menestrala, enfermó durante el primer embarazo y fué despedida del taller; rápidamente pasaron de la escasez a la pobreza y de la pobreza a la miseria; pero como eran jóvenes y se querían mucho, nada contuvo su pasión. En seis años de matrimonio tuvieron otros tantos hijos.

.............................................................

La noche era horrible; los vidrios rajados o mal juntos dejaban paso al frío por roturas y resquicios; no había rescoldo en el fogón, ni cisco en el brasero, ni provisiones en la alacena, ni casi ropas en las camas, porque el carbonero ya no fiaba, ni el

tendero se compadecía, ni el prestamista devolvía las mantas sin que le pagasen lo estipulado; y los pequeñuelos lloraban y los mayorcitos pedían pan, mientras los padres se miraban silenciosa y desesperadamente, ya pronto el hombre a toda maldad y dispuesta la mujer a todo sacrificio.

Más tarde, cuando el marido se fué a acostar, renegando de Dios y maldiciendo de los hombres, ella dió un beso a cada niño, y en seguida, postrándose de rodillas ante una grosera estampa de Cristo pegada en la pared, comenzó a orar entre dientes.

Rezó primero el Padre Nuestro, luego el Credo, después muchas Salves y Ave Marías, cuanto aprendió de niña sin saber lo que significaba, y, por último, buscando en las reconditeces de su alma acentos propios, inspirados en la magnitud de su desventura, dijo alzando los ojos y clavándolos en la estampa: «¡Señor! ¡Piedad, misericordia! ¡Que no se mueran estos niños! ¡Pan, nada más que pan!»—Y dejando caer la cabeza sobre el asiento de una silla que tenía delante, permaneció en oración largo rato, hasta que el marido la llamó desde el jergón que les servía de cama, diciendo:

—Ven, hija, ven y trae cualquier cosa para arroparnos, que aquí no se puede parar de frío.

## III

En los altos cielos, espacios eternamente misteriosos y negados por siempre al pensamiento humano, allí donde sólo llegan los desvaríos de la imaginación y los arrobos de la fe, resonaban dos voces de acento sobrenatural y prodigioso. La una era majestuosa, imponente y dulce sobre toda ponderación; la otra era voz humana, dignificada y ennoblecida por la santidad.

—¡Pedro!—dijo la primera.

—Señor—repuso con humildad la segunda.

—¿Hay algo?

—Lo de siempre. Peticiones de la ambición, exigencias de la codicia, vanidades del amor propio, arrogancias de la soberbia, desafueros de la maldad, sollozos de dolor y bostezos de hambre.

—A esos hay que atender primero.

—Señor, es que son muchos los que piden y pocos los que agradecen.

—No importa. Coge a manos llenas los bienes y déjalos caer sobre los limpios de corazón.

.................................................

Pasado algún tiempo, el matrimonio rico heredó una considerable fortuna que acreció la suya. Fué aquello como golpe de agua que, dejando acaso estéril la llanura, engrosa el caudal de otra corriente;

y en el hogar del matrimonio pobre nació el séptimo hijo.

Los afortunados no agradecieron lo que les sobraba, y los infelices casi maldijeron lo que no habían pedido.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Entonces resonaron de nuevo en las alturas las voces misteriosas:

—¡Pedro!

—¡Señor!

—Mis órdenes se cumplen mal—dijo la voz de imponente e inefable dulzura—; a pesar de mis bondades suben de la Tierra lamentos de dolor que mueven a piedad.

—Los del planetilla revoltoso no hacen más que pedir. Nadie quiere penar; todos creen merecer. Ninguno acepta su misión fatal e ineludible, ni se resigna a cumplirla. Imaginan que la vida debe ser la felicidad, cuando es sólo ocasión de conseguirla.

—Es que yo no soy el Destino ciego, sino la Providencia bondadosa. ¡Felices! ¿Por qué no han de serlo? En verdad te digo que el hombre no comprenderá nunca la majestad del dolor. De hoy más, a quien pida con fe para obrar con caridad, désele todo. Hay que reorganizar este negociado.

# EL NIETO

El general don León Bravo de la Brecha y Pérez Esforzado, décimocuarto conde de la Algarada de Lucena, primer marqués de Durobando, noble hasta la médula de los huesos, senador por derecho propio, modelo de caballeros, carácter de acero y corazón de oro, feo de rostro y hermosísimo de alma, era hombre que haciéndose querer inspiraba respeto, mas en tal grado religioso, autoritario y linajudo, en una palabra, tan montado a la antigua que parecía la viva encarnación de todos aquellos ideales que, cumplida su misión en la vida, van quedando honrosamente almacenados en la historia por la inflexible mano del tiempo.

A bueno nadie le ganaba, a severo le aventajaban pocos, y en punto a reaccionario no había quien le igualase. Fué feliz durante casi toda su vida, porque la Fortuna le halagó propicia, siendo para él en la juventud novia cariñosa, en la edad viril mujer amante y luego sumisa compañera; únicamente en la vejez, cuando creía tenerla más sujeta, comenzó a mostrársele rebelde, como hembra cansada de ser fiel mucho tiempo.

El general veía con pena que cuanto amparó con su prestigio y cuanto defendió con su espada se iba desmoronando. La fe se bastardeaba convirtiéndose en devoción superficial y mundana; las clases sociales se fundían derretidas por la fiebre del oro; el principio de autoridad cedía en vez de resistir; todo lo que él consideró esclarecido y alto tendía a oscurecerse y caer, todo lo vil y bajo a brillar y subir; lo poco, antes calificado de utopia, era casi realidad; los sueños se hacían tangibles y a las amenazas se respondía con reformas; lo que en su mocedad se dominaba a tiros, ahora se arreglaba con fórmulas.

Su mayor pena, su disgusto más hondo consistía en ver a su propio hijo participar de las ideas nuevas y sentarse como diputado en los bancos de una minoría liberal apoyando las que él llamaba soluciones avanzadas, y al pobre viejo le parecían herejías contra lo más santo y ataques a lo más respetable.

Por mucho que cavilase, no se daba cuenta de cómo aquel hijo, educado por padres escolapios, había salido volteriano hasta votar la tolerancia religiosa e importarle un bledo que el Papa estuviese cautivo. Cuando le oía afirmar que era monárquico y en seguida que la idea de Patria no es consustancial con la monarquía, se le llevaban los demonios; y, finalmente, a punto estuvo de desheredarle, sabiendo que durante las elecciones asistió a una reunión de distrito donde solicitó el voto de los descamisados.

Mas como todo está compensado en la vida, la

amargura ocasionada por aquellas ideas del hijo tenía contrapeso y hasta recompensa en lo que prometía el nieto.

Siete años acababa de cumplir Pepito, y por sus tendencias dominadoras, por su carácter resuelto y su geniecillo voluntarioso, indicaba que había de parecerse, no a su padre, sino a su abuelo. El general experimentaba impulsos de ternura, nunca sentidos, escuchando referir o presenciando y oyendo rasgos y respuestas del chico, que no pasaban de meras insolencias infantiles y que a él se le antojaban claros indicios de ideas sanas, principios severos y voluntad enérgica.

Pepito era, indudablemente, a su ojos, un caso notabilísimo de atavismo.

Los procedimientos de fuerza le encantaban. En vez de pedir merienda, la cogía del aparador: espíritu de conquista, decía el general. Agradábale sobremanera ir limpio, bien vestido y majo: gustos aristocráticos, pensaba el buen señor. Una vez en la calle, viendo reñir a dos muchachos y caer debajo al más débil, se arrojó a su defensa: clara muestra de comprender la misión de su nobleza. Finalmente, un día en una tienda donde su madre regateaba unos juguetes, Pepito llamó ladrón al comerciante: horror al mercantilismo, imaginó el abuelo.

Para que tan brillantes disposiciones y facultades no se debilitaran ni maleasen en la viciosa confusión de un colegio ni al contacto de malas compañías, el general, desconfiando del criterio y carácter

de su propio hijo, resolvió encargarse de la educación del chico; y no pusieron los reyes de Francia más cuidado en buscar maestro a un Delfín que puso él para admitir preceptor a su gusto.

Tras muchas cavilaciones, previos respetables informes y seguro de sus buenos antecedentes, recayó la elección en un capellán profundamente religioso, de intachable moralidad y lo bastante conocedor del mundo para dirigir los primeros pasos de un niño a quien su linaje y fortuna tenían reservado puesto seguro y distinguido en el banquete de la vida. . . . .

—Quiero—le dijo el general—que sea hombre de bien, capaz de grandes cosas, enemigo de las pequeñas... y aunque no ha de cantar misa, ni hace falta que se coma los santos, muy religioso. Nada de beaterías: espíritu religioso, temor de Dios y amor al prójimo. ¡Cristiano de verdad! ¡En fin, que sea todo un hombre!

El capellán—nadie le llamaba por su nombre en la casa—era lo que se decía hace cincuenta años un buen maestro; tal vez algo duro; más amigo de hacerse temer que estimar; antes partidario de enseñar lo que sabía que de inspirar amor al estudio; con ideas fijas vaciadas en la antigua turquesa donde se fundió la sociedad de nuestros abuelos; seguro de lo que tenía por bueno; irreconciliable con lo que juzgaba malo; ilustrado, pero intransigente; bueno, pero fanático.

Pepito aprendió de sus labios algunas cosas que

son verdades eternas; otras que en su tiempo lo fueron, y muchas que no lo han sido nunca; mas todas, al parecer, sujetas y enlazadas por maravilloso espíritu de unidad. Adaptándose a la tierna imaginación propia de la edad del niño, hízole considerar la ciencia como trabajo humano que pugna por acercarse a lo divino; el arte como emanación y resplandor de lo bueno; la historia como inmenso campo al través del cual marchan las razas guiadas por Dios a su destino; y la vida como valle de amarguras en que para las más acerbas lágrimas y los más intensos dolores hay consuelo cuando, poniendo el pensamiento en lo alto, quieren ser caritativo el poderoso, agradecido el miserable, sensible el fuerte, humilde el débil, y todos esperanzados en la justicia del Señor.

Poca era la edad del niño, mas tales la inteligencia y la claridad con que se expresaba el capellán, que el discípulo prometía honrar al maestro. Varias veces examinó el general a Pepito; en más de una ocasión le hizo preguntas, al parecer inocentes, en realidad encaminadas a ver el cauce por donde iban sus inclinaciones; y siempre quedó, aparte pasión de abuelo, que es padre doble, maravillado del instinto con que se asimilaba cuanto trascendiese a hombría de bien y sentimiento de justicia.

—¿Qué aguinaldo quieres, monín?—le dijo pocos días antes de Navidad.

—Un nacimiento—repuso el chico.

Su abuelo fué con él a Santa Cruz, le dejó escoger

cuanto quiso, pagó contento, quedó el niño gozoso, y dos criados trajeron a casa el peñasco lugar de la sagrada escena y la banasta llena de figuras de barro que habían de representarla.

Al día siguiente, gracias a la febril actividad del niño y mediante algunos consejos del capellán para que pusiese cada personaje en su sitio, quedó el nacimiento colocado sobre una gran mesa en el cuarto de estudio. Nunca vieron ojos de muchacho cosa tan bonita. ¡Qué «propio» estaba!

El peñasco, que tenía más de dos varas en cuadro, figuraba una serie de cerros hechos con corcho y cartón piedra, dispuestos en caprichosos declives con las cimas cubiertas de nieve y en la parte baja serpeados por un arroyuelo de agua verdadera que venía a morir en un estanque con surtidor de hoja de lata. En un picacho estaba el depósito y, para ocultarlo, veíase agrupado en torno del monte el caserío de cartón que fingía ser la ciudad de Belén, sobre cuyos minaretes de cartulina ondeaba la bandera española. Por unos vericuetos en que el vidrio molido hacía papel de escarcha, venían en sendos camellos sus reales majestades Gaspar, Melchor y Baltasar, seguidos de abigarrada servidumbre; al borde del arroyo había un grupo de lavanderas; en un altillo, junto a la hoguera de talco en que se freían las migas, los pastores apacentaban las ovejas de patitas de alambre, mientras los pavos de abermellonada cabeza y peana verdosa destacaban sobre el musgo aterciopelado y húmedo. De entre un

macizo de follaje salía una pareja de guardia civil, cuyos tricornios enfundados de blanco casi llegaban al campanario de una torre, y en la fachada de un ventorrillo de cartón se leía la palabra «vino». El portal de Belén era grandiosa fábrica greco-romana de corcho con sus columnas estriadas; dentro estaba el pesebre, guarnecido de verdadera paja, y sobre ella el Niño Jesús, enteramente desnudo y boca arriba; a sus lados el buey y la mula esculpidos con rigidez hierática, y delante, colocados en adoración, San José con traje amarillo y la Virgen con manto más brillante y rojo que un pimiento, ambas cabezas coronadas por descomunales resplandores en que se habían derrochado panes de oro.

Pastores con pellicos de algodón en rama bailaban ante la Sagrada Familia, en tanto que otros rendían al suelo la carga de sus ofrendas, y del centro del frontón pendía la estrella de rabo, casi de tamaño natural, tan cuajada de ángulos y facetas que era maravilla de los ojos. Luego, por todas partes ciñéndolo y adornándolo todo, ramas de palmera, de espino, de abeto, de tomillo, de tuya, de romero, grandes trozos de musgo y un sinnúmero de velitas y candelas amarillas, rojas, blancas y verdes, de cuyas llamas se desprendía un humo tenue y vaporoso, que envolvía el conjunto en una neblina misteriosa y poética...

Cuando el general vió el nacimiento, faltó poco para que cogiese un rabel; si no lo hizo fué por-

que no quedara mal parado el principio de autoridad.

A la tarde siguiente, Pepito salió de paseo con su madre. Cuando volvían oyó llorar en el patio a uno de los chicos del portero y preguntó la causa.

—Envidia, nada más que envidia..., señora— dijo dirigiéndose a su ama el criado adulador—; mis chicos han visto subir el nacimiento y se han emberrenchinado en que les compre muñecos.

La dama, sin hacer caso, subió lentamente la escalera y Pepito la siguió en silencio, con la cabecita baja y las manitas a la espalda, sintiendo cosas que no podía comprender, como un filósofo chiquitín.

De pronto, al llegar al recibimiento, echó a correr hacia su cuarto, y pocos momentos después bajó al portal por la escalera de servicio, llevando una cesta cuyo contenido ocultaba cuidadosamente.

A la noche, termina la comida, el general quiso ver de nuevo el nacimiento por gozar con la alegría del niño.

La decepción fué horrible. El nacimiento estaba encendido; pero, a pesar de las luces, triste y despoblado. Parecía que los muñecos de barro habían huído al sentirle llegar; faltaban más de la mitad. Los reyes magos, reducidos a dos; de la pareja de civiles, un número; la mula del pesebre, ausente; los borregos, pastores y zagalas, en cuadro; el caserío de Belén, medio derribado para arrancar algunas fincas, y ¡oh cosa inverosímil!, San José perma-

necía junto a su divino hijo, mas la Virgen había desaparecido.

—¡¡Pepito!! ¿Qué ha pasado aquí?—gritó enojado el abuelo.

El niño se presentó cabizbajo, pero sin miedo; no muy contento, pero sereno.

—¿Qué es esto? ¿Has roto ya todo lo que falta? ¿Es ese el aprecio que has hecho?...

—No he roto nada—repuso Pepito—. Los chicos de abajo lloraban mucho porque no tenían nacimiento... y les he dado la mitad. ¿No me están diciendo a todas horas y en todas las lecciones que todos somos hijos de Dios, y que Dios da a los ricos para que den a los pobres? Pues ya está hecho... aunque no me compres más.

El general cogió a su nieto, alzándolo hasta sí, le dió no un beso, sino un abrazo, como si fuese un hombre, y salió del cuarto juntamente enternecido y pesaroso.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó su hijo al verle entrar en el despacho con los ojos llorosos.

—Tengo... tengo que tú me has salido liberal y, a pesar de los pesares..., tu chico me ha salido socialista.

# DICHAS HUMANAS

A la parte de Oriente, por cima de las arboledas del Retiro, comienza a despuntar el día, desvaneciéndose y borrándose el lucero del alba en una faja de luz pálida y blanquecina, que se dilata y extiende poco a poco en el espacio.

Los faroles están apagados, los serenos se han ido, las buñoleras no han llegado, las tahonas están cerradas, las tabernas no se han abierto, y un norte glacial barre las aceras, arremolinando en los cruces de las calles las hojas secas, el polvo y los papeles. Se oyen de cuando en cuando los pasos rápidos de alguien que ha trasnochado por necesidad o por vicio; suenan a lo lejos las campanas de maitines en la torrecilla de un convento, y tras las vallas de un solar convertido en corral, lanza un gallo su canto bravío y vigoroso, como si estuviera en el campo.

De entre las sombras que van desvaneciéndose surgen las líneas y la mole de una casa magnífica, casi un palacio, con jardín a la iglesia, ancho portalón y verja de remates dorados. Dos balcones del piso principal están interiormente iluminados por

un resplandor medio amarillento, medio rojizo, formado por las llamas de la chimenea y la luz de una gran lámpara con enorme pantalla de seda color de oro. Desde la calle no se ven más que los huecos bañados en claridad misteriosa, los cristales de una sola pieza y los visillos de muselina, en cuyos centros campean cifras artísticas de letras entrelazadas.

La habitación es suntuosa. Hay en ella muebles soberbios, telas rarísimas, cuadros con firmas de maestros, retratos admirables, plantas exóticas criadas en la atmósfera tibia del invernadero, jarrones japoneses decorados con cigüeñas de plata que vuelan en paisajes fantásticos, alfombras en que los pies se hunden y arañas de vidrios multicolores donde centellean en temblor irisado los reflejos de la chimenea. La riqueza y el buen gusto parecen haber reunido allí todos los primores del lujo moderno.

Sentado junto a un veladorcito, donde aún se ven el servicio de té, todo de plata, dos barajas francesas y un sortijero lleno de horquillas y pulseras, hay un hombre joven, dc arrogante figura, que está haciendo números con un lápiz en una cuartilla de papel.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Por la esquina que forman dos calles, desemboca un mocetón descalzo, cubierto de harapos asquerosos. Lleva a la espalda un saco, y en la mano un

palo, que tiene en la punta un largo clavo retorcido, con el cual, de cuando en cuando, revuelve los montoncillos de basura que hay formados ante las puertas junto a los bordes de la acera. Otras veces se pone de rodillas, escarba con las manos y va metiendo en el talego restos, desperdicios y sobras de mil cosas distintas. Al creciente claror del día su figura comienza a dibujarse. Es joven, robusto, ágil, pero repugnante por lo sucio y lo feo. Tiene las prendas con que se cubre destrozadas y llenas de remiendos, la gorra reluciente de mugre, las manos guarnecidas por escamas de roña, los ojos legañosos y el bigote quemado de apurar colillas; todo él es seboso y hediondo. Sus compañeros le llaman Pachín el «Guarro».

Al llegar frente a la casa lujosa, se sienta en la acera y poco a poco va sacando algo de lo que ha recogido aquella noche, para separar lo que haya de vender de lo que quiera guardar.

De pronto se oyen a lo lejos pasos de alguien que viene corriendo, arrastrando en chancleta los zapatos, y por la esquina inmediata aparece una chica de veinte años, feísima. Es cabezorra, llana de cogote y algo bizca; tiene el pecho voluminoso y caído, como pasiega harta de criar; el rostro rojizo, el cuello negruzco, y el trozo de carne, que pudiera ser nariz, desformado y torcido, como si guardase recuerdo de un tremendo puñetazo. Lleva puesta falda de percal que fué azul, por entre cuyos jirones, jamás cosidos, deja ver un refajo amarillo en

sus buenos tiempos, toquilla de estambre rosa convertida en pañuelo de talle, y a la cabeza otro pañuelo de seda verde, bajo el cual desbordan en mechones compactos y casposos los rizos negros, vírgenes del peine. En la mano derecha lleva también un saco y en la izquierda una cesta que tiene en vez de asa un trozo de soga retorcida; allí trae una jícara sin asa, un borlón de darse polvos de arroz, un ojo de vidrio caído de un animalucho disecado, una rueda de butaca y la tapa de una caja de dulces adornada con un ramito de azahar artificial

Aquella mujer es la «Mona». Pachín el «Guarro» casi parece junto a ella un señorito.

Al verla acercarse, dice él:

—¿Qué traes, paloma?

—«Na»; lana sucia, una jícara, tres latas chicas y dos peras pochas.

—Guárdalas «pa» madre. ¿Y papel?

—Como un par de kilos.

—¿Y tabaco?

—Eso sí, toma.

Y la «Mona» sacó de la cesta el fondo de una escupidera de cristal rota, con lo menos diez colillas de puro.

—¡Son habanas; éstas se lavan y «pa» mí; «u» sin lavarlas!—dijo sonriendo Pachín.

—Entonces «pa» ti, «pa» mezclar. ¿Y tú, que has «pescao»?

—Mira.

El «Guarro» vació entonces todo el contenido del talego, y sobre las losas de la acera quedaron desparramados cien objetos imposibles de definir. Allí había de todo, reducido a nada; piezas de hierro con empleo desconocido, botones sin asa, escarpias sin punta, hebillas sin pincho, una regadera abollada, media petaca, un muelle de reloj, muchos recortes de trapo, dos carretes sin hilo y una zapatilla grande, vieja, de raso azul bordada de oro y con tacón Luis XV.

—¿Y la otra?—preguntó ella.

—No ha «parecío»; pero ¡mira!

El «Guarro» sacó de la chaqueta con aire de triunfo media cucharilla de plata.

—¿Qué valdrá eso?

—Seis «u» siete «riales».

—Pues al café.

Recogieron el fruto de su trabajo, dividiéronse en los sacos el peso, y atravesando barrios enteros, después de matar el gusano en una taberna, fueron a salir por rondas y afueras más allá del Cristo de las Injurias.

El término de su viaje fué una explanada de estercoleros, rodeada de desmontes, donde se alzaban varias barracas hechas de tablas, puertas de restos de derribos, mostradores viejos, esteras, persianas, grandes trozos de hule, muestras de tiendas y toldos de carro, todo ello recubierto, guarnecido y como blindado con latas de petróleo deshechas y claveteadas, que la lluvia y el óxido habían jaspeado de

manchas rojizas, semejantes a una erupción de sangre seca.

Entre las barracas corría un arroyo de aguas sucias, que se desbordaban al chocar con un perro muerto e hinchado, y en distintos sitios se veían grandes montones de trapo, ferretería de desecho, rejas desbaratadas, llantas de carros, pilas de ventanas sin vidrios y huesos de animales.

La más asquerosa de aquellas viviendas era la del «Guarro» y la «Mona».

Para entrar tuvieron que agacharse. En lo interior había muchas estampitas de cajas de fósforos pegadas con pan mascado a un biombo que hacía de pared, un hornillo de barro puesto sobre una banqueta de piano que conservaba restos de damasco amarillo, y un cofre sin tapa lleno de suelas de calzado, que despedía un hedor insufrible.

Había también un descomunal montón de recortes de paño, alfombras viejas, orillos de lana y pieles de conejos. Aquella era la cama de matrimonio, y en ella se tumbó el «Guarro», echando las piernas a lo alto, como quien se regodea con el descanso bien ganado.

La «Mona» se le quedó mirando embelesada, llenos los ojos de pasión, como una bestia enamorada.

Cuanto más le miraba, entre brutalmente apasionada y sinceramente pudorosa, más fea se ponía; pero a él debióle parecer hermosa y codiciable, como a Salomón la Reina de Saba, porque con voz melosa le dijo:

—¡Paloma!

La «Mona» quiso tenderse a sus pies sobre el montón de trapos para velarle el sueño destripando colillas y haciéndole pitillos; pero él volvió a llamarla, como un animal a su hembra:

—¡Paloma mía!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En la chimenea de la casa lujosa sólo quedaban cenizas; la llama de la lámpara palideció, ofuscada por la luz del día, que comenzó a juguetear con las cosas, arrancando reflejos al oro de los marcos, a los cristales de los espejos, a los nácares de los mueblecillos maqueados y a los flecos de seda.

El caballero joven que había pasado la noche haciendo números, sumas y restas, dejó caer la cabeza sobre el pecho, agobiado de cansancio y de pena. Luego, levantándose, fué hacia la cama donde dormía la mujer hermosa. Ella, al oirle acercarse, despertó, tendiéndole los brazos. Su admirable cuerpo se modeló como una estatua viva bajo la colcha de seda, mientras él, conservando en la mano el lápiz y el papel, dijo con profunda amargura, sin sentirse atraído por el cariño y la belleza:

—Estamos perdidos: ¡hay que quitar el coche!

# EL MILAGRO

Damián y su mujer Casilda, él de cuarenta y cinco, y ella de algunos menos, tenían en el barrio fama de ricos, y, sobre todo, de roñosos. No se les podía tildar de avaros, pues en vivir bien, a su modo, gastaban con largueza; pero la palabra prójimo era para ellos letra muerta.

Delataban su holgura la bien rellena cesta que su criada Severiana les traía de la compra, la costosa ropa que vestían y algún viaje de veraneo que, aun hecho en tren botijo, era mirado por los vecinos como rasgo de insolente lujo. Además, con cualquier pretexto, disponían comidas extraordinarias o se iban un día entero de campo, con coche que les llevara a los Viveros o El Pardo y esperase hasta la puesta del sol, trayéndoles bien repletos de voluminosas tortillas, perdices estofadas, arroz con muchas cosas, magras de jamón y vino en abundancia.

De estos despilfarros sólo protestaba la vecindad con cierta disculpable envidia: lo malo era que marido y mujer no comían ni se iban de campo solos,

como recién casados o amantes de poco tiempo, sino que siempre les acompañaban dos hermanos, Luis y Genoveva, de los cuales el primero cortejaba a Casilda, mientras la segunda bromeaba con Damián; si el tal cortejo era platónico y las tales bromas inocentes, ellos lo sabrían; pero un conocido que les vió merendando más allá de la Bombilla, decía que «aquello» era un escándalo, que cuando les sorprendió, Luis tenía a Casilda cogida por la cintura, y que Genoveva retozaba con Damián.

En cambio, había en la casa donde vivían, gentes peor enteradas o menos maliciosas, para quienes nada pecaminoso manchaba aquellas amistades, las cuales explicaban diciendo que Luis y Genoveva eran dueños de una cerería; que Casilda y Damián eran exageradamente devotos, tanto que gastaban mucho dinero en alumbrar los altares, y, finalmente, de esta suerte, unos a fuerza de vender y otros de comprar cirios y velas, llegaron a ser amigos íntimos. Replicaban los maldicientes qué el gasto no pasaba de ser un medio indirecto de favorecer a los dos hermanos, y que no en cera insípida, sino en miel dulcísima, estaban fundadas aquellas relaciones.

Lo que nadie podía negar era la piedad, el fervor, la devoción de Casilda y Damián. Antes faltaba en la iglesia el campanero que ellos a oir una de las primeras misas, cuando no la del alba; confesaban y comulgaban todas las semanas; de cuando en cuando hacían ofrendas en metálico para mayor boato del culto; vestían a los santos, y hasta solían lle-

varse a su casa ropa de altar y sacristía, devolviéndola limpia, planchada y rizada primorosamente. Pero fuera de luces para la iglesia y obsequios a sus amigos, que no les hablasen de sacar dinero del bolsillo, como no fuese en provecho y regalo propio; jamás prestaron un duro, ni dieron un perro chico; no conocían el favor, sino por pedirlo, ni la limosna, sino por saber que otros la hacían.

Quien hubiera podido retratarles de cuerpo entero, era Severiana, la criada, infeliz mujer obligada a servirles y aguantarles por la más triste de las causas.

¡Y pobre de ella como Damián y Casilda llegaran a enterarse! De fijo la despedirían sin compasión ni remordimiento. ¡Buenos eran, tratándose de ciertos pecados!

En la casa donde antes estuvo Severiana fué seducida por el amo, que la despidió brutalmente, huyendo luego de Madrid, en cuanto supo las consecuencias de su pasajero capricho. La pobre muchacha tuvo una niña, y en vez de llevarla a la Inclusa, como algunas conocidas le aconsejaron, se la confió a una parienta que la cuidase, ofreciendo, en cambio, matarse a trabajar para pagar las mesadas. Desde entonces, como lo que Severiana más temía era quedarse desacomodada, no había impertinencia que no sufriese ni fatiga que no soportara. Era una criada modelo, sumisa, respetuosa, incansable y callada. Lo hacía todo; primero, los menesteres vulgares de la casa, teniendo las vasijas de la espetera como si fue-

ran de oro, y los muebles como si fuesen nuevos; luego, ayudar a Casilda en la costura; lavar y planchar lo que traía cada semana de la iglesia; y, por último, para captarse sus simpatías y las de su marido, se encargó del «niño».

Así, familiarmente, ni más ni menos que si fuese pariente suyo, llamaban marido y mujer a un Niño Jesús que tenían en el gabinete, colocado sobre una antigua mesa de hierros y patas torneadas, con un monumental florero de trapo a cada lado y una lamparilla delante. Era de tamaño natural, huérfano en absoluto de valor artístico, pero les parecía notabilísimo, y, sobre todo, «muy propio»: el marido aseguraba que era talla de Alonso Cano; la mujer se lo atribuía a Juan Sebastián Elcano, y ambos creían recordar que un inglés pretendió comprárselo a peso de oro a la tía de quien lo heredaron.

Representaba cuatro o cinco años, estaba en pie, sin más traje que una camisilla muy almidonada, tenía tras la cabeza un sol de metal blanco, la mano derecha extendida con el índice y el dedo de corazón muy tiesos, como bendiciendo a las gentes, y en la izquierda sostenía un globo azul salpicado de estrellas; el pelo rubio, muy ensortijado; los ojos intensamente azules, sin vida ni expresión, semejaban enormes cuentas de vidrio, las pestañas recias y mal puestas, como cercadas, la boca una mancha abermellonada, y las carnes tan sonrosadas, tirando a rojizas, que parecían de muñeco para estudio anató-

mico; toda la figura, en fin, exenta de la divina gracia y dulce poesía que debiera tener.

Severiana, que recordaba haber visto en su lugarejo uno por el estilo, le cuidaba y atendía cual si fuera de carne y hueso; su espíritu inculto, pero delicado, establecía una relación misteriosa entre aquel Jesús y su niña. Eran poco más o menos de igual altura: él, a pesar de las malas pinturas, y ella, a pesar del descuido y desaliño que la afeaban, sonreían con dulzura inefable: el Hijo de Dios calumniado por un artista ramplón y la criatura abandonada por un padre infame, despertaban en el entendimiento de la pobre criada sensaciones análogas y dulcísimas: cuando abrazaba a la niña se le venía Jesús ante los ojos, y al rezar a los pies de la escultura su imaginación volaba hacia el fruto de sus entrañas, creyendo ver purificada por mediación de la sagrada imagen la falta cometida.

La verdadera creyente, la devota sincera de aquella casa, era Severiana: sus amos pagaban el aceite, pero ella encendía la lamparilla, cuidando de que ardiera constantemente, levantándose a veces durante la noche para orar de rodillas, mientras, cerrando los ojos, creía ver el miserable cuartucho donde dormía su hija.

.....................................................

.....................................................

.....................................................

Al acercarse Nochebuena, Casilda y Damián dis-

pusieron, en obsequio de Luis y Genoveva, una cena opípara.

Sopa de almendra, besugo, pavo, ensalada de lombarda cocida, infinidad de golosinas, para el centro de la mesa un castillete de guirlache, y para que fuese todo bien regado, Valdepeñas y Champaña de a doce reales botella. La cocina parecía un puesto de la Plaza Mayor y el comedor una tienda de ultramarinos. ¡Cómo se iban a poner el cuerpo! ¡Y qué tristeza tan honda sentía la pobre Severiana! Haría la cena, la serviría, fregaría... y luego tendría que acostarse sin dar un beso a su hija.

Poco después de anochecer comenzó a cavilar..., las cosas se le caían de las manos..., no estaba su voluntad en lo que hacía... De pronto se dibujó en sus labios una sonrisa y los ojos le brillaron entre alegre y maliciosamente... Los amos habían ido al teatro con sus convidados, para hacer tiempo... Aún tardarían bastante. Además, luego se irían a la misa del Gallo, y al volver se acostarían en seguida...

Cogió un mantón y el picaporte, echó escaleras abajo, se metió en un tranvía y antes de una hora volvió trayendo en brazos a la niña dormidita y con una pelota entre las manos: la acostó en su cama y la durmió con un cantar. No quería más que tenerla a su lado las últimas horas de la noche, darle algo del postre que sobrase y dormir con ella.

¡Aquella sí que sería Nochebuena! La pobrecita no lloraba nunca y era difícil que la descubriese.

Además, no habían de ir a registrarle el cuarto. Ya sabía ella lo que pasaba cuando disponían semejantes francachelas: primero, cuarteto de comentarios sobre si tal o cual hermano tenía o no manos puercas en la administración de la cofradía; y luego, cuando iba decayendo la charla, formación y aislamiento de dúos: Casilda y el cerero se quedaban en el gabinete, discutiendo la elocuencia de un predicador, mientras Damián y la cerera se iban al cuarto de la plancha. Lo peor sería que rompiese a llorar la niña... Pero, en último caso..., ¿qué podía suceder? ¿Que se supiera todo? Pues no le faltarían casas...

Cuando sus amos volvieron, la oyeron cantar desde la escalera:

*¿Quién sería la madre*
*que parió a Judas?*
*¡Qué hijos tan indinos*
*paren algunas!*

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Estuvieron un rato bromeando en el gabinete, mientras se hacían los últimos preparativos, y luego pasaron al comedor, que era la pieza inmediata, sin más separación que una puerta.

Casilda cenó junto a Luis, y Damián al lado de Genoveva.

El buen humor, empujado por el vino, comenzaba

a hacer de las suyas: las dos mujeres, menos acostumbradas a la bebida, decían mil atrevidos disparates; Damián y Luis hablaban como en el café, contando cuentos verdes; por último, Casilda, algo alegrilla y deseosa de desplegar lujo, encendió todas las bujías de dos candelabros que adornaban la chimenea. Celebróse la ocurrencia con grandes risas, Damián quiso apagar una vela de un taponazo de Champaña, falló el tiro y armóse descomunal gritería; eran cuatro personas y alborotaban como doce.

Severiana casi no les oía, porque la cocina estaba lejos; pero la pequeñuela, a quien despertaron los gritos y la novedad del no acostumbrado lecho, se tiró de la cama, atravesó a gatas un pasillo, entró en el gabinete donde estaba el Niño Jesús, débilmente alumbrado por la lamparilla, contemplóle un instante como si fuese un muñeco, y luego, atraída por la claridad a que dejaban paso las rendijas y junturas, empujó suavemente la puerta del comedor, y destacando sobre el fondo oscuro del gabinete, apareció iluminada por el intenso resplandor de las luces que alumbraban la cena.

Era rubia, de ojos azules, ensortijado el pelo; estaba en camisita y traía en la mano la pelota.

Luis, Genoveva y Damián, cayeron de bruces sobre la mesa... Casilda, loca de espanto, se tiró al suelo de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos y gritando:

—¡Perdón, Señor!

La niña retrocedió asustada, tiró al huir la lamparilla, derramando el aceite, y se metió en la cama, muertecita de miedo.

A la mañana, casi de madrugada, Severiana salió de casa con su hija sin que nadie la viese; y era muy entrado el día, cuando Casilda, mostrando a Damián la mancha que el aceite dejó en la alfombra, le decía nerviosa de terror:

—¡Mira..., no cabe duda!

..................................................

..................................................

Apenas se les pasó el miedo, regalaron la escultura a unos amigos que tenían oratorio; hubo función con órgano, gastóse mucha cera y quedaron tranquilos.

# ELVIRA-NICOLASA

Acabábamos de cenar Elvira y yo en un gabinetito de una fonda donde le gustaba que la llevase a tomar mariscos y vino blanco. Disputando por celos, en el calor de las recriminaciones, dejé escapar una frase ofensiva: debí de decirle algo muy duro, sin duda una verdad muy grande, porque entonces, avivada su locuacidad con la injuria y suelta su lengua con el estímulo de la bebida, se recostó en el diván con provocativa indolencia, y, poniendose muy seria, repuso:

—Sí, ¿eh? ¿Tan mala crees que soy? Pues aquí donde me ves, tan coqueta, tan amiga de haceros rabiar, porque todos sois iguales, y no merece más ni menos uno que otro, tan orgullosa de haber arruinado a unos y puesto en ridículo a otros, yo, aunque no lo creas, tengo en mi vida un rasgo bueno, y tendría muchos si no hubiese sido en mi niñez tan desgraciada.

Me creí amenazado de la eterna historia de una seducción vulgar; pero, prefiriendo oirla a verla emborracharse, me dispuse a escuchar, y ella siguió de este modo:

—Voy a contártelo. En primer lugar, yo no me llamo Elvira: mi verdadero nombre es Nicolasa. Soy de un pueblo de cerca de Madrid. A los diez y ocho años me escapé de mi casa, imaginando que peor de lo que allí estaba no había de pasarlo en ninguna parte, segura de que, por mala suerte que tuviese, con nada sufriría tanto como aguantando las impertinencias de mi hermanastra, a quien servía de niñera, siendo víctima de la grosería de mi padrastro y del mal genio de mi madre. Mientras ésta permaneció viuda de mi padre, su primer marido, llevé con paciencia su desigualdad de carácter y las consecuencias de su codicia; pero, a partir de la segunda boda, la vida se me hizo insoportable, porque además de hija sin cariño, a lo cual ya estaba acostumbrada, comencé a ser criada sin salario, lo cual me parecía el colmo de la maldad. El tío «Reusa», así llamaban a mi padrastro, era tan irascibe y avariento como la que le había tomado por esposo.

Sin embargo, aún pasé algunos años resignada siendo medio bestia de carga, medio puerca-cenicienta, hasta que al llegar Inesilla, mi hermanastra, a la edad de las travesuras, desplegó tanta perversidad para conmigo, que comencé a pensar en el porvenir que me esperaba.

Yo me levantaba en la casa antes que nadie, me recogía la última, interrumpía el mejor sueño para dar de beber a las caballerías, pasaba todo el día jabonando ropas, midiendo semillas y trasladando fardos; en fin, me rendía a fuerza de trabajar, y todo

sin una queja. Para lo que me faltó resignación fué para soportar las burlas de mal género, los impulsos de soberbia, y hasta los rasgos de perfidia que aquella mocosa discurría sólo con propósito de mortificarme. ¡Qué mala era! Sus picardías no eran trastadas de chica, sino verdaderas crueldades: el pan que yo guardaba por si tenía hambre entre horas, me lo quitaba y se lo echaba a los cerdos; a hurtadillas, cargaba el puchero de sal para que luego me regañasen; lo menos que hacía era decirme palabras feas, todo el repertorio que oía a los carreteros, y escupirme a la cara, sin que los «Pelusos», ni la mujer ni el marido, pusieran correctivo a sus infamias.

Por fin, me harté. Un día me mandaron a la fuente con la chica, que ya tenía nueve años. La condenada fingió ir de buena gana, y a mitad de camino, escabulléndose en los portales de la plaza, se metió a jugar en el corral de unas amiguitas. Allí se estuvo tres horas largas, mientras me volvía loca buscándola. Excuso decirte lo que pasaría luego cuando, al caer la tarde, volvimos a casa cada una por su lado. Creí que me mataban. Mi padrastro me ató a un pie derecho de los que sostenían el emparrado del patio, y estuvo hasta que se cansó dándome de varazos. Cuando me soltó me fuí al camaranchón que me servía de cuarto, no quise cenar, y me tumbé en la cama sin desnudarme. De repente oigo ruido, miro hacia arriba, y veo a Inesilla, asomada por el montante de la puerta, mirándome burlonamente,

riéndose y restregándose los puños en ademán de hacerme rabiar.

—¿Por qué has hecho eso?—le pregunté.

Y con la cara muy alegre repuso:

—Porque me da mucho gusto cuando te pegan.

Desde aquel instante no pensé más que en marcharme de la casa.

Al referir esto, Elvira tenía los ojos nublados por lágrimas de ira. Yo no me atreví a interrumpir su relato, y ella siguió:

—Sí, chico; de aquella noche datan todas las barbaridades que he hecho en mi vida..., y las que me quedan. Hice un lío con la ropa que tenía; saqué hasta treinta reales, que eran todos mis ahorros, del escondrijo donde los ocultaba, antes del amanecer tomé a campo traviesa el camino de Madrid, y aquí entré por la carretera de Extremadura y la calle de Segovia. Han pasado siete años, y me acuerdo como si hubiese sido esta mañana.

—¿Y dónde fuiste?

—A casa de mi tío Manuel. Es decir, no era tío, ni casi pariente. Era sobrino segundo de mi padrastro, y yo le miraba con cierta simpatía porque las pocas veces que fué al pueblo me demostró cierta inclinación. Un día evitó que me diesen una paliza; otro día, comiendo, porque mi padrastro no me quería dar carne, él me dió la que le habían servido; y, además, otra vez que estuvo allí pocas horas, sin que lo supieran en mi casa, fué a la fuente y me

regaló dos pañuelos de colores y un alfiletero de alambre plateado.

—Vamos, que le gustabas.

—Ahora lo verás. Vivía en la calle de los Mancebos, en un caserón antiguo, y sólo con una criada vieja; allá me fuí, le conté lo que había pasado y le rogué que me ayudase a buscar casa donde servir, a lo cual repuso que haría lo que pudiese, y que pues no tenía yo dineros para ir a la posada, me quedara allí unos días hasta encontrar colocación.

—¿De qué edad era ese hombre? ¿Cuántos años tenías tú entonces?

—Manuel, cuarenta; y yo, antes te lo he dicho, diez y ocho cumplidos.

—Pues no me digas más.

—No te has equivocado. A los dos días de estar allí comprendí que me había metido en la boca del lobo. Pero ¿quieres decirme qué defensa tenía? ¿Qué hacer ni dónde ir? Yo, como chica de pueblo... y las de todas partes, sabía cuanto hay que saber: desde los primeros momentos conocí el peligro: lo que no veía era el modo de evitarlo.

—¿Y qué pasó?

—Figúrate. Ya sabes que soy aficionada a leer, que devoro novelas, que he leído hasta «Don Quijote de la Mancha»; mira, allí hay una a quien le sucedió lo que a mí. ¿Te acuerdas cuando, hablando de sus amores con don Fernando, dice Dorotea, poco más o menos: «Con volverse a salir del

aposento mi doncella, yo dejé de serlo y él acabó de ser traidor y fementido?» ¿Te acuerdas de esto? Pues igualito: Manolo, con un pretexto, alejó de casa a la vieja...

—Sí; él fué traidor y fementido, y tú dejaste de ser lo otro.

—Claro está que aquello fué una picardía; pero luego se encariñó mucho conmigo. Yo entonces no era tan perra como ahora. Tengo la seguridad de que si aquel hombre no se muere, se casa conmigo.

—¿Se murió?

—A los dos años.

Elvira suspendió un instante su relato, hizo un esfuerzo para no llorar, como avergonzada de mostrar ternura, y continuó:

—Suprimo detalles: morir Manuel y echarme sus hermanas de la casa, todo fué uno. Entonces comenzó esta vida arrastrada que llevo, y eso que soy de las que tienen más suerte.

Ponerme a oficio, y presentárseme la ocasión de dejarlo, fué obra de seis meses. Por supuesto, que para encontrar trabajo pasé las de Caín; y en cuanto quise echarme a rodar, sobró gente que me empujara. De esto ya estás enterado, y además conoces a casi todos los que han tenido algo que ver conmigo.

Lo que no sabes tú, ni nadie, es que a los tres o cuatro años de perderme, cuando ya tenía casa puesta, muebles míos, trajes lujosos, alhajas buenas, coche algunos meses y dos criadas que me sirvie-

ran (todavía lo que más me sorprende es verme servida), precisamente entonces, teniendo todo esto, con lo cual no soñé jamás, chico, aunque te parezca mentira...

—Acaba, mujer.

—Pues me entró una tristeza espantosa. ¿Y qué dirás que se me metió en la cabeza?

—¿Casarte?

—No, hombre; para eso tengo aún poco dinero. Se me metió en la cabeza la idea de volver al pueblo.

—¿Arrepentida?

—Mira, no lo sé; unas veces creía que no; otras me parecía que sí. En realidad, lo que yo experimentaba es dificilísimo de explicar. Era una melancolía sin nombre, un deseo impregnado de tristeza...

—Sería que se te pegase el sentimentalismo cursi de alguna novela... Si ahora mismo estás hablando como una dama de folletín.

—No te burles de aquello; puede que sea el mejor impulso que he sentido en mi vida; y déjame acabar. Como si se me hubiese olvidado todo lo que había sufrido hasta los diez y ocho años, como si en mi casa me hubieran mimado, prescindiendo de tanto recuerdo amargo y de algunas cicatrices que tengo repartidas por el cuerpo, quise volver al pueblo, ver los lugares donde había crecido, los rincones donde me escondía para llorar, la cueva donde me encerraban, el camaranchón que llamaban mi

cuarto, la cuadra, las mulas, la fuente, todo aquello, en una palabra, que debía serme odioso; en fin, comprendo que era una chifladura ridícula; pero hasta quise ver a mi madre, a mi padrastro, y a la bribona de la niña. ¿Qué pasó por mí?, como dicen en las comedias, no lo sé; pero cuando pensaba en ello decía mentalmente «mi familia». El mal genio de madre me parecía disculpable por los trabajos y penalidades que ocasiona una casa de labor, la brutalidad de mi padrastro se hizo menos aborrecible a mis ojos recordando que no era mi verdadero padre, y en cuanto a las crueldades de mi hermanastra..., como si no hubiesen existido. Es decir, las recordaba, pero sin guardarle rencor. Repito que nunca me he dado cuenta exacta de aquella situación de espíritu: fué algo parecido a esa tristeza que les da a los gallegos cuando pasan mucho tiempo fuera de su tierra; pero mezclada, aunque yo no deba decirlo, con cierta bondad de alma que me impulsaba a disculpar y perdonar todo el mal recibido. En fin, que me planté en el pueblo.

—¿Pero no sabían allí cómo vives y de qué vives? ¿No pensaste que podían avergonzarte y...?

—Claro que lo sabían todo; ¡si rara vez viene alguno del pueblo que no se presente en mi casa a pedirme algo! Donde me ves, he hecho a mi lugar más favores que un diputado; casi me dan ganas de llamarle mi distrito. En cuanto a que me recibiesen mal, no había miedo. Yendo a mendigar, tal vez; con

las manos llenas de paquetes, chucherías y regalos..., ¡quiá!

—¿Y tuvieron la poca...?

—Fuí sencillamente vestida, con un traje de lanilla gris sin adornos; pero como soy tan aturdida, se me olvidó quitarme de las orejas estos solitarios; llevé un saquillo de mano con guarniciones de plata, paraguas con puño de oro; ¡en fin, no había más que verme para comprender que no les iba a pedir nada. En la estación del ferrocarril no me conoció nadie; al atravesar la plaza, oí tres o cuatro voces que dijeron con asombro: «¡Nicolasa! ¡Nicolasa!», y luego observé que a larga distancia me fueron siguiendo dos muchachas de mi tiempo, una con un chico en brazos..., y, mira, aquella me dió envidia.

—Sí te daría.

—Llegué a mi casa. Imagina la sorpresa. Pasado el primer instante de estupor, mi madre me cubrió de besos, mi padrastro lloró de ternura, Inesilla me cogió el saco de mano y comenzó a darle vueltas.

—¡Ave María Purísima!

—La chica era guapa, una real moza, fresca, garbosa, con cada ojazo, y ¡un pelo más hermoso! Lo que se llama una gran mujer. La fisonomía dura, el gesto serio, la sonrisa desdeñosa, pero en conjunto un prodigio de lozanía y de... en fin, lo que es una flor antes de que nadie la manosee.

—¿Y qué pasó?

—Pues nada; que saqué los regalos: dos cortes de vestido para ellas, dos piezas de lienzo blanco

para mi madre, unos pendientes de coral para la chica, una petaca y una cadena de plata para él, todo lo que llevaba... Me dieron el mejor cuarto de la casa, no me preguntaron palabra de cómo ni de qué vivía y me trataron lo mejor que pudieron.

—¿Y fué gente del pueblo a verte? ¿Y qué les decían?

—¡Ya lo creo! Mi padrastro les dijo que estaba de aya de una señorita en casa de un título. Total, que pasé allí tres días magníficos, completamente feliz, sin tener que aguantar a los que aquí no me dejáis en paz, con una alcoba ¡para mí sola!, y al volverme les di a los papás seis mil reales para un par de mulas.

—Pues, chica, hasta ahora no veo el rasgo hermoso de que hablabas.

—Eso fué en el momento mismo de separarme de ellos. No quise que me acompañasen a la estación. Estábamos en el zaguán: mi padrastro mirando por centésima vez la petaca de plata, mi madre llorando, Inesilla atándome un manojo de flores campestres, yo con los ojos preñados de lágrimas, cuando de pronto mi padrastro me cogió por la mano y, guiándome hasta el fondo del comedor, cerró tras sí la puerta, dejando entrar a madre; Inesilla se quedó fuera. Pensé para mis adentros que querían otro par de mulas.

—¿Y qué era?

—¡Lo increíble! No ignorando, como no ignoraba ninguno de ellos, cuál es mi vida, mi padrastro, en

presencia de mi madre, con su aprobación y moviendo la cabeza hacia donde estaba Inesilla, me dijo: «Anda, Nicolasa, ya que tú has hecho suerte, ¿por qué no te llevas a la chica?»

—¡Qué atrocidad!

—¡Figúrate! ¡Yo que había ido al pueblo a tomar un baño de honradez! Mira, hubo un momento en que dudé. Aquella falta de sentido moral, aquel rebajamiento, me trajeron de un solo golpe a la memoria toda la amargura de mi niñez, todos mis sufrimientos. No creas que es exageración; se me renovaron de repente el dolor y la vergüenza de todos los golpes que había recibido en aquella casa; me acordé del último día que pasé allí; creí verme tumbada en el jergón, mientras Inesilla se gozaba en mi daño; su voz cruel y burlona pareció resonar en mis oídos, y claro está, con los recuerdos volvió el rencor y con el rencor el deseo de venganza. ¡Y qué venganza la que se me venía a las manos! Traerme a Madrid la chica... ¡Figúrate!

—¿Y qué hiciste?

—Sin duda me inspiró Dios. Les miré de un modo que no debieron de comprender, y saliendo al zaguán les dije: «Quiero creer que no saben ustedes lo que piden.» En seguida, limpia de odio, besé a Inesilla y me volví a Madrid sin rencor... y sin ilusiones.

—¡Lo creo!

—Eso hizo esta Elvira que tienes delante, eso me pasó, y, sin embargo, te lo juro por la salud de

mi alma, seré una imbécil, pero algunos días, cuando tengo más dinero, cuando creo que estoy más alegre, de repente se me olvida que estoy haciendo de Elvira... y me pongo Nicolasa.

# SACRAMENTO

Justa y Engracia eran hijas de una familia honrada, linajuda y rica, ambas casadas; Justa con un propietario que vivía de sus cuantiosas rentas, sin más trabajo que cuidar de aumentarlas, y de quien no tuvo hijos; Engracia con un bolsista de intachable reputación, pero tan confiado en su estrella que aventuraba en jugadas peligrosas más de lo que permite la prudencia. De este matrimonio nacieron dos niñas: María de la Soledad y María del Sacramento.

A poco de cumplir veintidós años la primera y uno más la segunda, su padre quedó alcanzado en una liquidación de fin de mes, y no pudiendo cumplir los compromisos contraídos, se suicidó de un pistoletazo. Engracia murió de pena algunos meses después; y Justa, mediante la cariñosa conformidad de Luis, su marido, se hizo cargo de las dos sobrinas huérfanas; doblemente impulsada, primero por cierta natural bondad, no incompatible con su dureza de carácter, y luego por el firme convencimiento de que las dos muchachas no podían decorosamente vivir solas.

Para Justa y Luis el decoro era la mitad de la vida: estaban persuadidos de que el error y el pecado son inherentes a la naturaleza humana, y de que la disculpa y el perdón forman la gloria principal con que el bueno se aventaja al malo; pero con el escándalo no transigían nunca. La opinión del prójimo, si no valía, importaba a sus ojos tanto como la misma virtud; temían más al comentario y la maledicencia que a la falta, siendo partidarios acérrimos del refrán que dice: «Pecado ignorado medio perdonado.» Con tales ideas no habían de permitir que sus sobrinas viviesen solas.

Soledad y Sacramento no parecían hermanas. Eran sus cualidades morales tan diferentes y sus tipos tan opuestos, que quien ignorase la honradez de su madre pudiera suponerlas engendradas por dos amores distintos.

Soledad era alta, gallarda, de tez trigueña, con pelo y ojos negros, boca de labios gruesecillos, tan rojos que parecían una flor de sangre; el seno levantado y firme, el talle esbelto, el andar airoso, las actitudes y posturas animadas por un encanto singular que se desprendía de su figura como un efluvio turbador y excitante; y en rara contradicción con este aspecto provocativo, era fría, indolente, predispuesta a la mansedumbre y la bondad, capaz hasta de ternura, pero refractaria al apasionamiento y la vehemencia, como si tuviese adormilados los sentidos y en su alma tranquila sólo pudieran hallar eco los sentimientos dulces y apacibles.

Sacramento no era hermosa, sino bonita; pequeña, delgada, extremadamente blanca, los ojos de un azul muy claro, los labios finísimos, tan pobres de color que parecían exangües; los brazos débiles, el talle largo, el pecho apenas pronunciado, todo el cuerpo menudo y grácil, como de adolescente que no ha llegado a su completo desarrollo. De lo que podía envanecerse era del pelo, tan rubio, fino y abundante, tanto y tan largo, que sentada para peinarse le llegaba al suelo, envolviéndola en un manto de oro. Era una mujercita delicada, de complexión casi enfermiza, sin rasgos enérgicos de belleza con que atraer y dominar; su rostro carecía de expresión y su cuerpo de gentileza; sus posturas eran lánguidas, como si todo su organismo estuviera sometido a la impasibilidad de un temperamento ingénitamente casto, reflejo de un alma privada de inspirar pasiones e incapaz de sentirlas.

Mas en abierta oposición, con tales apariencias, la frialdad era mentira y la languidez artificio. Cuando pretendía agradar, cuando ponía empeño en seducir, aquellos ojos claros, parados, se animaban súbitamente, trocándose de inocentes en maliciosos, y aquellos labios blanquecinos que ligeramente se mordiscaba con un movimiento imperceptible, tomaban color de cereza soleada, entonces sonreía de un modo delicioso; la falsa indiferencia, el abandono fingido, se convertían en laxitud estudiada que parecía pedir mimos o prometer caricias, y la mujercita

insignificante, el ser débil, quedaban transformados en sirena de ocultos y peligrosos encantos.

Por capricho extraño de la suerte la morena era sosa y la rubia picante; Soledad, como noche serena y fresca que adormece; Sacramento, como tarde calurosa y pesada que hostiga con visiones abrasadoras los sentidos; una, hermana dócil, humilde, apocada, propensa a cuanto fuese delicadeza y ternura; otra, dominadora, altiva, exigente, pronta a todo arranque voluntarioso y enérgico; Soledad, de aquellas para quienes amar es conceder, prendarse y ser vencidas; Sacramento, de las que, regateando sensibilidad, prefieren ser conquistadoras a elegidas.

Justa y Luis imaginaron que las casarían pronto; a una, por su belleza y su bondad; a otra, por su travesura e ingenio, y a las dos, porque no teniendo ellos hijos, con el tiempo serían ricas.

Soledad, a pesar de verse tan solicitada, se mostró desdeñosa y esquiva, porque pedía mentalmente a sus adoradores algo íntimo y hondo que no sabían darle: les exigía menos culto y más fe.

Sacramento encontró marido a los pocos meses de cesar el aislamiento y retiro impuesto por el luto de sus padres.

En las recepciones de una embajada, conoció al barón de D'Avenda, diplomático extranjero que le doblaba la edad, hombre de corto entendimiento, cuerpo gastado y carácter débil, circunstancias que ella imaginó compensadas con su título, su riqueza, y, sobre todo, por lo fácil que le pareció dominar-

le. Tal vez no llegase a calcular perversamente, desde los primeros momentos, que la excesiva bondad del noble extranjero pudiera ser en lo futuro amplia bandera que cubriese la torpe mercancía de sus culpas; pero apenas comenzó a verse galanteada por él, comprendió que la pasión que le inspiró, tanto más avasalladora cuanto más tardía, se lo entregaba esclavizado.

Para lograr que la distinguiera y prefiriese, le bastaron unos cuantos diálogos, y, en seguida, dueña de sí misma, en frío, sin experimentar la emoción más leve, aseguró su conquista desplegando alternativamente candidez, picardía, recogimiento y desenfado. Para atraerle se hizo discreta; para retenerle, dulce; para seducirle, codiciable; para enloquecerle, sensual; le alentó con esperanzas, le exasperó con desdenes, le irritó con coqueterías, le animó con favores, y luego, de repente, sin transición, le puso a raya, resistiendo arrepentida y esquiva lo que acababa de conocer enamorada y vehemente. Sabía prometerse con los ojos al mismo tiempo que se negaba con los labios, y en una sola conversación fingía desfallecer cien veces como apasionada que cede, y rescatarse otras tantas como virtud arisca, que hostigada se exalta, pasando traidoramente de la turbación al impudor, y de la licencia al recato, cual si su pensamiento y hasta su cuerpo le inspirasen confundidos los desbordamientos de amor mal contenido que lo autorizan todo y las respuestas de fría honestidad que no consienten nada.

Su táctica fué un prodigio de esa liviandad mansa que desconcierta la razón y espolea los sentidos; labor de afiligranada perfidia, al término de la cual, sin que mediara un beso ni se oprimieran una mano, quedaron el decoro de la mujer vendido y la dignidad del hombre escarnecida. Por fin, cuando le tuvo medio alocado, medio entontecido, fingió rendirse y consintió en ser su esposa.

Sacramento se casó primorosamente vestida de blanco, adornado el traje de azahar, en actitud humilde, el pecho anheloso, las miradas entre pudorosas e inquietas, la tez descolorida cual si palideciese ante la inevitable proximidad de las caricias... y allá en el fondo del alma la imaginación alegre y licenciosa como ramera triunfante.

Hubo fiesta, convite, amigos, parientes, enhorabuenas, besos y abrazos, hasta lágrimas, y al caer la tarde, la recién casada se mudó de vestido para emprender el inexcusable viaje de novios. Pocas horas después, Luis, Justa y Soledad agitaban los pañuelos en el andén de la estación, mientras la pareja feliz les saludaba con los suyos, asomada a la ventanilla del «sleeping», lecho con ruedas, tálamo ambulante, símbolo acaso sobrado casto para quien tal idea tenía del amor.

.................................................

La sensación de vanidad satisfecha que experimentaron los tíos con aquella boda, quedó pronto amargada por el disgusto que les dió Soledad. Un día supieron que tenía novio. La insensible, la des-

deñosa, la fría, como ellos la llamaban, estaba vencida. El autor del milagro, porque de tal, a su juicio, podía calificarse, era un hombre de más de treinta años, arrogante figura, finísimo, muy listo y en extremo simpático, para quien ignorase que tan halagüeñas y brillantes apariencias escondían una inteligencia dañina casi por instinto y un corazón que se asimilaba el mal, como cuerpo poroso que absorbe la humedad. Había en él algo de personaje melodramático artificiosamente concebido, cual si al crearle hubiera querido la Naturaleza condensar en un tipo la perversidad que de ordinario derrama en muchos individuos. Era de los hombres que pierden irremediablemente a la infeliz en quien se fijan, cuando no lo evita esa virtud inquebrantable y misteriosa, que halla su voluptuosidad en la resistencia. Para defenderse de él, no bastaba la frialdad ingénita contra la seducción por los sentidos, pues aún fingía más astutamente la ternura cariñosa con que se conquista el alma, que la exaltación apasionada con que se vence a la materia. Su táctica estaba sometida a dos principios, que lejos de limitar su campo de acción, lo ensanchaban; nunca procuraba enamorar a mujeres de gran inteligencia, y siempre ocultaba sus triunfos con absoluta discreción. Así eran tantas sus victorias: primero, por fáciles; luego, por ignoradas.

Doña Justa y su esposo averiguaron en seguida que el enamorado de Soledad era «de buena familia y que estaba bien», es decir, lo referente a su ori-

gen y fortuna; pero de sus ideas, sus gustos, sentimientos y costumbres, de lo que más puede influir en el porvenir de una mujer, nada inquirieron, ni pararon mientes en ello.

Apenas Enrique comenzó a tratar a Soledad, comprendió que su entendimiento estaba muy por bajo de su belleza, y que existía profunda desemejanza entre los caracteres de su hermosura y sus condiciones morales. Era confiada, inocentona, sencilla, tan exenta de picardía que las frases y bromas más atrevidas se estrellaban contra la falta de malicia. Lo llamativo, lo picante de sus encantos era independiente de su voluntad; aquel cuerpo de líneas tentadoras tenía actitudes pudorosas para no revelar la forma por los movimientos; aquella boca húmeda y roja, como flor de granado recién mojada por la lluvia, hablaba castamente, y aquellos ojos de miradas abrasadoras y mimosas, grandes pecadores sin saberlo, contrastaban con la serenidad y limpieza de su pensamiento; Soledad era, en fin, una de esas mujeres a quienes hay que buscar, porque no saben atraer, y que resisten mal porque desconfían poco.

Viéndose requerida de amores los aceptó cual si temiera ser cruel no siendo agradecida, y luego las palabras dulces, las promesas cariñosas, fueron invadiéndole apaciblemente el espíritu, como algo inesperado, pero natural y espontáneo, que llegada su hora le florecía en el alma, y comenzó a recrearse en ello y gozarlo, saboreándolo a modo de un bien supremo, legítimo y honesto, sin irritarlo con

estímulos de la impureza, ni envilecerlo con perversiones de la imaginación.

Enrique, por el contrario, no tuvo idea sincera ni dió paso sin premeditación. Al principio se mostró vacilante y tímido, como quien desea lo que no merece; luego desplegó gran vehemencia, dando a entender que los primeros favores le ponían fuera de tino; y, finalmente, ya seguro de que Soledad le quería, procuró que la privación de verle y hablarle con la frecuencia acostumbrada, encendiese la llama que había de perderla. Buscó un pretexto para enfadarse con los tíos, dejó de visitarles, limitándose a mirarla en paseos y teatros, y, por último, comenzó a entenderse con ella por escrito, en cartas donde interpolaba la tristeza del alejamiento con los arranques de pasión mal contenida.

Soledad, excitada por la comunicación de aquel veneno deleitoso, se enseñó a contestarle en papeles imprudentes a los cuales fiaba anhelos antes ignorados, leyendo mil veces embelesada lo que de palabra era incapaz de tolerar, y dejando otras tantas correr la pluma para hacerle confesiones y promesas que, teniéndole junto así, hubiera la vergüenza sofocado en sus labios. Fué casta mientras pudo hablarle; atrevida al dejar de verle; sus primeros besos por escrito, y a solas los primeros sonrojos. Enrique tardó poco en adquirir la certidumbre de que aquella mujer era de las que no desconfían cuando aman.

Entonces, poniendo con dádivas de su parte a una

doncella, consiguió que mientras dormían los tíos, Soledad le recibiese por las mañanas en unas habitaciones de la planta baja, de las cuales no se hacía uso en invierno. Luego el misterio aumentó el encanto, la ocasión fué tercera, y una vez más la pasión y el engaño llamaron a la vida un nuevo ser, víctima expiatoria del desvarío ajeno.

Cuando las lágrimas de la burlada comenzaron a agriarle la victoria, Enrique faltó a dos o tres citas. Soledad mandó en su busca a la doncella y ésta volvió diciendo que se había marchado, vendiendo en veinticuatro horas cuanto tenía y sin decir a nadie dónde iba.

La infeliz vió la traición tan clara como imaginó haber visto la felicidad, sufriendo al par la vergüenza de la falta y la humillación del abandono.

Doña Justa y don Luis, a quienes le fué forzoso confiarse, anduvieron relativamente parcos en recriminaciones, pero crueles e inexorables en punto a la energía necesaria para ocultar las consecuencias de la seducción.

Con pretexto de renovar el arriendo de unas fincas, partieron, acompañados de Soledad; fijaron su residencia en un cortijo que poseían en tierra de Andalucía y allí permanecieron el tiempo preciso; luego, gracias a la influencia y poder que su riqueza les daba en la comarca, hicieron que el recién nacido pasase por hijo de un matrimonio de su servidumbre, gente pobre que vió con ello asegurada la fortuna, y restablecida Soledad, tornaron a la cor

te los tres, quedando el motivo del viaje ignorado, y el decoro a salvo.

En vano rogó la infeliz que la dejasen allí, sin más recursos que los estrictamente necesarios para vivir con el niño, en las condiciones que se le impusieran, sometiéndose a cuanto mandaran; todo fué inútil. Para la falta halló indulgencia, casi perdón, pero a trueque de separarse por siempre de su hijo, sacrificando el sentimiento de la maternidad a las exigencias del honor.

Regresaron del campo, y todo Madrid volvió a contemplar a Soledad en fiestas y diversiones, ostentando, al parecer gozosa, la plenitud de su belleza. No había otra tan elegante, tan gentil y gallarda. Lo que nadie sabía era que iba por fuerza, contra su voluntad, por falta de valor para rebelarse contra aquella exhibición brutal y dolorosa; lo que nadie podía sospechar era su vergüenza íntima, su mortificación al fingir pudores e ignorancias, cuyas mentiras la envilecían a sus propios ojos, abrasándole con un fuego sucio la conciencia. No guardaron proporción la falta y el modo de expiarla; fué víctima dos veces, sacrificada al egoísmo ajeno: una para satisfacer la ilusión del amor; otra para contribuir a la comedia del decoro; llegando en medio del dolor a tal punto su pureza de pensamiento, que jamás acarició la idea de engañar a un hombre para encubrir su desventura.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El viaje de Sacramento y su marido duró más de

un año; al volver estaban ya desavenidos. En un principio el barón, como caballero que repugna publicar su desacierto, transigió con las que llamaba genialidades y ligerezas; luego trató de ocultarlas, y cuando ni esto pudo, fingió ignorarlas. Por no separarse de su mujer, a cambio de las migajas de su amor, sufría aparentando desconocer su vilipendio, se burlaba de otros maridos infortunados, pretendiendo garantizar con la osadía la falta de vergüenza; hizo papel de engañado, y así, insensiblemente, fué pasando de la debilidad a la costumbre y de la costumbre al envilecimiento, hasta ser un ejemplar extraordinario, un caso de ceguera moral inverosímil y absurdo. Porque Sacramento no cayó al adulterio arrastrada por la pasión tardía y avasalladora que acaso puede perdonar cierta soberana grandeza de alma; fué el tipo complejo de la medio malvada, medio enferma, a quien no se mata por infame sospechando que pueda ser irresponsable.

Al fin, vencido, y lo que es más triste, resignado, prescindió de ella. Siguieron viviendo bajo el mismo techo, pero en habitaciones independientes, separados de común acuerdo, él sin consuelo a su amargura, ella sin freno a sus desórdenes; y cuando ya este apartamiento era público, cuando ni amigos ni parientes, ni conocidos lo ignoraban, Sacramento tuvo un hijo, que, según las leyes, fué bautizado como heredero del nombre cuya deshonra confirmaba.

No se alteraron por ello la paz ni las costumbres

de la familia. El barón tardó poco en hacerse a la idea de que era padre, Sacramento continuó en sus aventuras, Soledad sujeta a la inflexible voluntad de los tíos, y éstos habituados por igual a las liviandades de la sobrina casada y a la humilde docilidad de la soltera.

En el corazón de Soledad se alzaban, sin embargo, de cuando en cuando, protestas contra aquella privación del hijo que le parecía la amputación de parte de su alma.

Una tarde de invierno, las dos hermanas paseaban a pie por las alamedas solitarias de la Moncloa. Sus pasos resonaban sobre la arena endurecida por las heladas, el viento arrancaba de las ramas las últimas hojas secas que revoloteaban como avecillas de oro, la atmósfera, de una limpieza incomparable, dejaba ver en la lejanía las masas violáceas de la sierra y hacia Poniente unas ráfagas de nubes rojas y anaranjadas parecían incendiar el arbolado de los cerros.

Sacramento iba sonriente, locuaz, deleitándose en respirar, como excitada por la viveza del aire; Soledad, callada, distraída, viendo las cosas sin mirarlas, oyendo hablar a su hermana sin fijar la atención. A corta distancia les seguía un carruaje y a pocos pasos les precedían un niño y un lacayo; el primero lujosamente vestido, y el segundo ocupado en ir cortando los tallos y la hojarasca de una vara para que el chiquitín jugase.

De pronto, Sacramento preguntó a su hermana:

—Pero, mujer, ¿qué tienes? ¡Parece que vas tonta!

Entonces Soledad, obedeciendo a un impulso involuntario, alteradas de súbito las facciones por la ira, cogió del brazo a Sacramento, y señalándole con la otra mano al niño que iba delante, dijo ásperamente:

—¿No es inicuo que tú puedas salir a la calle con esa criatura y yo ni aun pueda decir que tengo hijo?

—Yo—contestó la adúltera con la mayor naturalidad—, soy casada. Y haciendo por broma con su nombre un juego impío de palabras, añadió: —Ya ves... me llamo Sacramento.

Soledad, con un mohín despreciativo, repuso:

—Tienes razón. Lo mismo podrías llamarte Salvoconducto.

# SANTIFICAR LAS FIESTAS

Lunes, 9 de mayo de 1892, tomó don Cándido posesión de su curato en Santa Cruz de Lugarejo, ocupándose inmediatamente en arreglarse la casa con los pobres y viejos muebles que trajo en una carreta del pueblecillo donde vivió hasta entonces, siendo amparo de necesitados y ejemplo de virtuosos. Durante más de cuarenta y ocho horas, nadie se dió cuenta de que allí había cura nuevo.

Algunos días después, las pocas personas que le vieron y hablaron esparcieron la voz de que parecía buena persona. Y no se equivocaban los que tan presto formaron de él juicio favorable, porque don Cándido era un bendito. Por su estatura, rostro y porte traía a la memoria el retrato que hizo Cervantes de su hidalgo inmortal. También don Cándido «frisaba con los cincuenta años y era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador», y si no amigo de la caza, como don Quijote, incansable en el ejercicio de buscar tristezas para aliviarlas.

Sus condiciones morales todas buenas: la piedad

sincera, el trato afable, el lenguaje humilde, la caridad modesta, y en todo tan compasivo y tolerante, que, con ser grande el respeto que imponía, aún era mayor la cariñosa confianza que inspiraba. Su ilustración no debía de ser extraordinaria. En un cofrecillo muy chico cabían los libros que poseía, siendo el de encuadernación más resentida por el contínuo uso y el de hojas más manoseadas, los Santos Evangelios. Ni los Padres de la Iglesia ni los excelsos místicos le deleitaba tanto como aquellos sencillos versículos que ofrecen, a quien sabe leerlos, mundos de pensamientos encerrados en frases sobrias.

Todos los días, en seguida de comer, don Cándido, apoyado en el alféizar de la ventana de su cuarto, releía y meditaba un par de capítulos de San Marcos o San Mateo. Luego dejaba el libro, y tomando el sol y fumando cigarrillos pasaba el rato entretenido en observar cómo trabajaban unos cuantos picapedreros que, en un solar contiguo y vallado, tenían establecido al aire libre su taller.

Habíase derrumbado meses atrás un arco de la capilla de la iglesia; cierta señora piadosa legó fondos para reconstruirlo; un arquitecto de la ciudad vecina iba de cuando en cuando a inspeccionar la obra, y en aquel espacio inmediato a las habitaciones de don Cándido estaban, resaltando por su blancura sobre la verde y felpuda hierba, los bloques de caliza, que poco a poco iban convirtiéndose en claves, dovelas, salmeres y trozos de archivolta.

Allí, desde la mañana hasta la tarde, exceptuada una hora al medio día, se escuchaba contínuamente el ruído múltiple y monótono formado por los mazos y las martillinas al chocar con las piezas de cantería; el sol lo iluminaba todo, lanzando acá y allá las sombras rectangulares e intensas de los tinglados de estera bajo que se resguardaban los peones, y a ratos de entre aquel rudo concierto que forman el hierro hiriendo, la piedra partiéndose y el eco resonando, se alzaba el canto bravío y triste de una copla medio ahogada por el zumbido del trabajo como un suspiro entre las penas de la vida.

Durante los cuatro últimos días de la primera semana que pasó don Cándido en Santa Cruz de Lugarejo no dejó de asomarse para contemplar a los canteros, y si alguien le observase de cerca, acaso por la emoción reflejada en su rostro, pudiera sospechar que aquella tarea dura y penosa despertaba en el alma del cura una emoción dulce y compasiva.

El domingo, primero que allí pasaba el sacerdote, salió muy temprano de casa, dijo misa, dió un paseo largo, comió más tarde que de costumbre, y poco antes de concluir, cuando al levantar el mantel le trajo el ama los fósforos y el bote de picadura, oyó que comenzaba a resonar al principio aislado y débil, luego nutrido y fuerte, el ruido que producían los canteros picando y labrando piedra en el solar vecino.

«¡Hasta en domingo!»—murmuró triste y sorpren-

dido don Cánido; y asomándose a la ventana, gritó al trabajador más próximo:

—¡Eh! ¡Buen amigo! Diga usted al maestro, capataz o lo que sea, que haga el favor de subir aquí un instante.

Momentos después estaba el maestro cantero en el comedor del cura. Obsequióle éste con queso nuevo y vino añejo, dióle un pitillo del grosor de un dedo, y en seguida, violentándose, forzando su propio natural, le reprendió con la poca y tímida aspereza que su bondad permitía, diciéndole:

—¡Qué falta de religión..., y qué vergüenza! ¡Trabajar en domingo!

El obrero, disgustado por la reprimenda, pero cohibido por el agasajo, repuso humildemente:

—¿Y qué le vamos a hacer, señor cura? Trabajamos cobrando al entregar las piezas terminadas, ganando tiempo...; el jornal es corto, el pan caro..., y cuando menos se piensa nace un chico. Aquel grandullón rubio—añadió acercándose a la ventana y extendiendo la mano—, tiene cinco; el de al lado, tres; el cojo de enfrente mantiene a sus padres..., y así todos. Créame usted, señor cura, en tripa vacía y hogar sin lumbre no hay fiestas de guardar.

Quedóse perplejo don Cándido, y haciendo al fin un esfuerzo por parecer enojado, contestó:

—A pesar de eso. ¡En domingo no se trabaja! ¿Y cuántos sois?

—Doce.

—¿Cuánto gana cada uno? En junto, ¿cuánto importan los jornales de hoy?

El cantero sacó la cuenta por los dedos, y repuso:

—Ciento quince reales.

Don Cándido se dirigió a su alcoba, abrió un vargueño, sacó de un cajón un bolsillo de seda verde con anillas de acero, tomó de su contenido aquella suma, y se la entregó al maestro con estas palabras:

—Toma: que rece cada uno un Padre Nuestro, y marchaos a descansar. ¡No profanéis el día del Señor!

A los cinco minutos el taller estaba desierto.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al domingo siguiente, cuando don Cándido subió a desayunarse, luego de decir misa, oyó asombrado el rumor que al trabajar producían los picapedreros, y frunciendo el entrecejo, murmuró: «¿Hoy también?»

La escena que siguió fué igual a la ocurrida ocho días antes. Llamó al maestro, le reprendió más duramente, fué a la alcoba, y dió el dinero para que el taller se despejara. Los trabajadores se marcharon alegres, algunos a sus casas, los más a la taberna; el bolsillo verde quedó vacío, y el cura, asomado a la ventana, pasó un rato contemplando aquellas piedras, que, según las miraba, debían de tener para él oculto y misterioso encanto.

Durante la semana siguiente, el trabajo cundió

tanto que casi quedó limpio el solar. El nuevo arco de la iglesia estaba a punto de terminarse.

Sin embargo, al tercer domingo aún comenzó más temprano el golpeteo seco y metálico de la herramienta sobre la piedra; pero el ruido era mucho más débil: sin duda trabajaba poca gente.

Corrió don Cándido a la ventana y vió que sólo había un hombre, ocupado en labrar y afinar una pieza en forma de dovela, con tanta prisa y tal afán, que ni tomaba instante de reposo ni levantaba siquiera la cabeza.

Entonces bajó y acercándose al obrero le preguntó de mal modo:

—¿Has quedado tú para simiente de judíos? ¿Por qué trabajas?

—Señor—respondió el cantero—, ayer quedó concluído todo; mañana lunes, de madrugada, se hace la entrega; sólo falta esta dovela por culpa mía, porque... he estado entre semana dos días enfermo. Y hoy tengo que acabarla, antes de la puesta del sol... para cobrar, porque ayer no quisieron pagarme..., ni me pagan hasta que acabe.

Dicho lo cual, bajó la cabeza, inclinó el cuerpo y siguió picando.

—¿Y si no concluyes hoy?

—El trastorno es lo menos: lo malo es que no cobro, y en casa hace falta.

Quedóse don Cándido pensativo. Las cuentas que echó y los cálculos que hizo sólo él podría decirlos; debió de recordar que el bolso verde estaba vacío;

acaso se dijo que la verdadera limosna es la que no con dinero, sino con el propio esfuerzo se hace... Tal vez vinieron a su pensamiento memorias a él solo reservadas... Ello fué que mirando compasivamente al cantero le dijo en voz baja, como confiándole un secreto:

—Mi padre y mis hermanos fueron canteros... Cuando chico, yo también aprendí el oficio. ¡Yo te ayudaré!

Y recogiéndose las mangas cogió un puntero, empuñó un mazo y empezó a picar la piedra.

# LA HOJA DE PARRA

Las dos de la tarde acababan de dar en el gabinete, amueblado con el lujo aparatoso e insolente propio de una cortesana vulgar enriquecida de pronto, cuando Magdalena, envuelta en ligeras ropas de levantar y aún tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó los leños de la chimenea, y aproximando al fuego el mueblecillo que le servía de tocador, extendió sobre él un lienzo guarnecido de puntllas, encima del cual fué colocando cepillos, peines, tarretes, frascos, polvoreras y cuanto había menester para peinarse. En seguida inclinó el espejo hacia sí, se sentó, y sin llamar a la doncella comenzó a soltarse el largo y abundoso pelo, antes castaño muy oscuro y ahora teñido de rojo caoba, como el de las venecianas a quienes retrató Ticiano.

Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aquella importante operación del peinado: primero por horror instintivo a que otra mujer le manosease la cabeza, y además porque deseaba estar sola cuando su amante, según costumbre, iba siempre a la misma hora para deleitarse contemplándola

bien arrellenado en un sillón, mientras sus manos primorosas se hundían y surgían de entre las matas de la cabellera, formando altos y bajos, bucles, ondas y rizos, hasta dejar prieto y sujeto el moño con horquillas doradas, mientras los pelillos revoltosos de la nuca, que llaman tolanos, quedaban sueltos en torno de su cuello como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería, y por dar tiempo a que su dueño y señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose a veces para distraerse en otras cosas, pues lo esencial era que al aparecer su amante aún tuviese suelta la sedosa madeja que le inspiraba tantas frases lisonjeras, dándole a ella pretexto para estar con el escote entreabierto y los brazos desnudos, puestos en alto, haciendo mil embelesadoras monadas.

Un buen rato pasó escogiendo y apartando medias y puntillas que le habían mandado de una tienda; púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le hacían bonito pie, antes de pagarlos, y, por último, se probó un cubrecorsé y una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna, complaciéndose, más que en los primores de las galas, en su gallarda figura de madrileña esbelta y en su gentil cabeza de mujer dominadora y altiva.

Era rubia y muy blanca, verdaderamente hermosa y bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar a l

belleza Tenía las facciones delicadas, los ojos oscuros, de mirar expresivo, y los gestos y ademanes tan enérgicos y desenvueltos que a un tiempo delataban la vivacidad de su carácter y el empeño de mostrar una gracia más provocativa y libre de lo que su propia índole consentía.

Aún no demostraban su lenguaje y modales completa perversión, mas ya sabía desplegar, a modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo y la franca deshonestidad de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo, y con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos y lo extremaba, siendo tan complaciente y mimosa al concederse como dura y despótica para dominar a su amante, que la quería poco y la estimaba menos, pero hallaba en ella dulcísimo empleo a sus sentidos porque era hermosa, y completa satisfacción a su vanidad porque le costaba mucho.

Ya iba impacientándose por la tardanza de su señor—que acaso no pasase de arrendatario—, cuando, al oir sonar prolongadamente un timbre, se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después, una doncella levantaba la cortina de la puerta, dejando paso y diciendo:

—El señorito.

A pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de cincuenta años, lo menos; alto, bien plantado, mostrando en la mirada y el porte que, a despecho de la barba entre-

cana y el pelo casi blanco, aún debía de apreciar en toda su intensidad los encantos de aquella buena moza. Vestía con exquisita elegancia, y por su edad y aspecto tenía representación de persona importante; juzgándole por las trazas, no era disparatado imaginar que fuese presidente de algún alto cuerpo del Estado, banquero poderoso o senador por derecho propio.

Acercóse a Magdalena, dióle un beso en el cuello, sin que ella mostrase resistencia ni agrado, y quitándose guantes, gabán y sombrero, se sentó en una butaca colocada frente al tocador, de modo que pudiese ver a su amante por la espalda y al mismo tiempo contemplar su rostro reflejado en el espejo.

—Besitos—dijo ella, frunciendo el entrecejo—, besitos... y poca vergüenza. Vamos a ver, ¿por qué no ha venido «usted» ayer en todo el día? Mira que, si yo quisiera..., apenas tenía horas libres para...

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

—Pues todo me lo has de contar para que te perdone..., hora por hora..., minuto por minuto.—Y alardeando de apasionada y ofendida, se levantó con el pelo suelto, yendo a ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón, dime todo lo que has hecho, y si mientes..., te ahogo.

—Pues, mira: ayer me levanté a las doce, almorcé,

y a las dos me tenías en el Consejo magno de ferrocarriles hispánicos.

—¿Y qué pito tocas tú allí?

—Teníamos junta los consejeros porque los guardaagujas piden aumento de sueldo y se han declarado en huelga. Dicen que ganan no sé cuánto, ocho o diez reales, y trabajan diez y seis o veinte horas... y que no duermen. Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres y media estuvimos allí.

—¿Y luego?

—Fuí a Hacienda a ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas dehesas en la Mancha. Pues, entre investigadores y denuncias..., nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago... ¡Y no me da la gana!

—Pero, ¿con razón?

—Nunca hay razón para cobrar tanto. Claro que, en realidad, debía pagar más...; pero, ¿quién paga lo justo? Nadie.

—¿Y qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podía ser explícito; pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el Gobierno ni un voto?

—En fin, que te saldrás con la tuya.

—Cabal. Pagaré lo que hasta aquí.

—Y luego, ¿dónde fuiste?

—De allí salí a las cuatro y media. Me encontré

en la calle a Pignorate y estuvimos un rato largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorate es el que da la cara; el dinero es de varios, yo entre ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio o no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero a señoritos..., y claro que han de pagar algo. Que algunos son menores..., pues que sean; lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorate me dijo que iba a meter a un muchacho en la cárcel; pero ya verás cómo no lo consienten sus padres.

—Vamos, que tenéis una sociedad para prestar a menores, y luego... «lo arreglan» sus familias.

—Así, tan crudo..., no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague...

—¿Y después?

—Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el Gobierno, por pura disciplina, una gran picardía. Sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar a uno.

—¿Jugaste?

—Poco: hasta las siete.

—¿Y qué tal?

—Medianamente; gané mil pesetas.

—Pues me vienen al pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, y sacando del tarjetero diez billetes de a veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para alfileres; y ya puedes agradecerlo.... Mis chicas tenían no sé qué capricho..., cosas de muchachas. Otra vez será.

Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes y continuó:

—¿Qué hiciste luego? ¿Por qué no viniste de noche? Te estuve esperando... Se perdió el palco y me acosté de un humor...

—Fuí a casa, a comer, con propósito de venir temprano. ¡Que si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo habitual, no tuviésemos más convidado que mi suegra.

—¡Lagarto, lagarto!

—Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron a vestir para ir al teatro y me quedé solo con mi mujer.

—¿Y qué pasó?

—Lo de siempre cuando nos vemos a solas. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce; la estimo y la respeto y considero..., pero no nos entendemos.

—¡Ya conseguirá que me dejes!

—¡Eso no! Tuvimos una escena muy desagradable y estuve muy enérgico.

—No te atreverías.

—¿Que no? Pues mira; le dije: «No me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre.... hasta cierto punto; yo soy dueño de mis acciones, y en paz, o damos el gran escándalo.»

—Te hablaría de mí.

—Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado,

que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban a quedar sin tener qué comer..., y, ¡lo que más me enfurece!, se echó a llorar.

—Para que te ablandases.

—Pues no me ablandé. Lo que siento es que las chicas...

—¿Qué sucedió?

—Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto a la puerta y se enteraron de todo.

—Como son mayorcitas, se harán cargo.

—¡Quiá! Se abrazaron a su madre..., ¡llorando! ¡Figúrate!

—¡Tonto! Haberte venido aquí.

—Ya se me ocurrió; pero se me había levantado tal dolor de cabeza que tuve que acostarme y tomar antipirina.

—¡Potingues! ¿Qué mejor antipirina que yo?

Quiso él entonces abrazarla por quitarle el enojo; mas ella, levantándose de su lado, le dijo muy seria:

—Todo eso está muy bien, y el cuadro de familia, interesantísimo. Para evitar que se repita, esta tarde me llevas a comer a cualquier parte.

—Convenido. Y no mando recado a casa; ya se irán acostumbrando.

Magdalena sonrió gozosa, y volviendo a su interrogatorio y reprimenda para disimular la alegría, preguntó con gesto desabrido:

—Y hoy, ¿por qué no has venido más temprano?

—He tenido que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un amigo mío con quien estoy organizando una sociedad muy útil y provechosa. Ahora no existe ninguna semejante ni parecida: queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoy no se respeta nada ni se cree en nada, el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido... Pero tú no puedes comprenderme.

Magdalena, sonriendo entre provocativa y burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo un guiño muy expresivo y dijo:

—Hazte socio, monín. Oye, ¿y cómo se llama esa hermandad?

—«La hoja de parra».

—¿Y para qué es?

El caballero se puso muy serio, y con voz grave y sonora repuso:

—«La hoja de parra» será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad y de la falta de fe.

# LO IDEAL

El doctor Nulius fué un hombre verdaderamente extraordinario. Aún me parece que le veo: alto, seco, nervioso, enjuto de carnes, con su barba blanca, un gorro negro, casi puntiagudo, y una ancha toga de paño color de ala de mosca que, al par que de recuerdo del profesorado, le servía de abrigo en las noches de invierno, cuando, sentado cerca de la lumbre, leía silenciosamente en tanto que la lluvia golpeaba los vidrios y el viento combatía las puertas.

De carácter extremadamente bondadoso, con todos era amable; nadie pudo quejarse de no hallar en él consuelo para las contrariedades o consejo en las dudas; trataba como a madres a cuantas mujeres honradas conocía; hijos suyos parecían, por el mimo con que los atendía, cuantos niños se le acercaban; los hombres eran para él, si buenos, hermanos respetables; si delincuentes, esclavos del error cuyas almas había que reconquistar.

El doctor escribió poco y pensó mucho, pero nada se conserva de sus obras. A publicarlas, hubiera trastornado la marcha de la humanidad. Sus afirmaciones,

estudios y creencias, le hubiesen quizá valido, en pleno siglo XIX, los honores de la Inquisición, mas el buen sabio dió prueba de serlo no aspirando a la celebridad por el martirio.

No creo que tuviera escuela fija, ni que siguiera las huellas de ningún filósofo. Era, ante todo, observador; estudiaba los mil aspectos que la vida ofrece, analizaba tenazmente, dudaba mucho y no negaba nada. Como sus dudas eran grandes, sus afirmaciones eran raras y su fe no andaba muy segura. Gozaba, más que haciendo el bien, perdonando el mal que recibía, y era, en fin, hombre de tales condiciones, que si la razón fuera la que hiciese santos, se le hubiera canonizado antes de morir. El pensador aparecía en él como una mezcla de escéptico y filántropo; era, en fin, tal y tan bueno, que antes que respeto, infundía veneración sincera.

El resumen de sus proyectos, el compendio de sus ideas, sería largo y fatigoso para el lector; pero como muestra de las reformas que, a poder, hubiera introducido en el mundo de las ideas y el orden de la Naturaleza, palabra que, dicho sea de paso, escribió siempre con ene mayúscula, he aquí algunas. Pensó que la limosna pudiera darse con la voluntad y no con el dinero; deseó la supresión del agradecimiento, porque no existiera el sentimiento contrario de la ingratitud; quiso que la belleza radicase en el ojo y no en la cosa vista; dijo que el derecho debía ser tan fatal y necesario a la vida moral como son necesarias y fatales las leyes de la Naturaleza, y sostuvo que, no

sucediendo así, nadie debía venir al mundo sin conocer de antemano la legislación a que viviría sometido y los medios que tendría de infringirla. En política, reconocía a los más todo derecho que no fuera contrario al de los menos; en artes, rendía culto a la verdad poetizada y no admitía poesía fuera de lo natural y humano. Lo único inagotable que había a sus ojos era el bien, quizá por ser aquello de que se sentía más capaz; y, dejando aparte su conciencia, era su alma tan hermosa, que cuantos le conocimos creíamos que no podría morir hombre como aquel sin que al cerrar sus ojos se extinguiera alguna claridad en el espacio.

Una de las innovaciones con que más encariñado estaba, se traducía en un gran empeño por aplicar a las pasiones y los sentimientos el método experimental, pensando que las facultades morales podrían analizarse colocando al corazón o el cerebro en una serie de situaciones que fueran para la razón y el sentimiento lo que reactivos, crisoles y alambiques son para los cuerpos materiales.

Una tarde, que juntos discurríamos por el jardín de su casa, manifestéle las dudas que sobre el particular tenía; y queriendo convencerme de la bondad de su sistema—«Voy a contarte uno de mis experimentos»—me dijo; y en tanto que cogidos del brazo paseábamos bajo los altos árboles que a un extremo de la propiedad se alzaban, habló de este modo:

—Si hay algo grande para nosotros en la vida, es seguramente el ideal a que aspiramos: de quien no lo

tenga podrá decirse que vegeta o se mueve, pero que no vive; y ofreciéndose el amor a nuestra alma como bien supremo, claro es que el ideal de él emanado será también el ideal supremo, que cada uno concibe según la noción que del amor se forja. Desde aquella que le considera como un destello de la divinidad tomando morada en cuerpo humano, hasta la que mira en él una enfermedad que se cura con sangrías y paños de agua fresca, se han echado a volar, desde que el mundo es mundo, docenas y cientos de opiniones sobre el amor. Es causa para unos, efecto para otro, dichas sin cuento para éste, innumerables infortunios para aquél; se le ha llamado alma de todo lo creado, y no falta quien diga que amor sólo es el traje que para presentarse en buena sociedad acepta la lujuria. A mi juicio, amor es el ansia de gozar aquellas perfecciones con que la imaginación y el deseo adornan a la realidad, y en que creemos ver cumplido el bien que anhelamos, como cree verlo el árabe sediento y fatigado al mirar formarse en el horizonte del desierto el espejismo cuyas imágenes le pintan dulce remanso, sombríos árboles y cristalinas ondas. Al andar, que es el vivir, va desvaneciéndose poco a poco el fenómeno, óptico en un caso, moral en otro; y cuando el término de la carrera llega, o no se encuentra el oasis, o es tan distinto del que nos fingió la fantasía, que la razón le tiene por campo monótono y triste, cuando no por erial. Ve, si no, que en la esfera del amor el mundo sólo conserva memoria de aquellas pasiones que se hicieron célebres por el infortunio de los ena-

morados: Píramo y Tisbe, Hero y Leandro, Julieta y Romeo, Abelardo y Eloísa, Isabel y Diego, Fausto y Margarita, Pablo y Virginia. No hay, en cambio, recuerdo de pareja a quien haya su ventura eternizado, ni en la historia, ni en la poesía. ¿Será tal vez porque el mundo no para mientes en las dichas y sí solo en las desgracias ajenas? Ello es que son muchos los inmortalizados por su triste suerte, y pocos o ninguno los que cobraron su fama de su propia ventura.

»Pero dejémonos—continuó—de historias y leyendas, que, como cosas de tradición, pueden andar equivocadas, y vengamos a mi experimento. Yo creía, y quise convencerme de ello, que con respecto a todo lo ideal, la mente se finge encantos tales que jamás en la realidad se ven cumplidos, y, aunque así suceda, aparecen a nuestros ojos menos hermosos que los pintó la fantasía.

»Tuve, en otro tiempo, un amigo, porque has de saber que, a pesar de no hacer daño a nadie, los he tenido, y era éste padre de la más gentil muchacha que pudo concebir capricho humano. Sus facciones guardaban aquella regularidad que, sin detrimento de la gracia, realza la belleza; sus ojos eran grandes como bien perdido, su mirada incierta como amor soñado, y su boca, piñón de grana humedecido en el néctar de besos aún dormidos, tan chica, que apenas dejaba ver, como si fuese de él avara, un tesoro de nácares que sólo descubría para dejar paso a una sonrisa más pura que la alegría de la luz, si ésta pu-

diera contemplarse. Mi amigo, cuyo nombre no hace al caso, deseaba casar a Rosa, éste era el de la chica, con un muchacho que, a decir verdad, ni era bueno ni malo, hermoso ni feo, tonto ni discreto, ignorante ni sabio; un ente, en fin, que parecía la personificación de toda medianía y la encarnación de eso que unos llaman «vulgo» y otros denominan «todo el mundo». Rosa amaba, como a los diez y seis años se ama; es decir, convirtiendo al ser querido en un modelo de perfecciones, a un joven que, para protagonista de novela romántica, no tenía precio: era su físico como pudiera desearle el mejor escultor griego para la estatua de un Narciso; y en cuanto a lo moral, ni sentimiento mezquino ni idea pequeña; tal, al menos, creía Rosa, condenada a sufrir viéndose puesta en la alternativa de ser desobediente a su padre o desdichada para toda la vida. Vino un día a buscarme, me contó su cuita; su padre, al siguiente, hizo lo mismo; escuché a entrambos, y, tras largas reflexiones, realicé el plan que había concebido mientras les atendía.

»Cité una tarde a Rosa y la partí en dos, completando cada una de las mitades con lo que la faltaba, merced a procedimientos químicos, cuya explicación no hace al caso, ni te importa, consiguiendo que, en vez de una, las Rosas fueron dos, en un todo iguales a la primitiva, movidas por los mismos instintos y animadas de los mismos efectos.

»Aquella noche, mientras dejaba aletargada en mi laboratorio a una de ellas, acompañé a la otra hasta casa de su padre, ignorante de cuanto yo fraguaba,

y allí, sabiendo, como sé, que quien pide un consejo desea que se lo den conforme a lo que proyecta, pues de lo contrario está dispuesto a no seguirlo, me encerré con mi amigo y le dije que, dejando a un lado escrúpulos de la niña, la casase con aquel en quien había pensado, añadiendo que el cariño de un padre amoroso ve más y más claro que la imaginación de una mozuela, y que, sobre todo, nada puede el primero dissurrir que redunde en perjuicio de la segunda. Dicho se está que aquel hombre obró como yo le aconsejaba y él quería.

»Volvíme luego a casa, llamé a la otra Rosa, y la dije: «No es bien que a un tiempo mismo se marchiten en ti las ilusiones, la juventud y la hermosura: tu pobre padre, débil de espíritu y achacoso de cuerpo, quiere verte pronto casada, porque cuando él te falte pueda acorrerte otro; mas es el caso que ve las cosas menos claras que tú, quizá por mirarlas a la larga distancia de sus años. El hombre que has elegido, en armonía con tus inclinaciones, te hará dichosa. Sal de esta estancia, atraviesa el jardín, abre la verja, cruza el camino, y junto a los primeros troncos del bosque le hallarás, más ansioso de hacerte venturosa que de ser feliz. Ve en paz; yo prevendré a tu padre intercediendo para que te perdone; y está tranquila, aunque no llegue su bendición a tus oídos, pues por más que los hijos no la escuchen, los padres siempre la dicen de modo que Dios la oiga.

»Excuso decirte—prosiguió el doctor—que su amante la esperaba, pues yo le había citado. Partió

la niña, pasó el tiempo, los días sucedieron a los días, los meses a los meses, y al cabo de algunos años, no muchos, cuando creí que podría dar fin a mi experimento, llamé a las dos Rosas, procurando descubrir en sus semblantes algún indicio de cómo habían vivido.

»La casada según su propia elección, acudió primero. «¿Cómo te ha ido?—le dije—. ¿Eres feliz? ¿Cuál ha sido tu vida?»—«Carlos es bueno—repuso ella—, me quiere mucho, y yo le adoro. Renuncio a describiros la alegría que nos produjo vernos juntos y solos; fué tanta, gastamos en gozarla tanto esfuerzo, que apenas si nos queda ya placer para acordarnos de ella. El eco de nuestros primeros besos hizo enmudecer a las aves del bosque, como admiradas primero y envidiosas luego de aquellos sonidos escapados de dos almas que parecían gemir de gozo al confundirse en una.................

.................................................

Nuestra vida es la paz, una paz que nadie turba; el cariño y la afabilidad de Carlos para mí, son grandes. Yo le amo, como creo que debe una mujer amar a su marido: con un cariño que es consideración, y con un respeto que es dulzura. Cuido, más que de proporcionarle felicidades soñadas, en hacer su vida lo menos triste posible; procuro que halle en mí cuanto pueda desear, y hago que desee mucho para dárselo todo; soy con él sumisa y obediente, de tal suerte, que vea en mí, no la obediencia ciega a lo que una fuerza impone, sino la conformidad de quien re-

conoce algo superior a sí mismo; no le hago nunca responsable de sus genialidades, y no procuro, para que desista de sus sinrazones, sino que llegue a conocerlas; le cuido en sus dolencias de tal suerte, que mi solicitud y esmero le hacen a veces no echar de menos la salud para pensar en cómo está asistido; procuro, finalmente, antes que aparecer a sus ojos sin defectos, dejarle conocer alguno, y, juntamente, mi afán por corregirme para serle agradable. Por su parte, ya os lo he dicho: me adora y deja que yo le entienda, de modo que ni un momento pueda ocurrírseme la idea de que él piensa que sea obligación el querer. Consideración y cariño ante las gentes, locura e idolatría a solas: tal es mi Carlos para mí. Me siento subyugada por él, gozando en reconocerlo así, y trato de ocultárselo algo para que no me llegue a mirar como muy inferior a sí propio. Para no cansaros: entre ambos, son idénticas las aspiraciones, iguales los deseos, conformes los gustos, no tan afines los caracteres que engendren monotonía en la existencia, ni tan opuestos que truequen la vida en batalla y en escaramuzas los días.»

»Cuando hubo terminado—siguió diciéndome el doctor—, yo la repuse: —Tu dicha es, pues, completa; nada tienes que desear; vuestra posición es tal, que ni puede afligiros la pobreza ni daros la fortuna el vértigo que se siente en las alturas. Bien hice en aconsejarte que te casaras, y tú mejor en seguir mi consejo, o, a decir verdad, el tuyo propio. —«Y, sin embargo—me interrumpió Rosa—, no sé qué me

falta, ignoro qué hay en mí que, sin tener queja de Carlos ni desear pretexto que la supla, siento como un anhelo vago, como si me faltara algo, como una necesidad no satisfecha, creciente siempre e insaciable, que me atormenta tanto más cuanto que, desconociendo su naturaleza, mal puedo aplicarla remedio. Tan sólo se me ocurre que, acaso yo, en mis ensueños de muchacha, me forjase un amante hecho según la ley de mis caprichos, todos satisfechos, pues nada costaba a mi imaginación acceder a lo que ella se pedía, y que ahora me encuentro con que Carlos, aun siendo como es, no corresponde a aquel ser misterioso que surgió del fondo de mi corazón para viva satisfacción de mis antojos.» —Eso es—la dije yo—; pero si gozas cuanta dicha puede darte tu esposo, por su voluntad y su índole, bueno será que te conformes, ya que no tienes cosa mejor que hacer. Ella, que era discreta, calló, y nos separamos.

»Tras esta Rosa vino la otra Rosa casada a gusto de su padre, y repetí mis preguntas: «¿Cómo te ha ido? ¿Eres feliz? ¿Cuál ha sido tu vida?»

«Roque—me contestó ella— no puede ser mejor, ni yo esmerarme más en agradarle. El que supuse tirano doméstico, hombre grosero, vulgarote, zafio y mal educado, es sensato, afable, cariñoso y culto. No es su inteligencia poderosa como mirada de águila, ni su carácter prueba de esa entereza que toma origen en una excepcional grandeza de alma; pero el buen sentido y el corazón franco y leal suplen, sin que continuamente se las eche de menos, aquellas otras

perfecciones. Comprenderéis, por tanto, que solícito él en hacerme dichosa, y no empeñada yo en ser desgraciada, mi existencia es tranquila como sueño de niño y pura como agua de montaña. Cuando Roque cree que sus gustos sencillos se avienen mal con mis aficiones, un tanto dadas a eso que los predicadores llaman pompas y vanidades del mundo, se doblega de grado a mis caprichos, siempre que éstos en nada puedan perjudicarnos; y si mis ambiciones le parecen injustificadas, pues yo alguna vez las manifiesto así para ceder luego a sus consejos, con tal dulzura me contraría que, a ser ciertas, de fijo las olvidaría, gozando más en el cariño demostrado al negarlas que con su impremeditada y fácil concesión. En su manera de ser, la discreción ocupa el puesto de otras cualidades, quizá más raras, pero no tan preciosas; Roque, en fin, me hace pensar en lo horrible que debe ser el matrimonio con un hombre inferior a él, sin que se me ocurra darme a la desesperación porque haya otros más perfectos.»

»Te doy la enhorabuena—la dije yo, añadiendo: —Esa es la recompensa de haber obedecido a tu padre—. Mas ella continuó: «Es el caso que, a pesar de todo, me acuerdo muchas veces, muchas, ¿a qué negarlo?, de aquel Carlos hermoso, inteligente, altivo, en todo grande, en todo noble, que hubiera convertido mis días en poemas de felicidad; y el pensar en él, sin que por supuesto en nada ofenda a Roque, es tal delicia, que ni se cansan los ojos de adorar su visión gratísima, ni en mi mente se debilita jamás un sen-

timiento confuso de dulce pesar que parece esperanza en dicha imposible y recuerdo de goce imaginado, pero no cumplido.»

»Callaron las dos Rosas, medité un momento, llevélas luego al laboratorio, adormecí sus almas, y, cerrando sus ojos, las volví a su primer estado. Quiero decir que, suprimiendo las dos mitades por mí creadas, reconstituí la Rosa primitiva. La hice renacer, dejándola memoria de sus dos distintas existencias, y la dije: —Eres libre, puedes seguir a quien te plazca; tu doble pasado es un sueño, mas también un aviso cierto de tu vida futura. Elige: Roque, o Carlos. —Y entonces ella, sin vacilar siquiera, dijo: «Roque: con él la realidad me parece menos amarga de lo que yo creí, y a su lado tendré siempre el consuelo de pensar en ese ideal que nadie alcanza, no tal cual es, sino como yo me lo figuro.»

»Y tenía razón—terminó el Doctor—; que conseguir una dicha es perder la esperanza de lograrla.

1880.

# SE VENDE

Hacía pocos años que la herencia de nuestro padre fué repartida entre mis hermanos y yo. Uno de ellos se dedicó al comercio, otro a la agricultura, el menor se hizo médico. Yo me sentí poseído del ansia de ver tierras, como decían nuestros abuelos, y vistiendo todavía el reciente luto, emprendí mi peregrinación: primero por Europa, fuí luego a Oriente, estudié la América, dejé por todas partes el oro y juntamente con él los pedazos de mi alma, aprendí a dudar del prójimo, desconfié de mí mismo, gocé algo, sentí mucho, y una noche, entre el estruendo de la orgía, al resplandor de las bujías apiñadas, embriagado por el aroma de ramilletes ajados con el calor del gas y la impureza de las frases, sentí el deseo de volver a la patria, y pensé en ella como se piensa en los brazos de la madre cuando la tiene uno lejos.

Di vuelta a mis tierras de Andalucía, llegué a la capital de la provincia, y al bajar del tren, la casualidad, en forma de amigo, me dió la noticia de mi ruina. El banquero en cuya casa tenía deposita-

da mi fortuna, y a cuyo nombre había yo puesto cuanto poseía, movido por la confianza que me inspiraba, había quebrado. Todos sus bienes, y entre ellos los míos, estaban embargados: mis fincas, como las suyas, se vendían en pública subasta. Yo nada tenía para rescatarlas; apenas me quedaba un puñado de monedas de oro en que, como recuerdo de mis aventuras, estaban mezclados los «dollars» americanos con los «luises» franceses, y los «centenes» de España con las «libras» inglesas. Veinticuatro horas antes tenía una renta fortísima, y a la sazón me encontraba con las necesidades, los recuerdos y las aspiraciones de un rico, pero sin más recurso que el trabajo, cosa nueva a mis ojos, o el derecho a quejarme, que consideraba indigno de mi temple.

Pensé entonces en rehacer la fortuna perdida rehabilitándome a mis propios ojos, pero antes deseé dar el último adiós a la vida pasada, despedirme de mis recuerdos reconcentrándolos en uno solo; quise ver la casa donde nací y jugué de niño, que fué centro de mis primeras alegrías, las paredes en donde se estrellaron mis primeros suspiros, los árboles de que hurté la fruta verde, las alamedas que escucharon las palabras de mis juveniles amoríos y las puertas por donde salieron para no volver jamás los sagrados cuerpos de mis padres.

Y aquel mismo día, bajo un sol abrasador, ardiente como la febril agitación que trastornaba mis ideas, salí de la ciudad y tomé el camino del cortijo, resuelto a despedirme de cuanto había amado,

personificándolo en aquellos muros impregnados de memorias dulcísimas, y en las flores de aquel jardín que, con haber cambiado tantas veces de ropaje, aún conservaba en sus florestas y macizos las auras de los primeros años de mi vida. El polvo que pisaba me parecía imagen de días estérilmente pasados; los árboles, que con acelerada marcha dejaba a la espalda, me eran como los amigos que rápidamente había hecho para olvidarlos apenas conocidos; escuchaba a lo lejos el confuso vocerío que de la ciudad se alzaba, semejante al rumor que en otro tiempo me atrajo a las agitaciones del mundo, y a larga distancia percibía el palomar de la casa de mis padres, desierto de palomas, como mi corazón lo estaba de esperanzas. Aquella caminata era un sarcasmo horrible.

.................................................

Llegué, al fin, temeroso de ver lo que por última vez había de mirar, y hallé cerrada la verja del jardín, casi tumbada por los vientos la empalizada del huerto, ocultas las ventanas por el espeso ramaje de los no podados árboles, obstruídas las enramadas por las malezas invasoras, verdeados los senderos por las tenaces gramas, secos los tiestos de la escalinata, abandonados los nidos que las golondrinas hicieron bajo el alero del tejado, vacía la casilla del perro, mudo el recinto del corral, manchadas de verdín las piedras de la puerta, ceñidas por marcos de hierba las losas de la entrada, y tejido el tul finísimo de la paciente araña entre las barras de las

rejas. Los balcones estaban cerrados; caídas y destrozadas las persianas; tomados de amarillento orín los hierros; enmohecida la veleta, y dominándolo todo un silencio más grande que el terror de mi alma, y una tristeza mayor que los dolores de mi espíritu.

Asido a la verja, y apoyado en su zócalo, sin poder penetrar al jardín, negado a mi amargura el consuelo de apurarla entera, fuí reconstruyendo con la memoria los aposentos que la fachada me ocultaba; recorrí las habitaciones, entré por todas partes.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Vi en mi cuarto las tablas cargadas de libros y mis muebles con sus cajoncitos llenos de recuerdos. En el tocador de mi hermana, ceñido de blancas gasas doradas por el tiempo, estaban los acericos pinchados de alfileres y los pomos vacíos de perfume; en un búcaro roto quedaban tallos de unas flores ajadas, y al pié de la chimenea, sus hojas caídas, secas y desquebrajadas, se confundían con los perdidos tonos de la alfombra; el papel de las paredes caía en jirones húmedos, mostrando la cal amarillenta y mohosa de los muros; la pila del agua bendita, puesta a la cabecera de la cama, estaba seca, y su ángel de porcelana tenía las alas rotas... En la estancia inmediata murió mi madre; aún se veía el piso manchado por el gotear de la cera, y todavía en los rincones parecían retumbar los golpes del clavar la caja.

Sudorosa la frente, crispadas las manos y abatido el rostro, yo, preso fuera del recinto sagrado, llegaba con la imaginación a todas partes, subía a todos los pisos, miraba todos los escondrijos, y ora hallaba arrinconados en montón, roídos y polvorientos, los libros de mi padre, ora encontraba en el desván mis despedazados juguetes: el caballo de tornillo que me costó azotes, el tambor que me escondieron cuando mi hermana estuvo mala, y la escopeta que me compró mi padre la vez primera que en su compañía fuí de caza.

¡Todo cerrado, todo silencioso, todo mudo! Y yo, obcecado, sin querer huir de lo que me entristecía, y privado de acercarme a lo que amaba.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Tenía el guarda una hija.... aún la recuerdo. En aquel cerezo que domina el huerto, sujetando ella con las manos el delantal tendido, subido yo en las ramas para cortar y echarla desde arriba el rojo fruto que entre las hojas se escondía, vi una tarde temblar su pecho al movimiento de los brazos, y al bajar de mi altura la quité de los labios las cerezas, sintiendo mezclado con lo agrio de la fruta lo dulce de su beso. De aquellas moras que junto a la tapia crecen, comimos una noche: yo me pinchaba al alcanzarlas, y ella al morderlas se reía; luego en la fuente nos lavamos, y con sus dientecitos arrancó las espinas clavadas en mis palmas. Aquella es la ventana de mi cuarto, por donde yo saltaba de noche para irme a buscarla, y allí está el portón,

cuyo cerrojo untábamos de aceite para que no rechinara. Aún me parece ver en su cuarto, guardados con hojas de rosa entre los pliegues, los pañuelos que yo la regalaba, y todavía con las miradas del alma veo prendidas en sus negras trenzas las diamelas blancas como la nieve, que mi padre obtenía de costosos esquejes y yo le hurtaba para ella.

De todo aquello nada queda, y como la gota de lluvia se hunde en el polvo del camino, así entre las impurezas de mi vida se ha sepultado aquel recuerdo.

.............................................................

La voz alegre del cantar de un mendigo, que estaba tumbado al sol sobre un montón de piedras en la ladera del camino, me hizo volver a la realidad. Entonces, al alzar los ojos del suelo, vi oscilar en el balcón central de la fachada de mi casa un cartelillo mal sujeto con alambres roídos por la lluvia, en cuyo centro decía:

SE VENDE

# LA LÁMPARA DE LA FE

En un paisaje agreste y pintoresco, entre Valhondo y Los Helechos, a la derecha del camino, se alzan, en la linde de un espeso bosque de castaños, las ruinas del convento de Santa Rosalía. Del que fué en otra época soberbio monumento, sólo quedan en pie arcos rotos que lentamente van envolviendo en su hojarasca verde las plantas trepadoras, columnas caídas en tierra, casi enteramente sepultadas entre las altas hierbas, y alguna estatua de príncipe o de santo, sobre cuyo ropaje de granito rastrean las lagartijas y brincan las ariscas cabras. Los que parecen montones de escombros hacinados por la saña del tiempo y la mano del hombre, fueron en otro tiempo fortísimos muros y altas tapias; el ancho espacio, cercado todavía, donde hoy crecen sin temor a la hoz el jaramago y las ortigas, fué huerto de sabrosas hortalizas y ricos árboles frutales; donde hoy reina el silencio menos perturbado allá por los años 1700, se oía a la caída de la tarde la voz de la campana que llamaba a la comunidad al templo.

Cuando más floreciente era el estado de la santa casa; cuando regida por bondadoso y severo abad, su organización era más fuerte, que también los que hacen voto de mansedumbre han menester de energía en su gobierno; cuando era allí la piedad más austera, oyóse un día un aldabonazo en la puerta principal del edificio, y luego el ruido que ésta producía al encajarse en su quicio nuevamente. Aquella puerta dió paso a un hombre que, transcurrido el año del noviciado impuesto en las constituciones de la Orden, profesó con la solemnidad de una pompa fúnebre.

El entierro de una inteligencia se hizo con el mismo aparato con que se da sepultura a un cuerpo.

Aquel hombre no tenía aún treinta años; nadie más que el abad supo la causa que le había impulsado a cometer su suicidio moral. No fué una desgracia de amor que deshojara en flor sus esperanzas, ni el hastío de una vida que estaba en su comienzo todavía, ni tampoco ese misticismo que pudre antes de sazón los frutos de tantas inteligencias. Era un segundón de casa grande: su hermano primogénito había de recibir entera la hacienda de los padres, porque el nombre de la estirpe quedaba deshonrado si el caudal se disminuía en una fanega de tierra o se mermaban algunas piedras colocadas, según el detestable gusto de la época, en forma de caserón con nombre de palacio. Don Juan de Peñarredonda no tenía afición a la carrera de las armas; de lo contrario, hubiera podido hacer fortuna; ni

quería vivir a costa de su hermano, que le hubiese dado algunos ducados cada mes; ni podía trabajar, porque entonces sobre el complicado blasón de la familia caería una mancha peor que de tinta, como de un sudor negro y corrosivo que destruiría aquellos perros y calderos y animales raros que daban tanto honor a la familia.

Decidido don Juan a hacerse fraile, llevó a cabo su proyecto; y el abad, hombre de claro ingenio, a quien no se ocultaba lo ruda que para el segundón era la transición de cortesano a fraile, trató de hacérsela menos penosa. Eximióle de asistir al coro, dióle permiso para que vagara libre por el jardín y la huerta, y concedióle cuanta libertad era compatible con la severidad de la disciplina a que voluntariamente se había sometido. —«Hermano—le dijo—, tu entendimiento y tu piedad te harán pronto conocer que, si alguna dicha existe en la tierra, es la que viene de pensar en el cielo, y que, si algún placer hay para el hombre, sólo en la adoración de Dios lo encuentra. Mas no podrás acostumbrarte de repente a la privación de los deleites pasajeros que el mundo ofrece, y sólo lentamente los irás olvidando para entregarte todo entero a la contemplación de lo infinito. Sé, pues, libre dentro de esta casa; ven a la iglesia y te diré cuál es la única tarea que te impongo.»

Llegaron a la nave del templo, ya invadida por las primeras sombras de la noche, y a un extremo se detuvieron, primero el abad y luego el nuevo fraile,

ante el altar de una capilla, cuya oscuridad apenas bastaba a disipar el resplandor de una lámpra que suspendían de la bóveda tres cadenas de bronce. Sumergido el pábilo en el aceite, y casi hundido en él, la débil llama esparcía en su derredor una luz que hacía las sombras aún más densas y arrancaba a las doradas molduras del retablo algunos destellos de brillar incierto. Ocupaba el centro del altar un crucifijo de talla, en el rostro de cuyo Cristo venían a caer los rayos de la luz, iluminando con tal vaguedad la frente de Jesús, que podía dudarse si aquella claridad indecisa era el reflejo de la llama o la mirada del mártir moribundo. Oíase fuera el piar de las golondrinas que volaban sesgadamente en torno de la torre; casi no se percibía dentro el chisporroteo de los cirios; todo era tranquilidad y silencio. Más que templo, parecía aquello una conciencia honrada. —«Este es—dijo entonces el abad al fraile—el altar de la Fe, y ese que apenas ven tus ojos y debe adivinar tu corazón, es el Cristo de la Fe; a tu cuidado queda su culto; que no se apague nunca esa luz; alimenta su fuego; no dejes que jamás se extinga. Esa es la tarea de tu vida.

Desde aquel día, la que hasta entonces había lucido como por milagro, esparció en torno suyo los vivos resplandores de la fe misma que animaba a Juan. Veíasele al declinar el día preparar la lámpara para que luciese de noche, y cuando al encenderse la atmósfera en los arreboles del amanecer penetraba su claridad por las ojivas rasgadas

en el muro, veíasele atizar la llama y mantenerla viva para que ardiera hasta el ocaso, casi más sostenida con el cuidado de sus manos que animada con la fervorosa plegria de su espíritu.

Pasó tiempo sin que menguara la piadosa devoción de Juan, que reconcentró en el altar sagrado toda su vida; pero la soledad y el ocio, el aislamiento en que vivía, el exceso de imaginación, y, sobre todo, la natural predisposición del hombre, le hicieron un día parar su atención, primero, en cuanto le rodeaba, luego en sí mismo, pasando así de la inacción al pensamiento, tan fácilmente como al ponerse el sol cambian de matices las nubes, heridas por sus rayos. —«¿Cómo puede—se dijo, viendo crecer las plantas del huerto—germinar la semilla, romper la tierra el tallo, vestirse de hojas y coronarse, al fin, de flores? ¿De dónde mana el perfume de sus cálices, y cómo, en el silencio de la noche, cierran sus pétalos para abrirlos al alba, sedientos de luz y de rocío? ¿Y cómo nacen en mi corazón los sentimientos, y cómo en mi cerebro las ideas, y qué es este algo misterioso que, como su aroma aquellas flores, llevo encerrado no sé dónde y me hace distinguir el bien y el mal, y da a mis pensamientos forma? ¿Qué voz secreta es ésta que me hace pensar en Dios? ¿Qué es esto que se llama conciencia, juez para quien no hay posible engaño, mentira que parezca cierta, ni crimen que no parezca grande?» Y el pobre fraile dió en pensar, y dejó de sentir;; dudó porque quería saber, dudó por

razonamiento después de haber creído por instinto; quiso saber por qué creía, y se hizo de místico filósofo, dando en la duda tan fatal y necesariamente como da en la realidad todo el que vive de ilusiones.

Quiso retroceder, mas fué en vano. Las dudas del hombre, semejantes a las olas del mar, unas son causa de otras y ninguna es la última.

Cuanto antes fué para él venero de alegrías, se trocó en causa de tristezas, y en nada pudo fijar los ojos que no le hiciera pensar primero y dudar luego. ¿Dónde irá el alma—se decía—, cuando, rota la cárcel que la encierra, se apaga la vida al soplo de la muerte? ¿Podrá vagar mi espíritu sin cuerpo en que se encarne y le obedezca? ¿Qué existencia es ésta que me parece inmortal por su esencia y es, por su naturaleza, deleznable? ¿Qué he de encontrar más allá del sepulcro, si nada recuerdo antes del regazo de mi madre? ¿Y cómo el Dios que adoro puede ser a un mismo tiempo justo y misericordioso, si la justicia es inflexible y rígida, y la misericordia es toda perdón y caridad? ¿Por qué el infame es feliz? Si Dios existe, la dicha del malvado, ¿no es un crimen?»

El ser y la nada, Dios y el hombre, la fe y la duda, hicieron de la conciencia del pobre fraile campo de batalla, mientras él, ya sin más razón que la que había menester para creerse loco, gritaba desde el fondo de su alma: —«Piedad, Señor; dadme siquiera un punto de esperanza, que él se dilatará en mi corazón como

un rayo de luz en el espacio.» Y, a pesar de su lucha, rezaba, y la lámpara del Cristo de la Fe seguía ardiendo.

Alguna vez, cuando se arrodillaba al pie del crucifijo, la empobrecida llama le pedía con interrumpidos destellos una gota de aceite en que saciar la sed que la iba consumiendo poco a poco, y entonces él renovaba la savia de su vida y seguía, quizá, al mismo tiempo, pensando en sus irresolubles dudas... La campana le llamaba al rezo; la oración tardaba en brotar de su pecho, y sus labios la modulaban torpemente. Por fin llegó un día en que la piadosa práctica fué para él una costumbre, y llegó a orar maquinalmente, sin darse tal vez cuenta de que oraba ni de que la luz expirante parecía pedirle, chisporroteando, al tocar en el fondo de la vasija, más jugo que absorber para poder lucir.

La lucha fué en aumento: las antiguas creencias perdieron terreno en su alma, y una tarde, cuando el esquilón convocó a la comunidad al «Angelus», ni Juan acudió al templo, ni la oración vino a sus labios.

Asomado a una ojiva del claustro alto del monasterio, fija en el horizonte la mirada, que devoraba el espacio como su mente lo infinito, veía tranquilo hundirse el sol en el ocaso y desaparecer en el cielo las nubecillas de ingrávidos vapores, como en su pecho se desvanecían sus creencias. La noche cayó a un tiempo sobre su espíritu y sus ojos, y el alba no amaneció para su alma.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al otro día vió ante el altar apagada la lámpara del Cristo de la Fe, y cuando se preparaba a encenderla, el abad, que desde la entrada de Juan en el convento le había espiado en silencio, le contuvo diciéndole: —«Es inútil.» Hízole luego atravesar por vez postrera la solitaria nave de la iglesia y los claustros sombríos, sacóle hasta el campo que circundaba el monasterio, y cuando al trasponer un cerro había ya, tras su cumbre, desaparecido la cruz del campanario de la iglesia, a solas, sin más testigos que la Naturaleza, y mientras a lo lejos se escuchaba el cadencioso cántico de los frailes, que por lo ignorantes eran aún felices: —«Adiós—le dijo—, nada puedes esperar en la casa de Dios; ve y trabaja.»

1878.

# EN LA PUERTA DEL CIELO

En esas regiones superiores, en esos espacios misteriosos que los ojos de la materia no alcanzan, y que sólo puede fingirse la mirada del espíritu; en esa gloria que la religión promete al justo, por la que muere el mártir y de que duda el sabio, vive, según dice la doctrina católica, una vida eterna y bienaventurada aquel apóstol Pedro a quien el Cristo dió, con las llaves de su reino, la facultad de conceder o negar la entrada en el Paraíso a cuantos pecadores lleguen a sus puertas cargados con el pesado fardo de la culpa u orgullosos de su virtud.

Estaba un día Pedro recordando la fatal noche en que negó a su Divino Maestro por tres veces, cuando vió que hacia él venía, con paso firme, una mujer vestida con esos hábitos tristemente poéticos, de color sombrío y de grosero aspecto, que llevan las Hermanas de la Caridad. Iba ya el apóstol a cortarla el paso, para preguntarla quién era y cómo había vivido, antes de darla ingreso en el reino de los cielos, cuando, por el lado opuesto a la primera, apareció otra mujer que caminaba lentamente, con la frente baja y como

temerosa de haber andado en vano y de tener que deshacer lo andado. Venía completamente desnuda; había sido en la vida cortesana, y al empezar ese viaje que el alma emprende cuando muere, había renunciado a las galas que cubrían sus formas, ganadas con los besos del pecado y realzadas por el brillo de la hermosura.

Chocaron, desde luego, al varón santísimo la actitud resuelta, segura y decidida de la una para entrar en el cielo, y la cortedad e incertidumbre de la otra; el que una viniera a reclamar su parte de Paraíso, cual si tuviera el billete comprado de antemano, y el que otra pareciera, en su ademán y su postura, implorar, como limosna de la gracia divina, su asiento entre los elegidos.

—¿Quién sois?—las dijo—. ¿Cómo habéis creído penetrar en la gloria sin que antes yo conozca vuestras vidas; sin que, conforme a lo que me fué concedido, ate o desate el hilo de vuestras esperanzas, según encuentre en él de prietos los nudos de la culpa? ¿Quién eres tú, que envuelto el pálido rostro en blancas tocas, vestida de burda lana y con rosario a la cintura, tan fácil crees la salvación eterna? ¿Y tú, que desnuda como la imagen de la Verdad, vienes humilde, temerosa, escaldados los ojos por las lágrimas y todavía húmedos los labios por los besos?

—Yo—dijo la Hermana de la Caridad—nací rodeada de las galas del lujo; pasé mi infancia entre los halagos del cariño, y entré en la juventud por esa misteriosa puerta de las ilusiones, que sólo se fran-

quea una vez, y en repasar la cual parece que se consume nuestra vida. Desperté a la adolescencia al calor del fuego del amor primero; en su divina llama se abrasó mi alma, casi se consumió mi espíritu, pero mi cuerpo permaneció puro, y no llegué a gustar del placer más que el deseo. Conservé limpia, como la piel del blanco armiño, mi pureza, y mortifiqué mis sentidos; resistí al grito tentador de la naturaleza, cuando en la primavera corre por nuestras venas, ardiente y como brasa líquida, la sangre que afluye a los labios para evaporarse en besos, y la fuerza que se agolpa a los brazos para estrechar al hombre amado; cuando en el otoño de la vida sentí invadido mi cerebro por todas esas ideas que la mujer adivina, pero que la virgen no se explica, y mi corazón por todas las pasiones de una juventud contrariada; cuando el fuego que devoraba mi alma no era el amor de los primeros años, no la inquietud vaga y misteriosa que presiente las dichas del amor cumplido, sino el sacudimiento histérico de un temperamento ardiente y comprimido, entonces busqué en las lágrimas del alma raudales con que anegar el incendio de los sentidos; y sobre aquella culpa que no llegué a cometer, pero que deseé ver consumada, y que me fingí con deleite en los lúbricos antojos del voluntario ensueño, lloré más llanto, y más amargo, que el que vierte el sincero arrepentimiento sobre el crimen. Entonces, con alma que inspiraba deseos, y sin fuerzas que los contrarrestaran, como flor que, privada de dar al viento el aroma que exhala, muere, marchitos

y abrasados los pétalos por la misma intensidad de su perfume, sentí desfallecer mi espíritu y vi trocarse en pálidos y débilmente sonrosados aquellos labios míos, cuya candente grana había mojado con mi aliento de fuego mientras prodigaba a un fantasma creado por la fiebre besos que chasqueaban en el aire como aristas rotas, y cuyo eco sonoro ensordecía mis oídos o murmuraba en ellos frases y suspiros impregnados de voces misteriosas que entonaban el epitalamio de una boda eterna. Luego, cuando la prematura vejez me devolvió una razón que jamás creí haber tenido, y la nieve de la cabeza sofocó el humeante incendio del corazón despedazado, entonces pensé en ese Dios que ama y perdona, y amé con el pensamiento cuanto no pude amar con los sentidos. Arrojé lejos de mí, por enojosas e inútiles, las galas, las joyas y las flores; rasgué los rasos, que se ajaron de celos ante la suavidad de mis mejillas; las sedas que ocultaron los latidos de mi corazón; aborrecí cuanto me había servido para convertir mis encantos en promesas... Ceñí estas tocas, vestí esta falda, y todo el amor que sentía quise verterlo como inmensa oleada de ternura sobre esos seres cuyo amor había ambicionado tanto sin lograrlo, devolviéndoles bien por mal y cuidado por olvido. Corrí a los hospitales en que padecen primero y mueren luego los abandonados de la fortuna, y también los locos que creen tenerla siempre por amiga; enjugué las lágrimas del que, al llegar su última hora, no tenía otros ojos que recogieran la mirada de los suyos; curé las

pestilentes llagas del vicioso; cerré las heridas que el hermano infirió al hermano; sofoqué con mi mano la última maldición de la boca del blasfemo, y con las palabras de mi rezo acallé la postrer imprecación del réprobo. Volé a los campos de batalla, y, envuelta en tempestades de plomo, me arrodillé junto a esos héroes anónimos a quienes la patria sólo exige, no una vida gloriosa, sino una muerte oscura; escuché de sus labios la última palabra de amor para la amada, la última frase de confianza para el amigo y la última oración para la madre, ese rival eterno de Dios en el corazón del hombre... He visto morir al marino alejado de la costa; al soldado, de la patria; al hijo, de la madre; al hombre divorciado de la razón y la justicia, y dando consuelo, vida, calor y fe a muchos; he llorado y rezado por todos. ¡Mío es el reino de los cielos!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Yo—dijo entonces la cortesana, temerosa de que su vida pareciera al santo apóstol un tejido de horrores—no he tenido familia. En la escalinata de la puerta de un templo me abandonó una madre que no entró en la santa casa a bautizarme, ignorando que la que penetra culpable sale purificada por el dolor de su desgracia. Me criaron pechos pagados con el dinero de esa limosna pública que envilece al pobre sin socorrer al triste, y fuí educada en un hospicio, entre niñas como yo, hijastras del amor o hijas del vicio. Encerradas todo el mes, sacábannos a paseo algunas veces formadas de dos en dos, como

jauría de perros: todas éramos feas, como si en el rostro lleváramos pintada la turbación de una pasión culpable, la mancha de un placer infame o la priesa de un amor robado.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando salí del hospicio quise ganar honradamente mi sustento. Entonces supe que el pobre, con sus propias lágrimas, acibara el pan que come.

Vi al mismo tiempo, si no honrada, favorecida la holganza; pagados los favores de la hermosura con la pompa y el esplendor de la riqueza; vi hacer de la virtud comercio, de la belleza tráfico, del pudor mercancía, y me arrojé en la circulación de esos valores que respiran, cuya cotización casi regulan los poderes, y que algunos miran todavía como a más que bestias y menos que mujeres.

Entré en la bacanal de la vida vendiendo belleza a los que ya no pueden conquistarla; sentí sobre mi mejilla el beso frío del indiferente que da satisfacción al instinto sin sentir amor, y sobre mis labios rastreó, babeando, la boca inmunda del viejo decrépito y vicioso. La nieve de mi frente se trocó en cieno; las rosas de mi pecho se ajaron como flores presas por una mano abrasadora; a semejanza de las bacantes paganas, sentí en la boca el espachurrarse de los negros racimos oprimidos por otros labios más ardientes que los míos, y juntas con el jugo embriagador del fruto, me quemaron el rostro las llamaradas del sonrojo.

En vano protestó mi conciencia de aquella esclavi-

tud odiosa y denigrante. Apenas salían de mis labios frases de arrepentimiento, y ya en mis oídos sonaban risas de incredulidad.

Sólo para el mal encontré anchas todas las vías, risueños todos los rostros, generosas todas las manos. Llegó el día de mi muerte, y la vida que empezó en una calle, siguió en un hospicio y continuó en los más brillantes lupanares, acabó en un hospital, no templo de la caridad, sino lugar donde, al volver los ojos, creí ver revestidos los muros de espejos fidelísimos de mi pasado, no hallando por doquiera otra cosa que asco, vergüenza, odios y rencores. Viví reconociéndome inocente y despreciándome a mí misma... ¡Por lo que he sufrido, dejadme entrar en el reino de los cielos!

—Entrad las dos—dijo San Pedro—; pero tú, pecadora, entra delante; y vos, hermana, entrad también, mas no fundéis en vuestra virtud tanto orgullo, que si no os envío al infierno es porque ya lo habéis pasado en vida.

1877.

# EL CEMENTERIO DEL DIABLO

## I

El antiguo convento de frailes benedictinos que, situado cerca de Ferrara, fué a mediados del siglo XV uno de los más notables monumentos de Italia, es hoy una ruina que apenas da idea de la soberbia morada de aquellos siervos del Señor. Informes murallones, torres vacilantes sobre cimientos poco fimes, arcos rotos, columnas mal seguras, techos hundidos, puertas y ventanas abiertas a los vientos, esto es lo que queda del edificio en otro tiempo destinado a lugar de meditación, holganza y rezo. Las piedras ennegrecidas por el tiempo, los mármoles dorados por el sol, las estatuas mutiladas por el rayo y enterradas entre robustas ortigas y tenaces gramas, casi no pueden servir de datos al viajero para restaurar en su imaginación el convento arruinado, la iglesia derruída y el patio abandonado. Tal vez por un capricho de la suerte, ésta es la única parte del monumento que se conserva más entera y que con mayor fuerza ha re-

sistido a las tempestades de la Naturaleza y a la barbarie de los hombres.

Asidas a las labores de la piedra, rodeando los fustes de las columnas, han trepado las hiedras y las enredaderas; han brotado flores amarillentas entre las hojas del acanto que ornaba los altos capiteles; y do quiera se dirige la vista, encuentra viva la fuerza de la Naturaleza, reposando triunfante sobre las ruinas del esfuerzo del hombre. El tiempo, lento y seguro, revolucionario, ha ido, año tras año y lluvia tras lluvia, trocando en artísticos escombros una de las más hermosas fábricas de Europa; y hoy los ganados que se apacientan en los prados vecinos, vienen a protegerse del sol entre aquellas piedras augustas, mientras el pastor duerme a la sombra de las paredes silenciosas que en siglos pasados, a la hora del «Angelus», enviaban al cielo, en cadencioso cántico, un fervoroso himno de adoración a lo infinito.

Luego que las guerras obligaron a los frailes a abandonar su cómodo asilo, algunos grandes y poderosos de la ciudad vecina convirtieron el patio en cementerio. Todavía se conserva en pie la mayor parte de los magníficos sepulcros que labraron de consuno, para encerrar a los muertos, la vanidad y el arte de los vivos: que en ninguna parte lucha tanto el hombre contra el sagrado dogma de la igualdad humana como en los campos de la muerte. Allí se graban en duras piedras los títulos y honores de los que fueron; la ciencia, impotente para estudiar el alma, impide por algunos años la putrefacción del cuerpo, y el arte,

que no sabe devolver a la forma muerta la belleza, esculpe el mármol y cincela el bronce para protestar de la invasión espantosa que todo lo destruye y aniquila.

Pero de todos los lugares de descanso eterno, de todas las tierras en cuyas entrañas se pudren los cuerpos de los muertos, ninguna más hermoseada que aquel recinto del antiguo patio del convento. En las paredes de los claustros, que aún se mantienen firmes y como sostenidas por los vigorosos brazos de las figuras de los frescos medio borrados y confusos, se agrupan hermosos sarcófagos de blanco mármol; las estatuas yacentes oprimen con su peso las losas sepulcrales, pareciendo los fríos rostros como orgullosos de los interminables epitafios, y seguros de la inmortalidad; en el piso están enterrados de intento los humildes que quisieron ver sus nombres borrados por las plantas de los vivos; y por bajo de los arcos, ávidos de luz y de aire, ceñido el casco y la mano en la espada, reposan los que en otro tiempo pusieron miedo en el corazón de los más esforzados y valientes. Luego, en el patio, construídos al azar, de distinto aspecto, de forma diferente, de épocas diversas, de opuestos gustos, vénse tumbas, túmulos y sepulcros que, coronados por los rayos del sol u ocultos en la sombra, ceñidos de verdura o hundidos en la tierra, enteros y juntas las labradas piedras, o desquiciada la base al empuje de las raíces de los árboles vecinos, parecen, con sus inscripciones y sus símbolos, con sus letreros y sus fechas, protestar, en nom-

bre de sus habitadores silenciosos, de aquel eterno y forzoso quietismo. Allí la arquitectura ha agotado la belleza de la línea y prodigado la escultura el encanto de la forma. Todos los estilos, todas las tendencias están representadas, dándose juntas, como en un museo labrado por muchas generaciones, la sublime sencillez griega, la fastuosa decadencia romana, el pesado estilo románico, la lujosa ornamentación del bizantino, la ojiva gótica del católico, la mundanal arquitectura del árabe soñador e indolente, y luego, a modo de hermosa síntesis de la historia del arte, las maravillas de aquel Renacimiento que casi llegó a la perfección por el estudio de la antigüedad y la Naturaleza.

Hacía ya muchos años que el patio convertido en cementerio estaba completamente abandonado; la soledad reinaba sobre la hermosa ruina, que olvidada por el hombre se iba haciendo de más solemne aspecto a medida que las aguas y los vientos oscurecían la piedra, como si en ella se infiltrasen las nieblas que los inviernos engendraban, cuando los aldeanos de la comarca, los pastores y algún que otro viajero a quien la repentina tormenta obligó a guarecerse bajo aquellos muros, observaron que allí vivía un hombre, un ser extraño que, huyendo de los vivos, había buscado la paz entre los muertos. Corrió luego la noticia por los lugares vecinos, y no faltó quien se desviase de la senda que debía seguir para pasar junto a la ruina misteriosa, escudriñándola con curiosa mirada, ávido

de saber quién era aquel que de tan medroso sitio había venido a hacerse habitación.

Decíase que era un hombre alto y delgado, seco de carnes y abultado de huesos, largo de piernas y de brazos, de rostro enjuto, pelo rojizo y tieso, cejas muy arqueadas, orejas grandes, desmesurada boca; añadían los mejor enterados que al contacto de su mano se marchitaban las flores, y bajo su pie las hierbas; hubo vieja que dió por cosa cierta haberse secado en la pila el agua bendita de la iglesia cuando aquel hombre pasó una vez ante su puerta, y chico que afirmó haberle visto escupir una saliva que parecía hervir y olía a azufre; no faltó quien asegurase que en la oscuridad de la noche brillaban sus ojos con resplandores cárdenos, que eran sus uñas largas y encorvadas como garras de ave de rapiña; hasta se dijo que tenía en forma de rabo, horriblemente prolongada, la columna dorsal. Creyóse, en fin, ver en aquel hombre, si no una encarnación del diablo mismo, al menos un íntimo amigo suyo o un pariente cercano.

## II

Era una noche en que la luna iluminaba de lleno el patio y los claustros que le rodeaban, bañándose con su serena luz el blanco mármol de las estatuas,

que aparecían como sombras envueltas en sudarios, esmaltando el fondo oscuro del frondoso ramaje: noche apacible, en que apenas el viento agitaba las hojas de los árboles, y en que se escuchaban claros y distintos todos esos ruidos que únicamente en el seno de la soledad se escuchan, mientras la vista, fija en el cielo, intenta descifrar en vano las misteriosas frases que en el espacio escriben con fugitivos caracteres esas estrellas errantes que caen como piedras desprendidas de la rota corona de los dioses: noche augusta y poética en que lo incierto de los resplandores y lo intenso de las sombras poblaban la fantasía de medrosas visiones, el corazón de vagos e innombrados temores, inspirando al hombre las eternas y sublimes dudas que son toda la vida, toda la gloria y todo el trabajo de la humanidad.

Ocultas entre las hierbecillas, y brillando en lo más espeso de las tinieblas, como las ideas en el fondo del alma, esparcían las pequeñas luciérnagas su resplandor fosfórico; describían en el aire negros círculos los murciélagos; entonaban en las lagunas sus estridentes coros las desveladas ranas, y meciéndose en la copa de los árboles, ensayaban los tiernos y sencillos ruiseñores el dulce e intrincado gorjeo con que al clarear el día habían de saludar al sol y despertar a las dormidas hembras.

A tal hora y por tan medroso sitio vagaba el habitante misterioso de la desierta ruina, y al cruzar por entre las anchas calles de sepulcros, más parecía pavoroso fantasma que ser humano y vivo. De

cuando en cuando salían de su boca palabras de sonido metálico, contestadas a intervalos por ecos de cantos subterráneos, y poco a poco su figura comenzaba a iluminarse de un resplandor intensamente rojizo, como si a todas partes le siguiese y en torno suyo flotara una aureola de sangre luminosa.

—«Muertos—decía—enterrados entre los escombros de la destrucción y del olvido, volved a la vida, alzaos del sepulcro y corred al mundo... Sacudid el polvo que cubre los descarnados huesos, haced memoria de lo que antes fuisteis, id a continuar el drama o el sainete de vuestra existencia; y si la gloria, el amor o los placeres pueden, con sus coronas, sus triunfos y sus fiebres, daros la felicidad o la dicha, vivid eterna y perdurablemente; pero si os convencéis de que el amor, la juventud y la fe son, cuando huyen del corazón, aves que jamás vuelven al nido; si sacáis de los placeres embotada la sensibilidad y envejecido el cuerpo; si el ansia de vuestras almas no se sacia; si el vaso de vuestros deseos no se colma, entonces, tornad a la tierra en que reposáis ahora, y aguardad en ella resignados la solución del gran problema.»—Tal dijo, con un acento entre satírico y solemne, y en seguida, por las aristas de los bronces y los perfiles de los mármoles, corrieron llamaradas fosfóricas pálidamente azules o débilmente violadas, que brotando de entre las junturas de las piedras y las grietas del suelo, iluminaron tristemente los sepulcros, dejando asomar manos huesosas y crispadas, que con el ansia de la vida se agarraban al

borde de las tumbas. Como movida por subterráneo empuje hinchábase la tierra, y por entre sus negras hendiduras, asidos a las raíces de los árboles, iban trepando los blancos y pelados esqueletos, ahuyentando unos de las vacías órbitas los tenaces gusanos y colocando en ellas los ojos recogidos del suelo, mientras otros, a tientas, buscaban por los rincones de las tumbas los esparcidos miembros. De los nichos del muro bajaban, sujetándose a las labores de las piedras, oculto el calvo cráneo por la cogulla parda, los frailes, antiguos habitadores del recinto; de entre los haces de columnas que sostenían las bóvedas del claustro, se levantaban, dejando oir el chocar de las armas con los huesos, los guerreros que, siempre a pelear dispuestos, fueron enterrados vestida la loriga y empuñado el mandoble; las losas, desgastadas por los pies de los vivos, se alzaban silenciosas para dar paso a los muertos que, como volviendo de un desmayo, estiraban los entumecidos miembros, mientras alguno que otro dejaba ver en el prolongado bostezo las desiertas mandíbulas... Por el ambiente, embalsamado con el aroma de la campestre mejorana, esparciéronse los fétidos alientos de las bocas sucias por la mentira; y el hedor de los miasmas que las conciencias despedían, infestó el aire. Quién, revolviendo los escombros de su propio sepulcro, se ceñía los rasgados jirones de un manto que fué rojo; quién trataba de ajustarse en las desvencijadas coyunturas los deformados huesos; éste procuraba hurtar algunos dientes, y aquél andaba a caza de una es-

pina dorsal menos viciada que la suya, en tanto que la voz robusta del diabólico personaje repetía: —«Id, respirad de nuevo, ocúltense vuestros huesos entre músculos y cúbralos la piel; surquen las venas vuestros cuerpos, vibren los nervios mensajeros de las sensaciones; pensad, sentid, amad, aborreced de nuevo; corred al mundo y encontradlo todos como cada uno lo dejó cuando llegó la hora de su muerte.» Dijo; y entonces, a aquel bullir, a aquella latente y sorda agitación de tantas fuerzas, fué sucediendo, creciente y como en invasión tremenda de voces, ayes, rezos, suspiros, maldiciones y gritos que asaltan el espacio, la infernal balumba y el ronco hervir de un mundo muerto que despertaba a nueva vida.

Ya vacías las tumbas, solos y abandonados los sepulcros, oyóse primero el ruido que producían en la arena las huesosas plantas y el desgajarse de las ramas, dando paso a los que yacían entre la maleza y las ortigas; después, libre de tropiezos y vallas, a carrera tendida, la muchedumbre corrió hacia la puerta de salida, resguardada por una fuerte verja, de la cual sólo un estrecho postigo estaba abierto. Con tal fuerza y tal ímpetu se abalanzaron allí todos, que en cayendo unos, caían otros sobre ellos como oleadas de huesos, sin que el crujir de los cráneos aplastados, el rechinar de los tronchados brazos, los ayes, las voces, las imprecaciones y lamentos detuvieran un momento la violencia de los que iban llegando sin querer darse punto de reposo en el asalto de aquella puerta, que desde el campo de la muerte

parecía la brecha de la vida. Los fuertes subían sobre montones de caídos; los corpulentos derribados eran punto de apoyo para los ágiles y astutos; sobre los restos de los viejos encaramábanse los jóvenes; la dama servía de escabel al caballero; en la frente del soberbio apoyaba el humilde la planta ensangrentada; los jirones del manto del magnate quedaban prendidos entre las uñas del envidioso; juntas la prostituta y la señora, pugnaban por alzarse una en perjuicio de otra, y, cuidadosos todos de sí propios tan sólo, ni había quien a otro facilitara ayuda, ni quien pensara recibirla, ni amigo que ayudara al amigo, ni ministro de Dios que sostuviese al débil, ni padre que en sus hombros aupase al pequeñuelo. Nadie pensaba sino en la bárbara conquista del reducido espacio de la puerta, casi cegada ya por la latente masa de vivos sepultados bajo muertos.

Fuera del terrible recinto, los que habían logrado trasponerlo, caminaban en derechura, y sin volver atrás los ojos, hacia la ciudad inmediata, cuyas altas torres, como gigantes silenciosos, parecían velar por los dormidos habitantes; y conforme andaban, a cada paso que iban dando, recobraban la forma que tuvieron en la vida, y juntamente con los accidentes físicos renacían en ellos los defectos y las cualidades morales.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Los altos muros, el oscuro ramaje que como espesa cinta de verdura rodeaba las casas bañadas por la luz de la luna; el gemir de las fuentes entre las api-

ñadas flores de los jardines inmediatos; los casi imperceptibles ruidos que, como respiración difícil, se alzaban de la ciudad dormida, todo contribuía a lo extraño de la escena. Pero si al dejar en tropel el cementerio las turbas de esqueletos presentaban, con sus blancas osamentas y sus despedazadas y carcomidas vestiduras, un aspecto asqueroso, a medida que se iban acercando a las moradas de los vivos, las ropas recobraban sus formas y colores, las armas su brillo, resplandecían los brocados, crujían las sedas, sonaban las espuelas, los velos de las mujeres y las plumas de los cascos de los hombres se dilataban en el viento, y en carnavalesca caravana, envueltos en el turbión de polvo que en su carrera alzaban, juntos corrían damas, pajes, magnates, soldados, meretrices, frailes, villanos y bufones, tronchando a su paso las zarzas, las flores y las mieses, sin cuidarse de los desgarrones y arañazos que se hacían en los abrojos del camino de la vida.

Por fin llegaron todos a las puertas de la ciudad, y primero en grandes pelotones, después en numerosos grupos, luego en otros menores, fueron diseminándose, yendo unos a suspirar ante una reja o vengar una injuria, a buscar aventuras o llorar desgracias, a esperar fortunas o placeres, a refugiarse en su hogar quien lo tenía, y alguno, acurrucándose en el umbral de una puerta, a pedir con la limosna la incierta y vergonzosa renta de mendigo.

El enamorado que, henchida el alma de ilusiones, y con la sonrisa en los labios, murió en un desafío, y

al expirar por la que amaba la envió en el último movimiento de su brazo el último beso de su boca, corrió de nuevo ante los hierros que pretendió ablandar en otro tiempo a fuerza de juramentos y ternezas, y apoyado en los mismos barrotes en que él se reclinaba cuando esperaba impaciente la anhelada cita, topó con otro galanteador afortunado, a quien la misma voz, cuyos ecos él conservaba en los oídos, decía, enamorada y sumisa: «No he querido a nadie más que a ti.»

El avaro que a costa de hambres y desvelos juntó un tesoro y en el hueco del muro o al extremo del huerto lo ocultó gozoso, temiendo que lo mermasen las miradas del pariente famélico, fué hacia su miserable albergue, y en el mismo solar halló elevada la lujosa morada del pródigo que disfrutaba sus bienes, y a través de los costosos vidrios, por entre las rendijas de las puertas y los agujeros de las llaves, miró furioso la opípara mesa del festín, en cuyo derredor los convidados reían el burlesco brindis que, a la memoria del difunto, consagraba el heredero afortunado.

El esposo que había muerto sintiendo en el helado rostro caer las ardientes gotas del llanto de la esposa, halló ocupada su parte de tálamo por uno que, en segundas nupcias, recibía casi lo mismo que él en las primeras, cuando creía que el amor es un fuego que nadie puede encender dos veces en la vida.

El orgulloso de su estirpe encontró su blasón cubierto por la muestra de un tendero; el envidioso vió el al-

to puesto blanco de sus tiros, ocupado por quien valía menos; el que había consumido en el estudio sus días y cegado sus ojos, halló sus obras criticadas por necios que habían aprendido en ellas lo poco que sabían; el rey vió a la ensoberbecida muchedumbre asaltar, triunfante, su palacio, y vió derribadas sus estatuas por la plebe rastrera que antes le vitoreaba y temía; el prelado que murió de ahíto predicando el ayuno y hablando de Dios, vió a Dios negado e invadidas las naves de su templo por el populacho amotinado; el que tuvo una duda, la encontró desmentida si era grata, y si era triste, confirmada; el que abrigó una ilusión, de tan perdida no la pudo hallar en parte alguna; el que sintió un deseo, lo vió colmado en su enemigo; el que adoró a una mujer, la halló traidora, y quien tuvo un amigo se convenció de que era falso.

## III

Aún no luchaban con las primeras claridades del alba las últimas sombras de la noche, la ciudad estaba todavía tranquila, cuando los muertos, unos furiosos y a gran paso, lentamente y cabizbajos los más, habían vuelto al cementerio todos.

.................................................................

Era de ver cómo las lápidas de los sepulcros acusa-

ban luego la índole de cada cual. Las losas levantadas con fuerza y dejadas caer con rabia,, indicaban las tumbas de los irascibes; otras, bien encajadas en sus huecos, mostraban el sitio donde habían tornado a reposar los resignados, y eran muchas las que nadie se había cuidado de remover ni colocar sobre sus dueños, que, amargada el alma por la decepción y el abatimiento, reclinadas en la sucia y húmeda tierra, dejaban que la luz indecisa del crepúsculo iluminara pálidamente sus cuerpos, nuevamente comidos de gusanos.

Entonces el fantástico engendro, mezcla de hombre y diablo, abarcando con la vista aquel campo de dolores aún vivos y de esperanzas ya muertas, extendió los brazos sobre las tumbas, y dijo sonriendo: —«Dormid en paz.» Quiso luego alejarse de aquel lugar maldito, cuando a un extremo del claustro, bañado en la indecisa claridad de la mañana, vió con asombro una tumba vacía, y exclamó admirado:

—¡Uno falta!

Avido de satisfacer su curiosidad, corrió a un registro del cementerio, pasó rápidamente los folios buscando el número correspondiente al del sepulcro vacío, y un momento después lo encontró, unido al nombre del difunto, y seguido al margen de una nota que decía:

«Fué loco».

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al otro día, los que madrugaron en la villa teatro del suceso, hallaron con espanto, tendido sobre las

piedras de una calle, el cadáver de un caballero asesinado. Era el pobre loco, único que prefirió a la tranquila podredumbre de la muerte el esplendor y los placeres de la vida..............................

..................................................

Hoy las nieblas y las lluvias cubren de verde y afelpado musgo las solitarias tumbas; el viento del otoño arremolina y amontona sobre ellas las hojas secas, que, en lluvia de oro, caen de los copudos árboles; sobre la losa sepulcral del orgulloso se gozan con el sol las lagartijas, y en la tierra que cubre los últimos restos del humilde, crecen vigorosas y se arraigan lozanas la siempreviva y el rosal silvestre.

1880.

# EL RETRATO

«Querida Julia: Ya que tanto te interesas por mí, voy a confesártelo todo, abriéndote mi corazón; que si la espontaneidad y la franqueza hacen a la amistad más firme, en cambio la excesiva reserva la debilita y aminora.

Lo que temes es cierto; no soy feliz. Nuestra brillante posición, nuestra riqueza, la paz que se disfruta en mi casa y el afecto entrañable que hijos y padres nos tenemos, devolviéndonos el cariño multiplicado, como los espejos devuelven las imágenes, no bastan a disipar la tristeza que se ha apoderado de mi alma.

Sabes que nuestra fortuna es muy reciente, casi de ayer. ¿Te acuerdas cuántas veces tu generosidad vino en socorro de mis necesidades? Tal vez lo olvides, como toda alma grande olvida los beneficios que dispensa; yo recordaré siempre tus favores, que si quien hace el bien no ha menester guardarlo en la memoria, quien lo recibe debe grabarlo en su alma.

Vivíamos pobres, pero contentos, sostenidos por una resignación muy parecida a la esperanza, cuan-

do de pronto varió nuestra suerte, y aquella estrechez, casi rayana en la necesidad, vino a trocarse de repente en una riqueza que toca en la opulencia.

Hace cuatro años, durante el invierno, sufrió mi marido un fuerte ataque de reúma, y los médicos le aconsejaron que tomase los baños de Aljama en la primavera próxima, si quería precaver los efectos del mal para el invierno inmediato; por cierto que tú me prestaste los cuatro mil reales que nos hicieron falta. Desde aquel viaje data nuestra riqueza. Juan se encontró en Aljama con un antiguo amigo y condiscípulo suyo, que se llamaba Mateo Resmilla, pobre y desgraciadísimo cuando fueron juntos estudiantes, pero, a la sazón, muy rico y tan feliz como se lo permitían los tenaces dolores que le habían llevado a la misma casa de baños que a mi Juan.

Era Mateo Resmilla un hombre moreno, pequeño, grueso, coloradote, pesado, de movimientos tardos, de cuello corto, con una gran predisposición a dormirse en cualquier postura, fácilmente irritable y con todos los caracteres de un temperamento marcadamente sanguíneo, de esos que parecen a todas horas amenazados de una congestión cerebral. Recordaron, al verse, los días de su juventud, las mañanas en que iban juntos a la Universidad, los apuros en vísperas de examen, la mala cama y peor comida que la patrona les daba, los aprietos en que les ponía su falta de dinero, y aun tengo para mí que recordarian también alguna de esas aventuras que todos los hombres han tenido de muchachos, y que rara vez

llegamos a saber nosotras. Durante aquellos pocos días, su amistad se reanudó tan sólidamente, que a las preguntas indiferentes sucedieron las inspiradas por el cariño verdadero, y entonces supieron ambos que su posición era completamente distinta. Mi Juan estaba pobre: para él y su familia sólo contaba con los ocho mil reales del destino al que hizo oposición cuando acabó la carrera: en cambio Resmilla, que fué a Cuba desesperado, había hecho una gran fortuna.

Empezó por lo que comienzan muchos de los que allá van sin más recursos que su voluntad ni otro apoyo que su propia energía; es decir, por barrer una tienda en la que entró de criado, de la cual fué luego dependiente, en la que figuró después como socio y de la que al fin llegó a ser dueño, convirtiendo en opulenta casa de banca el miserable tenducho a cuya puerta llamó, desamparado y miserable. Todo esto se lo explicó Resmilla con muchos detalles a Juan; pero no le dijo la cantidad a que ascendía su capital, ni era tampoco fácil suponerla, porque vivía modestamente: su único lujo consistía en fumar tabacos exquisitos y llevar en el dedo meñique de la mano izquierda un brillante magnífico.

Terminados los baños al cabo de nueve días, resolvieron volver juntos a Madrid, y, para viajar cómodamente, tomaron ellos dos los tres asientos de la berlina de la diligencia que había de llevarles desde el pueblo hasta la estación más próxima del camino de hierro.

Eran ya los últimos días de mayo; hacía mucho calor; el coche iba despacio, envuelto en densa y sofocante polvareda; el sol caía de plano sobre los campos abrasados; no se movía un pelo de aire, y los árboles secos, que de trecho en trecho se veían en las laderas del camino, dejaban caer las ramas lacias, sedientas y sucias. ¡A medida que pasaban las horas arreciaba el calor, un calor sofocante, intenso, que caldeaba la caja del coche, hacía sudar copiosamente a las pobres mulas, que lo arrastraban a fuerza de latigazos, y arrancaba de cuando en cuando frases de mal humor y de impaciencia a los dos infelices viajeros. Mi marido, en apariencia más endeble, pero en realidad más fuerte que Resmilla, soportaba aquellas molestias; pero éste comenzó a sentirse mal, sufrió un mareo, le dieron dos o tres vahídos y concluyó por perder el sentido, alarmando a Juan, que procuraba, inútilmente, hacerle volver en sí.

Al caer la tarde, llegó la diligencia a un pueblo de no escaso vecindario, donde habían de cenar los pasajeros y mudar el tiro los zagales para continuar el viaje; pero Juan, viendo el mal estado de Resmilla, ni quiso aceptar la responsabilidad de meter a su amigo en el coche tal como se encontraba, ni pudo abandonarle, solo y entre gentes extrañas. Mandó, por tanto, bajar los equipajes de la baca, pidió un cuarto con dos camas, acostó al enfermo, con ayuda de un criado, y se preparó a pasar la noche en aquella mala posada, disponiendo antes que llamasen al médico del lugar.

Cuando éste llegó, Resmilla había recobrado el sentido.

—No te alarmes—le dijo Juan—, esto no es nada. Nos hemos embaulado en ese maldito coche en seguida de almorzar, te has mareado, has hecho mala digestión... En fin, esto no es nada. Nos iremos por la diligencia de mañana.

El médico examinó cuidadosamente a Resmilla, escribió una receta, ordenó que le dieran poca conversación, y salió del cuarto haciendo una seña a Juan para que le siguiese.

Fuera ya de aquel aposento, le habló así:

—¿Es usted pariente de ese caballero?

—No, señor; soy solamente su amigo; pero no he creído conveniente dejarle aquí solo y en ese estado.

—Pues ha hecho usted perfectamente, porque ese señor está muy grave. Eso que usted ve es, ni más ni menos, que una congestión cerebral de las que vienen espada en mano, y contra las cuales nada podemos. Si tiene familia, avísela usted; si es creyente, dígale usted que se prepare, porque esto va muy de prisa. Y como no sea para cosa grave, que no le hablen: el cura, el escribano y usted... pero poca, poca conversación.

Figúrate cómo se quedaría Juan. Dudó mucho antes de decidirse; pero, ¿quién acepta la responsabilidad de dejar morir así a un hombre, sin prevenirle del riesgo que corre, sin pensar en que puede tener familia a quien desear ver, o graves asuntos que arreglar? Juan mandó llamar al alcalde, que estaba

en un café inmediato jugando al dominó, habló con él unos instantes, teniendo la dicha de tropezar con un hombre listo, y aprovechando luego un momento de lucidez en que Resmilla era dueño de todas sus facultades, entró a verle.

—Creía que dormías, y por eso no entraba.

—Me siento mal, muy mal: ven, quiero hablarte, más cerca... Esto se acabó... Hace dos años tuve otro ataque, y me dijeron, o mejor dicho, yo averigüé que los médicos afirmaron que, si me repetía... en fin, yo conozco que me muero. Haz que vengan un escribano y testigos.

Salió Juan del cuarto, no sin haber procurado consolar a su infeliz amigo, mandó venir a un escribano, entraron como testigos el alcalde y un hermano suyo, y un momento después Resmilla dictó su testamento con voz clara, en términos breves, y lo firmó sin que la mano le temblara.

Pero tú figúrate cuál sería la sorpresa de Juan cuando, al hacer la institución de heredero, Resmilla declaró que no tenía familia y que dejaba toda su fortuna, de cerca de un millón de duros, a su amigo don Juan de Alerce. ¡A mi marido!

En vano Juan, asombrado de lo que oía, quiso contradecirle, preguntarle si no tenía otros deberes que cumplir o instrucciones que darle: Resmilla se ratificó en lo dicho, rogó al alcalde que se aproximara a la cama, repitió clara y terminante su voluntad, aseguró que no tenía familia, y añadió por último:

—Que me entierren modestamente, y tú, Juan,

haz construir en mi pueblo una escuela; dinero te queda para eso y mucho más.

Dos horas después, Resmilla era cadáver y nosotros éramos ricos. A los tres días Juan salía para Madrid: a los cuatro meses estábamos en posesión de la fortuna de aquel hombre, que por tan extraño modo nos había hecho poderosos.

¡Qué cambio se operó en nuestra casa, y aun en nosotros mismos! Juan hizo dimisión del destino; alquilamos un cuarto mucho mejor que el que teníamos; sustituímos el mobiliario viejo, reunido poco a poco, por uno encargado de pronto y pagado en el acto; nos abonamos a la ópera; me hice trajes magníficos; tomé un aya francesa a los chicos; variaron radicalmente nuestros gustos; casi se torcieron nuestras inclinaciones, como si al contacto del oro, que los disculpa, pudieran desplegarse les defectos... pero seguimos queriéndonos y estimándonos cual si fuéramos pobres. Estoy segura de que ni Juan gasta un duro cuyo empleo yo no conozca, ni yo doy un paso que él no pueda seber.

Y, sin embargo, me falta aquella dicha tranquila y reposada de los tiempos pasados: desde hace algunos meses bulle en lo hondo de mi corazón una pena, como una burbuja de aire en el fondo de un vaso; no es suficiente para agitarlo, y basta para conmoverlo...

Ya sabes que mi padre tuvo la manía de los pergaminos y los blasones: por eso, cuando me casé, me dió, entre otras muchas cosas, dos cuadritos pe-

queños en que él mismo había dibujado nuestro escudo, un jeroglífico muy raro, que sólo él sabía descifrar, en el cual se veían dos pajarracos estupendos, una maza que parecía una badila, dos calderos y un perro. Pues bien; hace poco mi marido quiso arreglar un salón, vino un tapicero a casa, tomó medidas, echó líneas, trazó proyectos, y, por último, nos preguntó que cómo deseábamos los cortinajes, aconsejándonos que los hiciésemos muy anchos, de felpa roja y con nuestro escudo sobrepuesto, bordado en sedas en el centro. Ya iba yo a contestar que no teníamos escudo, cuando Juan le repuso:

—Bueno; vuelva usted dentro de unos días, y le daremos el dibujo.

Mi marido se había acordado de los dos cuadritos que me dió mi padre cuando nos casamos.

Efectivamente, y como yo sospechaba, apenas se fué el tapicero, Juan me preguntó por los dos escudos para escoger el que «hiciera mejor».

—Están en la buhardilla—le contesté.

—Pues mándalos bajar.

Di a un criado la orden, pero no supo hallarlos; confié el encargo a mi doncella, que tampoco dió con ellos; y, por último, me decidí a subir a buscarlos yo misma, pues aunque la pretensión de Juan me parecía ridícula y el viaje a la buhardilla me hacía muy poca gracia, con todo transigía antes que con tener un disgusto por tan trivial motivo.

A la mañana siguiente subí al desván, donde, por cierto, no había estado desde que nos mudamos de

casa, y donde, además de nuestros trastos viejos, se habían hacinado también algunos muebles en mal uso de los que tuvo en su cuarto de una casa de huéspedes el infortunado Resmilla. Dos horas largas pasé buscando los escudos de mi nobleza: por fin los encontré en un rincón, con los marcos deshechos, los cristales rotos y el color comido por el tiempo.

Iba ya a salir de aquel desván oscuro y sucio, cuando hacia un extremo vi colocados, sin orden ni concierto, los muebles del pobre Resmilla: una taquilla desvencijada con los cajoncillos volcados sobre un serón de esparto; una butaca coja con el respaldo grasiento y el cuero despellejado por las uñas de los gatos; un armario de pino pintado y un veladorcito de caoba deslucida, lleno de manchas de tinta, sobre las cuales resaltaban unas cuantas gotas de esperma. ¡Qué muebles tan viejos y tan sucios! ¡Qué emoción tan dulce y tan intensa! Nadie podrá explicar cómo brotó la sensación que experimenté. Nadie sabrá decirme por qué modo misterioso aquellas maderas apolilladas y mugrientas despertaron en mi alma un sentimiento tan poderoso y profundo. Los ojos se me arrasaron de lágrimas, y dejé caer al suelo los dos cuadritos de los escudos.

Procuré serenarme para salir de allí, y ya iba a meter la llave en la cerradura, cuando, vuelto contra el muro, vi un cuadro que, por su forma y su tamaño, me era desconocido. Pensé que sería también de Resmilla, y acercándome a él logré, aunque pesaba mucho, ponerlo de frente hacia la poca luz que entra-

ba por un ventanuco estrecho cubierto por una cortinilla natural de polvo y telarañas. Era un retrato de hombre joven, moreno, pequeño, grueso, coloradote y corto de cuello...

Me figuré quién era, pero no me bastaba la sospecha, y aquella misma tarde pregunté a Juan:

—¿De quién es un retrato de hombre que hay en la buhardilla, y que yo no conozco?

—¿Uno rechoncho, muy encendido de color, ordinario, vulgarote y corto de pescuezo?

—Sí; ése.

—Pues, ¡toma! Ese es el retrato de Resmilla.

.....................................

¡Sí, Julia, sí! Era el hombre a quien debemos nuestra fortuna; el que aseguró el porvenir de nuestros hijos; el que convirtió en personaje al empleadillo de ocho mil reales; el que cubrió de brillantes mis dedos ennegrecidos por las picaduras de la aguja. Aquella imagen, por ridícula que fuese, debía ser sagrada para nosotros y estar en el mejor salón de nuestra casa, en el mismo salón donde Juan quiso poner, y al fin puso, los escudos de mi padre.

Te confieso que, desde entonces, sin haber dejado de querer a Juan, le estimo mucho menos; porque es de los que ignoran que hay en el mundo algo más hermoso que hacer bien: agradecerlo. ¡Adiós!

Tuya siempre, X...»

1883.

# EVA

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Aquel día tenía yo mucho que escribir. Me levanté temprano, di unos cuantos paseos por mi cuarto, tomé una taza de café puro y me senté ante las cuartillas.

Pocos minutos después adquirí el convencimiento de que no haría cosa de provecho. Hay años, decía Murger, en que no está uno para nada. A esta frase, de sublime pereza, pudiera añadirse otra de mera observación: Hay días en que la inteligencia se niega a trabajar, como chico de escuela que despierta con la firme resolución de hacer novillos.

Emborroné unas cuantas hojas de papel, escribí, taché, volví a escribir, taché de nuevo, y persuadido de que no lograría nada, me marché al Retiro.

Eran ya los últimos días del otoño. Las enramadas y los bosquecillos empezaban a teñirse de tonos pálidos y amarillentos. Algunos troncos, prematuramente desnudos, extendían sus ramas secas a través de los macizos de verdura. El suelo estaba húmedo, y el viento, desapacible y fresco, arremolinaba las ho-

jas caídas y abarquilladas en torno de los huecos cavados para el riego al pie de los árboles. Los paseos estaban casi desiertos. De cuando en cuando se veía un cura solitario, una niñera cogida de la mano con un soldado, un guarda que se paseaba tranquilamente con una estaca bajo el brazo, o una pareja compuesta de estudiante y modista, a quienes tal vez ocurrió con las agujas y los libros lo que a mí con las cuartillas. Oíase a lo lejos el graznar de los patos, que se aburrían en los estanques, el rugido de alguna fiera enjaulada y el canto de algún carretero que, a veces, introducía en su copla interjecciones soeces y gritos salvajes para animar a las cansadas mulas. Alzábase a lo lejos el sordo murmullo de la villa del oso, y el sol, cayendo al lado opuesto de Madrid, doraba con reflejos vivísimos los contornos de las nubes blancas y menudas que jaspeaban el azul purísimo del cielo.

Decidido a darme un buen paseo, anduve de prisa, me alejé de las gentes, busqué los lugares más apartados, dejé atrás una plazoleta donde jugaban al marro los escolapios, y me interné por los senderos de aquella parte que se extiende entre el sitio de la antigua fuente de la China y el estanque grande. Los pinos de mediana altura, los almendros secos y algunos robles raquíticos, forman allí bosquecillos tupidos, caminitos que se desarrollan en pequeñas curvas, y que, dando caprichosas vueltas, vienen a resolverse luego en una alameda larga, flanqueada por macizos de ebónibus y cipreses enanos.

Al llegar al arranque de esta alameda, vi delante

de mi una pareja encantadora. Componíanla una dama de airoso cuerpo, vestida con elegante sencillez, y un niño de cinco o seis años, alegre y revoltoso, que corría de un lado para otro, tirando y recogiendo una enorme pelota de goma.

Si el niño se alejaba mucho, la madre le decía:

—«No corras tanto, no te caigas»—, y otras veces, cuando la criatura se quedaba rezagada, la señora permanecía parada, esperándole, volviendo hacia el sitio por donde correteaba, para no perderle de vista ni un momento.

En una de esas paradas pude verla de frente. Era una mujer de veinticinco a treinta años, en toda la plenitud de una hermosura llena de promesas y atractivos. Su tez era blanca y ligeramente sonrosada como las flores del almendro; tenía los ojos grandes, rasgados y de un negro profundo y aterciopelado. El pelo, que en sueltos mechoncillos la cubría el cuello, escapándose de los adornos del sombrero, era de un rubio oscuro surcado en algunos sitios por hebras de otro rubio más claro, que parecían hilos de oro, y por bajo del esbelto talle y la falda estrecha que acusaba la preciosa curva de las caderas, se asomaban a intervalos los pies pequeños, altos por el torso y calzados con zapatitos bajos, dejando ver a cada paso algo de las medias pálidamente azules.

Había en su figura elegancia, riqueza, coquetería y gracia. Era una de esas mujeres que sorprenden, encantan y pasan a nuestro lado suspendiendo la conversación con el amigo o el monólogo de uno mismo.

Era de esas a quienes se sigue un momento con los ojos, y que cuando desaparecen tras una esquina o se confunden en un grupo, dejan en el ánimo una impresión entre penosa y agradable, mezclada de admiración hacia ellas y envidia de quien las posea.

Obligada a seguir los juegos del niño, andaba más de prisa que yo, y llegó a adelantarse tanto, que casi la perdí de vista. Me interné entonces por una calle de árboles paralela a la que ella seguía, y sin ser sentido la alcancé de nuevo, para observarla más a mi gusto.

El niño, que seguía corriendo, cogió de pronto la pelota, volvió hacia atrás, y presentándosela en las manecitas alzadas, dijo:

—«Mamá, tíramela tú.»

La señora tomó la pelota, la echó a rodar, y el niño se abalanzó tras ella.

Repitióse el juego, yendo la pelota a parar cada vez más lejos, hasta que la madre, mientras la criatura corría delante, acortó el paso, se paró de pronto, y volviendo la cara hacia uno y otro lado, miró rápidamente en torno suyo.

Oculto yo tras un robusto tronco, no pudo verme, y un instante después el niño apareció al término de la alameda. Seguí escondido, continuó ella parada, llegó el niño, y presentando de nuevo el juguete a su madre, dijo:

—«Más lejos, otra vez.»

La pelota volvió a rodar, despedida de la mano con mayor fuerza, y la criatura echó a correr en su busca,

hasta perderse tras uno de los arbustos que ceñían el paseo por ambos lados.

Entonces la madre miró de nuevo en derredor y adelantó tres o cuatro pasos hacia el borde del camino. De entre un macizo de plantas, que aún conservaban sus hojas verdes y pomposas, salió un hombre joven, y con rapidez increíble cogió a la dama una mano, que ella le abandonó sin apartar los ojos de la dirección por donde había desaparecido el niño: él, ciñendo su brazo a la cintura de la hermosa, la atrajo hacia sí para besarla, pero ella hizo un movimiento, más de temor que de resistencia, y el beso, destinado a la mejilla o a los labios, fué a caer callada y silenciosamente sobre la seda del abrigo que cubría sus hombros. Todo sucedió en un segundo. El hombre se ocultó, dejando entre las manos de la mujer un papel, que ella guardó en el manguito; oí un «¡adiós!» dicho en voz apenas perceptible, y el niño apareció al final del paseo, risueño, sudoroso, cansado, y con la pelota en la mano.

—Vámonos ya, que es tarde—dijo la dama.

—Otro poco—respondió el niño.

Continuaron su paseo. Yo les seguí de lejos, y al llegar a la puerta de Alcalá, en la entrada del Retiro, se adelantó hacia ellos un caballero de noble aspecto, joven aún, pero cuya barba empezaba a blanquear.

El niño, al verle, corrió, tendiéndole los brazos; esperóle él con los suyos abiertos, y alzándole hasta la altura de su rostro, estampó en la cara del muchacho tres o cuatro besos largos, ruidosos y apretados.

Un carruaje esperaba a poca distancia.

Subieron en él los señores, empinó el lacayo al pequeñuelo hasta sentarle frente a sus padres, y partieron. Yo tomé el tranvía en la esquina de la calle de Recoletos, y ya porque el coche anduviera lentamente o el tranvía corriese demasiado, ambos vehículos subieron al mismo tiempo la calle de Alcalá.

De pie sobre la plataforma posterior, fuí mirando largo trecho aquella figura de mujer elegantísima, en que cada rasgo era un hechizo y cada movimiento un encanto. Pero lo que más me cautivaba era su aspecto de noble y severa dignidad.

Parecía orgullosa de llevar junto a sí al esposo que, quizá tras un día de trabajo, había ido a buscarla; enfrente iba el niño, que personificaba todas las dichas y todas las esperanzas del hogar. Las mujeres la contemplaban con envidia; los hombres la miraban con asombro; muchos la saludaban con respeto.

Al llegar ante la iglesia de las Calatravas miró hacia la puerta del templo, alzó la mano aprisionada en un precioso guante, y pasándola ante su hermosísimo rostro, hizo la señal de la cruz.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El coche se perdió a lo lejos. Alguna vez he vuelto a verla por Madrid, pero nunca he querido preguntar quién era, temiendo que me contestasen:

—«Se llama Eva.»

1882.

# BODA DESHECHA

## I

Cae la tarde. La marquesa de Valplata está en su gabinete, medio tumbada sobre una butaca larga y apoyando la cabeza contra un montoncillo de pequeños cojines de raso. Desde la habitación, que pertenece a un piso bajo, se ve un trozo de plaza ajardinada, con céspedes húmedos, paseos estrechos, la arena convertida en barro seco por el tránsito y las escarchas, la casilla del guarda con una hoguera ante la puerta, y varios arbustos escuetos, de cuyas ramas cuelga todavía alguna hoja seca que no han logrado arrebatar los vientos.

La marquesa, fija la vista en la vidriera del balcón, mira pasar indiferente las gentes que cruzan por la plaza. Su figura inmóvil, como inanimada, se dibuja encima de la butaca, destacando los ropajes blancos sobre el raso negro del mueble. Tiene una mano escondida entre los rizos despeinados y negros, caída la otra a lo largo del cuerpo, sosteniendo un

abanico japonés, con que momentos antes evitaba el resplandor molesto de las llamas de la chimenea, y por su falda, vueltas las páginas contra la tela, va resbalando hacia el suelo una novela francesa que ya ha dejado de leer por faltarle la luz.

La claridad del día mengua poco a poco; los rincones del gabinete son los primeros que se hunden en la sombra. Ya han desaparecido el mueblecito maqueado cubierto de porcelanas y juguetes, el piano abierto, con una tanda de valses sobre el atril, y los cuadros que cuelgan del muro y en cuyos cristales brillan reflejadas las llamas de la chimenea. La dama no separa los ojos del balcón; cada minuto pasan menos gentes, todas van de prisa, como empujadas por el frío, y al cruzar ante los vidrios, sus sombras parecen deslizarse rápidamente por el techo del gabinete. De pronto, el aire transparente y diáfano empieza a jaspearse de millones de puntos blancos, movibles, que caen calladamente, deshaciéndose al tocar en tierra.

De allí a poco nieva con más intensidad: los copos, hallando secas las piedras y la arena, van sosteniéndose unos a otros, como débiles que se ayudan, toman consistencia, y al cabo de un rato la plaza queda blanca, los árboles comienzan a cubrirse de encajes, las líneas salientes de los edificios se dibujan con la nieve detenida, los ruidos lejanos van debilitándose insensiblemente, y las huellas de los transeuntes quedan borradas apenas se levantan los pies del suelo.

Una pobre mendiga se para de repente ante el balcón, ve a la marquesa iluminada por los resplandores de la chimenea, y, alzando los ojos, tiende la mano hacia la señora, que continúa inmóvil. Las miradas de ambas mujeres se cruzan, se comprenden, y ambas insisten; la mendiga sigue con los ojos en alto y la mano extendida; la dama continúa como clavada en la butaca. Y, sin embargo, ha visto la figura y el ademán de la pordiosera; ha reparado en su falda harapienta, en sus brazos mal cubiertos por un mantón raído hasta transparentarse, en su cuello desnudo, amoratado por el frío, y en sus pies descalzos, que parecen irse hundiendo en la nieve, porque la infeliz no se aparta de allí y sigue pidiendo con la tenacidad del hambre. De pronto llega un sereno, que enciende un farol situado frente al balcón; el gabinete recoge avaro un poco de aquella claridad amarillenta, y las dos mujeres continúan mirándose; la mendiga tiritando de frío, la dama casi molestada por la viveza de las llamas de la chimenea, que se reflejan temblando en las superficies barnizadas de los muebles.

## II

Callada y cautamente se abre la puerta que hay al fondo del gabinete, y entra un hombre, que está

perdidamente enamorado de la marquesa, con la cual va a casarse dentro de quince días.

Procurando ahogar en la alfombra el ruido de sus pasos, llega hasta ella sin ser sentido por la dama, y parándose un momento a contemplarla, se detiene y vacila. ¿Qué hará? Cubrirla los ojos con las manos para preguntarla: «¿Quién soy?» ¿Sujetarla la cabeza contra los cojines de raso y darla media docena de besos? Ya va el hombre a inclinarse, cuando de pronto la claridad del hueco del balcón atrae su mirada; a través de los vidrios ve a la pordiosera; por la imagen reflejada en un espejo ve a su amante con la vista clavada en la mendiga, y con la rapidez del pensamiento comprende que allí, a dos pasos, está la miseria desfallecida, hambrienta, y allí, a dos palmos, la riqueza, harta, perezosa, indolente, que no hace el bien por no moverse... Levantarse, sacar de un cajón unas monedas, abrir el balcón y echarlas a la calle; no hace falta más para que aquel hombre sienta su corazón henchido de alegría; pero aquella mujer por quien él está ciego, aquella dama, a quien va a entregar su porvenir, su albedrío, no se levanta ni hunde siquiera la mano en los bolsillos en busca de una moneda olvidada. Pasan unos instantes: el hombre devora con los ojos a su amada, espiándola con ansiedad horrible. Daría la mitad de su vida por verla levantarse; pero ella no se mueve, y en su rostro, disgustado por la terquedad de la mendiga, comienzan a dibujarse los gestos del

hastío, que por fin se resuelven en un bostezo largo y callado...

Entonces el caballero, con mayor cautela que al entrar, anda algunos pasos hacia atrás, sin separar los ojos del espejo en que ve la imagen de su amante, y con las pupilas veladas por dos lágrimas, quizá las más amargas que ha vertido en su vida, desaparece tras la puerta, cruza el vestíbulo y sale a la calle, dejándose en aquella maldita casa un mundo de esperanzas desvanecidas y una realidad que le horroriza.

Al cruzar la plaza, tropieza con la mendiga, y sacando unas monedas de plata, las deja caer sobre su mano helada y sucia; luego, volviéndose, mira por última vez al balcón de la marquesa y traspone la esquina, llevando para siempre grabado en el alma, no el recuerdo de un rostro hermoso y adorado, sino la imagen de aquella fisonomía indiferente, esquiva y fría que se reflejaba en el espejo, mientras la mendiga, con los pies descalzos entre la nieve, extendía la mano sobre cuya palma, falta de calor, casi se paraban sin derretirse los copos que caían...

1882.

# EL SANTO VARON

## I

A pocas leguas de Villagansos, como reclinado en la vertiente de una montaña que le resguarda de los vientos del Norte, existe un pueblecillo pintoresco y alegre que se llama... no me acuerdo cómo.

Sus calles, si tal nombre merecen, están formadas por casas de pobre aspecto que, situadas a desiguales distancias, dejan paso más o menos ancho, según las empalizadas avanzan poco o mucho sobre la línea de sus humildes construcciones. Por encima de las tapias extienden las dilatadas y frondosas ramas los olmos y los tilos; a través de las vallas de madera se ven erguidos sobre las hortalizas y legumbres los frutales cargados de blancas y sonrosadas florecillas, que han de ser al otoño, bajo la forma de peras y manzanas, delicia de chicos o regalo de grandes; y sobre los tejados ennegrecidos por el humo que de los hogares se escapa, álzanse acá y allá los altos palomares, en cuyo derredor revolotean ban-

dadas de gorriones que acuden a robar el grano desperdiciado por ahítas y ruidosas palomas. La luz esplendorosa de un sol meridional, ya ilumina paredes blanquísimas, ya como en haz de rayos rotos y dispersos sepúltase en las copas de los árboles, llevando vida y calor a los nidos de bulliciosos pájaros; las sombras dibujan sobre el césped caprichosos antojos, que el sol, en su carrera, varía de forma y de lugar; los perros, huyendo de los ardores del estío, duermen sobre el brocal del pozo y la tierra humedecida; y los aromas campestres vienen, traídos en alas de las brisas, que arrastran, en mansos remolinos, las primeras hojas caídas. Durante las horas de calor, cuando la gente del lugar está trabajando en los vecinos campos, todo es silencio y calma. Apenas se escucha, de cuando en cuando, el ruido que producen sobre el duro piso de la era el trotecillo lejano de la cansada yunta, o resuena en los aires la robusta voz del gañán que la guía.

Quizá, por ser cosa de cuento, sea este lugarejo el único adonde jamás llegaron la envidia y la soberbia, máscaras con que de ordinario se disfrazan la miseria del pobre y el egoísmo del rico. La Naturaleza, pródiga y benigna, ha derramado allí sus dones. Produce la comarca lo bastante para su propia vida, sin haber de recurrir en busca de lo necesario a otras regiones, y nadie hay en ella que goce con exceso ni quien sienta la privación en demasía; ricos y feraces, los campos rinden cada año el hermoso tributo de sus pingües cosechas; sobra trigo, nunca escasea

aceite, y hay vino para todos; bajo un sol ardiente maduran las frutas; manantiales surgidos de entre las agrestes grietas de las peñas, ofrecen agua fresca y purísima; incita al trabajo la seguridad del premio; gózase en paz lo bien ganado, y cuando en la serena noche se alza junto a una reja una copla de amor, parece la acción de gracias tributada al poder misterioso que ha hecho de aquel pueblecillo un trasunto de lo que debió ser la tierra prometida.

A tal lugar se retiró, y en él vivió mucho tiempo, un hombre que no es bien quede olvidado. Llamábase don Diego; tendría, año más o menos, cuarenta, y era tranquilo, afable, bondadoso y sencillo.

No dando consejo a quien no se lo pedía, no interviniendo en ajenas contiendas, socorriendo de vez en cuando alguna pena y aliviando algún infortunio, llegó a ser querido de los lugareños, que miraban en él un hombre superior.

Cumplía don Diego escrupulosamente con los deberes religiosos, lo cual le granjeaba las simpatías del cura; mandábale decir alguna misa, y esto le colocaba ya muy alto en concepto del presbítero; daba limosna a los pobres, lo cual importaba menos al piadoso sacerdote; prestaba libros al maestro de escuela y murmuraba con él del clérigo; saludaba al alcalde como a la estatua de la ley, y de esta suerte, querido de los tres, vivía en paz, sin que ninguno pusiese en duda que fuera buenísima persona.

Hacía una vida reposada y tranquila, sin accidente que turbara su calma; bien es verdad que era

hombre para no incomodarse aunque le vinieran las cosas muy torcidas. Durante los calores, paseábase por la mañana a la fresca, y de vuelta se entraba un buen rato en la iglesia; luego comía, y tras dormir la siesta, puesto ya el sol, daba otro paseo y se acostaba. En la estación del frío, paseaba en el centro del día, charlaba con el cura, puestos los pies en la tarima del brasero de la sacristía, y antes de dar las diez, a dormir, no sin haber hecho primero que le calentaran la cama y le cerrasen puertas, ventanas, gateras y cuantos resquicios pudieran dar paso al menor ruido.

Así vivió don Diego mucho tiempo, sin inspirar realmente un cariño profundo a los labriegos y gente del lugar, pero mirado con la simpatía que inspira todo el que no hace mal, procura algún bien, no contraría a nadie, y aparentando vivir para todos, en realidad vive con todos. Por fin, sus años, que no eran muchos, pero a quien ayudaron restos indómitos de dolencias pasadas, acabaron con la vida de don Diego, y una mañana amaneció difunto, en medio del dolor de algunos, el disgusto de pocos y la indiferencia de los más. Dolióse el cura de que le hubiesen faltado sus auxilios, no chocó al maestro que dejara de pedirlos, pero extrañáronse todos de que, como si nada importara a don Diego lo que tras él viniese, faltasen por completo entre sus papeles disposiciones que a su postrer voluntad se refiriesen.

Diósele sepultura, y el tiempo, poderoso cristal de aumento que agranda notablemente las cosas, hizo

luego que aquel don Diego, bueno, y nada más que bueno mientras vivió, llegase a ser tenido por varón santísimo, de quien las viejas y los tontos hablaban como de beato canonizable.

## II

¿Fué realmente, como pretendieron algunos, un santo varón? ¿Fué un hipócrita?

Por si sus mismas frases pueden contribuir al esclarecimiento de la duda, he aquí la carta que pocos días antes de morir escribió a un antiguo amigo suyo:

«Villagansos 10 de abril de 18...

Querido Antonio: ¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos! Casi se va borrando de mi memoria la vida que hacíamos juntos, cuando los días pasaban por nosotros como las olas junto al buque, al parecer besándolo, y en realidad minando su existencia! ¡Qué época aquella, en que antes de sentir un deseo, se imaginaba el modo de colmarlo! ¡Qué noches las de aquellas cenas que acababan de día, en que los vinos corrían más que el oro, y en que el amor, el ponche y el café, componían el terceto de la dicha! ¡Julia, Elena! La Poderosa, la Rubia de oro... ¿Las recuerdas aún? Fueron tiranos caprichosos, cuya dominación

nos impusimos, pero que tenían que abdicar cada vez que el deseo de conquista provocaba en nosotros una rebelión. ¡Y cuántas hubo! ¡Cuántas veces, para sacudir su yugo por el de otras, fuimos cómplices mutuos! Uno de estos «prounciamientos» te llevó a Italia con aquella morenita que parecía la estatua del pudor y estuvo a pique de morirse de pena porque halló las aguas del Adriático menos azules de lo que ella creía. Otra insurrección me unió por cuatro meses con aquella andaluza romántica que siempre se vestía de negro, vivía en un salón de raso blanco y sabía decir: «tú eres mi vida», y «dame dinero», en quince idiomas.

¡Qué Pactolo acuñado corrió por nuestras manos yendo a parar a las suyas!

Para asistir a un baile en un palacio bañado por el Neva, regalé a una en pleno diciembre flores que mandé traer de las riberas del Darro, y por un rizo de aquella Marta, que tenía cuerpo de griega y alma de demonio, vendiste tus jardines de Sevilla.

Así vivimos mucho tiempo, siempre ignorando que nuestra vida es un combate en que, si una hora mata, todas las demás hieren.

Hoy, todos son recuerdos.

Escucha cómo vivo; te digo escucha creyendo que te hablo: ¡ojalá fuera así! Contra tu voluntad y tu consejo, me retiré a este pueblo cuando quedé arruinado.

Vivir gozando, si se tienen medios para ello; vivir tranquilo, si faltan. Tal fué y es mi sistema. Practi-

qué la primera parte mientras pude; profeso la segunda ahora que no tengo otro remedio. Aquí los campos me ofrecen gratas umbrías en las abrasadas tardes del verano, intensos fuegos los hogares en las heladas noches del invierno, posturas cómodas en todo tiempo los muebles que para mi regalo traje y son restos de mi esplendor pasado.

Con todos (con los lugareños, no creas que con los muebles) vivo en paz, y poco me cuesta. Cuando hace gran calor entro en la iglesia, que está fresca, y hago acopio, para reirme luego a solas, de las sandeces que oigo al cura. Hablo mal del Gobierno con el maestro de escuela; rindo culto a la legalidad en casa del alcalde, donde suelo encontrar algún periódico; doy limosna a los pobres para que aparten de mi vista el asqueroso aspecto de sus llagas; soy devoto con las viejas, avaro y regañón con los abuelos, razonado y templado con los padres, alegre y decidor con las mozuelas, severo con los que juzgan, indulgente con los que pecan; así que todos lo son después conmigo. Trueco de tal modo en travesía plácida y tranquila esta vida, que pudiera ser borrascosísima tormenta: dirijo, en una palabra, mi bajel a gusto de las olas y, dejándome llevar por la corriente, navego hacia las costas de la muerte.

Dirás que son sosas mis alegrías; pero, ¿dónde mayor placer que no sufrir?

Lo he logrado, y tiénenme aquí casi por santo: puede que tú me llames «egoísta». Adiós.»

1882.

## ¿ . . . . . ?

Era uno de los últimos días del verano, y al caer la tarde. El sol, que parecía despedirse haciendo alarde de sus fuerzas, brillaba inusitadamente, iluminando con su dorada luz las quebraduras de las peñas, que, como festones de granito, limitaban por ambos lados el camino. La diligencia corría envuelta en una noche de polvo y moscas; llegaban al oído, confusos y mezclados, los gritos del zagal, el cascabeleo de los collares de las mulas y las maldiciones de los pasajeros, presos entre tablas, que parecían pugnar por separarse, poniéndonos a cada bache que producía un tumbo, en peligro de cortarnos la lengua con nuestros propios dientes a poco que nos descuidáramos.

Hubo una cuesta donde la carrera fué vertiginosa; los árboles inmediatos a la carretera pasaban junto a las ventanas del coche como huyendo de él; los chicos de las aldeas que atravesábamos intentaban en vano subirse a la trasera; las aves de corral escapaban atemorizadas al sentirnos; las mulas corrían y corrían; el coche iba, en fin, más de prisa que pensamiento

de ambicioso. Al llegar a un pueblecillo hicimos alto; y cuando el mayoral empezaba a impacientarse porque no salía el relevo de las cuadras, nos dijeron que aún tardaría el coche más de un cuarto de hora en poder arrancar de nuevo, pues no esperándole tan pronto como había llegado, estaban todavía las mulas en una era que distaba de allí dos largos tiros de fusil.

Pregunté entonces si había en el lugar algo notable que ver; dijéronme que no, y eché a andar por gusto de estirar las piernas, como para convencerme de que todavía estaban en buen uso y sabían su oficio.

El pueblo valía poco; no había en él ni un solo edificio digno de citarse; era triste y miserable, pero en las afueras se veían, como tendidas en la falda del cercano monte, algunas casas de labor ocultas entre copudos árboles. Al torcer un brusco recodo del camino, me hallé junto a las tapias del cementerio.

Cuatro muros de tierra parda y deleznable limitaban el sagrado recinto: empujé la puerta, sobre la cual se alzaba una cruz de madera tronchada por los vientos, y entré. Todo era humilde y pobre, pero solemne y elocuente; que cuanto más desnuda de grandezas aparece la muerte a nuestros ojos, más impone. Ni había largos epitafios, ni sepulcros de bronce, ni columnas de jaspe, sino cruces de palo clavadas en la tierra, calma, silencio, soledad augusta, y ocultas entre la verde alfombra de hierbajos que cubrían las tumbas, millares de esas florecitas

tristemente amarillas que, como hijas del llanto, sólo en tales lugares crecen, y rojas amapolas, que en aquel sitio semejaban manchas de sangre derramada en las luchas de la vida.

Como si se hubiera querido hacer allí palpable la hermosa idea de la igualdad humana, casi todas las tumbas eran, en su pobreza, parecidas. Quizá por esto mismo, o tal vez por su mayor altura, me llamó la atención una que consistía en una cruz de mármol basada sobre una losa de granito, hacia la cual las lluvias habían arrastrado la bastante tierra para cubrir una inscripción brevísima, de la cual podía solamente leerse esta fecha: 1860.

Colgadas de los brazos de la cruz veíanse seis coronas de siemprevivas, de las que muchas desmentían su nombre por lo secas. La primera, contadas de izquierda a derecha, estaba completamente destruída, era el esqueleto de una corona; sólo quedaba de ella ese rollo de pajas que unos revisten de florecitas con la mayor indiferencia, para que otros lo depositen, llorando, ante un sepulcro. En sus cintas apenas podían ya adivinarse los guarismos que componían esta cifra: 1861; la segunda, también ajada y seca, decía: 1862; la tercera, descolorida y pálida, deshecha y maltratada por los vientos, correspondía a 1863; en la cuarta, conservada más entera y con más color, los números se leían aún perfectamente: 1864. La última, casi lozana y fresca, era del año siguiente. El aire las hacía temblar, moviéndolas lenta y dulcemente; parecía que forcejeaban queriendo

detener ante aquella piedra caldeada por el estío las frescas brisas de la tarde; el sol poniente fingía volverlas el color perdido; nada se oía en torno, ni el chirrido de los animalillos estivales, ni el bullicio de las cercanas eras, ni aun el blando aleteo de los pájaros, que, faltando la luz, venían medrosos a esconderse en los resquicios del tejadillo de la puerta, mientras yo pensaba mirando aquel sepulcro: «Aquí yace uno que todavía vive en la memoria de otro.» Pero noté en seguida que, si la última corona correspondía a 1865, eran ya pasados algunos años, y la mano cariñosa que allí se adivinaba no había venido, como antes, a dejar sobre los brazos de la cruz ninguna nueva prueba de que fuese la fiel ejecutora de lo que un alma triste la ordenaba.

«En tanto tiempo—me decía yo—¡pueden olvidarse tantas cosas!...

Esto es lo que aquí ha sucedido: quien se quedó ha olvidado a quien «se fué», y el año en que la nube del dolor se ha disipado al recibir el beso consolador de la alegría, los brazos de la cruz han esperado en vano una nueva corona; la tierra se ha extendido sobre la piedra libremente; dentro de poco, el afelpado musgo echará raicillas en los huecos de las letras grabadas, borrándolas enteramente, y todo habrá concluído.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La luz iba faltando, y la curiosidad me atenaceaba por saber una cosa vulgar hasta no más: la eterna historia de uno que se muere y otro que le olvida.

Expiraba la tarde; las temblorosas sombras de los altos cipreses envolvían la cruz como una gasa fúnebre, cuando, al mirar fijamente el sepulcro, creí ver su piedra transparentarse y conmoverse, ofreciendo a mis ojos el oscuro fondo de la tierra algo como un extraño kaleidóscopo, cuyas visiones fueron el espejo en que se reflejaba lo que mi fantasía iba forjándose. La losa de granito fué tomando los brillos de un cristal que conservaba la forma de la lápida, y por bajo de ella cruzaron ante mí escenas no ocurridas, con que yo pretendía fingirme lo que quería adivinar. Y creí ver explicadas las seis coronas de mil modos distintos.

¿Quién no se crea una historia de amor ante una tumba ya olvidada?

.......................................................

Vi brillar las primeras miradas que llegan hasta el fondo del alma y no quieren salir jamás de allí; los primeros suspiros que se beben como algo nuevo que nos da la vida; las citas a esas horas que tardan tanto en llegar y que se van tan presto; las veladas de amor, con sus estrellas en el cielo y con sus besos en la tierra, y esas inciertas esperanzas y dulces inquietudes con que el cariño se alimenta, y las promesas que se hacen sin saber cuándo se podrán cumplir.

Luego, tomando rumbo distinto mis antojos, vi un poema de paz y de dulzura donde lo había visto de pasión amorosa y alocada...

La madre jugando con el niño, que enredaba sus temblorosas manecitas entre las anchas y robustas

trenzas de una cabeza bañada en los arreboles de luz que parece esparcir en torno suyo la alegría; los pasos inciertos, las primeras caricias hechas por el hijo como obedeciendo a un instinto, y recibidas por la madre como aspirando un perfume; las primeras balbucientes palabras, antes que dichas por el labio adivinadas por la impaciencia del deseo... y luego la sepultura, las seis coronas, y el problema en pie. Aquello era la novela de un alma que había amado y se veía olvidada, algo que hacía sentir frío mortal en las entrañas; era mirar la tumba de uno mismo, leer en su propio porvenir, hundir la vista en lo futuro y ver el nombre borrado, la lápida invadida por las plantas, las coronas marchitas....

..........................................

Amante o madre, hombre o mujer, el vivo había muerto o el muerto estaba ya olvidado.

Cerrada la noche, volvíme triste y pensativo hacia el lugar; monté en el coche, que partió arrastrado al galope de las mulas, y mientras tuve fija en la memoria la imagen de lo que creí ver y lo que vi, hubiese dado cuanto tenía por saber la historia de las seis coronas. Pero de allí a poco, pensándolo bien, hubiera dado lo mismo por seguir ignorándola, y ahora prefiero a la realidad horrible con que pudiera tropezar el antojo de mi imaginación.

Quiero creer que los muertos eran dos.

1879.

# SABANDIJAS LITERARIAS

Tres clases de hombres viven en el campo de las letras. Los que por su mérito han logrado conquistar honrosa fama; los que dignamente procuran, en la medida de sus fuerzas, merecer el aplauso de sus contemporáneos, y las «sabandijas literarias». A la primera categoría sólo llegan los afortunados a quienes la Naturaleza confió los secretos de impresionar la fantasía o agitar el alma: a figurar en la segunda, aspiran, con distinta suerte, los que no separan nunca en su conciencia el esfuerzo del talento y el sentimiento de la honradez: componen la tercera muchos que, a primera vista, parecen desheredados de la fortuna, pero que no son, en realidad, sino huérfanos del decoro. En el campo de las letras, lo mismo que en los prados de siembra, crecen juntas las espigas altas que dominan el resto de la mies para orgullo del labriego; las otras menores, que juntas constituyen riqueza, y las malas hierbas que, tenaces como la grama o punzantes como el cardo, quitan vigor al trigo y roban fuerza a la tierra, sin que de ellas quede luego memoria ni provecho. Pero nunca las

malas hierbas consiguen destruir la cosecha: aunque asalten con sus tallos las cañas, aunque roben con sus raíces la savia, bastan algunos granos robustos caídos en el surco para que la lluvia los fecunde y el sol los dore, mientras, rastreando por los sucios terrones, quedan ellas oscurecidas y borradas. Así, son también vanas las malas artes de los que se pasan la miserable vida censurando cuanto se escribe, sin producir nada, y vengándose de la indiferencia pública, señalando defectos que quizá constituyesen bellezas en las obras que ellos escribieran.

Engendran a la sabandija literaria el convencimiento de la propia bajeza y la envidia del valer ajeno. Mientras el escritor sabandija cree poder llegar donde otros llegan, espera con paciencia; cuando la razón le dice que sus fuerzas flaquean, aborrece a los que adelantan, y lo que otros conciben le parece siempre malo, porque él lo pensó de diverso modo y no supo dar forma a la idea ni sacar la estatua de la piedra... Entonces la pasión les ciega; buscan ansiosos en la obra de arte los errores, no por estudiarlos para huirlos, sino para que otros los vean; el goce ajeno les amarga la vida, y acaban por sentir hacia el prójimo, en forma de odio, todo el desprecio que debían tener de sí mismos.

La sabandija literaria nace en la corte y viene también de provincias, traída por los vientos de la ambición. Se presenta algunas veces en estado inofensivo, y hasta suele pasar algunos años sin dar a conocer sus verdaderos instintos. Una mala casa de

huéspedes y el rincón de un café son los sitios en que principalmente anida: en ellos suele perpetrar un drama, en que no entran para nada ni la razón fría que hace perfectas las obras del hombre, ni la pasión que sofoca los defectos con grandes bellezas, o comete una novela que no es para el vulgo por falta de interés, ni para la gente ilustrada por carencia de estudio; y luego, con su obra en el bolsillo, recorre teatros, aburre tertulias, atormenta amigos, pide recomendaciones, acosa editores, se escribe sueltos y agota todos los recursos imaginables, para llegar a uno de dos términos: o el público rechaza la obra, en cuyo caso el público es un imbécil, o el manuscrito permanece inédito, y entonces el miserable que lo engendró sigue creyendo que la obra es buena.

Pero, sea cualquiera la solución, la sabandija literaria queda formada: el fallo de la opinión no le da nuevas fuerzas para luchar; el estrellarse ante la indiferencia acaba de exasperarle, y desde aquel día declara la guerra al género humano, se hace escéptico de pega, se dedica a llorar la muerte de la literatura, llama mercaderes a los que ganan, burros a los que no pueden hacerse ricos, y sólo simpatiza con alguno tan envidioso como él, a quien prodiga elogios a cambio de otras alabanzas, tanto más gratas cuanto que son las únicas que oye. De aquí que la sabandija literaria ande con frecuencia emparejada: no sabiendo conquistar aplausos, los compra; y no pudiendo pagarlos en dinero, los devuelve en especie.

Con frecuencia la sabandija logra darse a conocer;

en este caso, pertenece ya a una variedad temible. Después de haberse estrellado en el teatro o en el libro, consigue asociarse a otro animal imbécil, pero también dañino, que se llama caballo blanco, y funda un periódico, que suele ser satírico, pero que algunas veces tiene la avilantez de presentarse como serio. Cada columna de aquel papel se convierte en una picota de honras ajenas; la sabandija va colgando allí todos los vicios, todos los errores de sus contemporáneos, y como lo malo inspira juntamente curiosidad y desprecio, el periódico, aunque luego se tire, empieza por leerse, hace daño, regocija a su dueño, y la alegría de sacar a relucir las flaquezas del prójimo le exime del trabajo de ir observando las propias. Para él todo hombre público roba, toda mujer hermosa se vende, toda conciencia se prostituye, toda inteligencia se cotiza, todo poeta plagia, todo hijo es adulterino, todo marido es manso, y así va haciendo, en sueltos y en artículos, mil retratos del hombre, que no son sino imágenes suyas en distintas posturas. Llega, por fin, un día en que se muere o le desloman de un sablazo, y nadie vuelve a acordarse de él, porque en ningún momento de la vida recuerda uno el sapo que mató en un camino, sin odio, sin rencor, sólo porque, al mirarle, sintió repugnancia mezclada de asco y miedo.

La sabandija, que tiene por costumbre frecuentar todos los lugares públicos, especialmente los peores, suele también reunirse en manadas, cuando cree que, agrupándose, se hace más poderoso. Esto suce-

de, principalmente, las noches de estreno. Como está mal con las empresas y nadie le manda una butaca, se queda junto a las puertas, se coloca en los rincones de las galerías, invade los palcos de autores y desaprueba sistemáticamente cuantas obras ve representar.

Las de los hombres ilustres le parecen indignas de la reputación adquirida; las de los principiantes no prometen nada; si se llama al autor, es de los que protestan; patea en los fracasos; chichea en los éxitos; se le ve triste en las obras que hacen reir; se desternilla de risa en las situaciones serias; finge algunas veces que se duerme, pero jamás se marcha del teatro hasta que ve terminada la batalla, y es como el cuervo que acude al olor de la carne muerta, permaneciendo escondido mientras se oyen cánticos de gloria o músicas de triunfo. Si el público revienta la obra, la sabandija elogia el sentido común de la muchedumbre; si suenan aplausos, son de los amigos; a última hora se le ve en los cafés, diciendo: «Oí un acto, y no pude aguantar más.»

La envidia toma en las sabandijas las formas más asquerosas que puede inspirar esa pasión, que parece debía ser patrimonio de los débiles, y que, desgraciadamente, ataca también a los fuertes. Censura lo bueno, elogia lo mediano, llama ñoño a lo discreto, desvergonzado a lo gracioso, soso a lo culto; lo realmente superior tiene el privilegio de sacarle de quicio.

Sólo a los muertos reconoce mérito: es preciso que

el enemigo desaparezca para reconocerle algo bueno: contra el vivo es necesario estar en guardia; donde menos se piensa sale un hombre notable; el desconocido de hoy es popular mañana, y entonces la sabandija debe tener algunos antecedentes preparados para póder apoyarse en ellos, haciendo que sus censuras no parezcan hijas del éxito.

Lo verdaderamente triste que ofrece el estudio de la sabandija, es que algunas veces tiene talento: entonces se hace completamente intolerable; la víbora posee ya conciencia de sus actos, suele hasta tomar forma de amigo. Puede aplacársela por unos días con dinero; pero el remedio es fatal, porque, obligada a alejarse, escupe desde lejos el veneno que no se atreve a inocular de cerca. Sólo hay una medicina buena contra ella: el desprecio.

El literato sabandija tiene una instrucción muy limitada: únicamente conoce los originales de las obras plagiadas. En el fondo, es verdaderamente desdichado. Lleva dentro de sí, agarrada a las entrañas, la maldita envidia, la tenia del alma.

¡Y lo sabe!

La especie es numerosa, pero no importa. Sucede con ella lo mismo que con la carcoma: los troncos que roe no mueren sino de viejos.

1882.

## LA MUERTE DE UN JUSTO

—Pienso como tú—me dijo mi amigo, paladeando el último sorbo de café y encendiendo un cigarro, cuya primera nubecilla de humo azulado fué a estrellarse en el cristal que resguardaba un dibujo de Rosales—. La realidad, la Naturaleza, lo que en el lenguaje del arte y la literatura llamamos «el natural», produce con frecuencia cosas, gentes y sucesos que parecen inverosímiles en fuerza de ser extraordinarios. No hay imaginación que invente lo que a veces da «el natural»; no hay fantasía desordenada de poeta ramántico, ni falso escepticismo de incrédulo maníaco, que conciben hechos como los que se dan en la vida diariamente...

Después variamos de conversación, y como hacía tiempo que no nos veíamos, porque él había estado algunos años ausente de Madrid, empezó a preguntarme por varios de los compañeros que comenzaron la carrera con nosotros.

—¿Qué se hizo de Pepe Vareda?

—Entró en la carerra judicial, se casó con una chica riquísima, pescó distrito, y olvidándose de

aquellos discursos internacionalistas que pronunció en San Isidro durante la revolución, ¿te acuerdas?... Pues es hoy conservador, ultramontano, y mantiene a una ex bailarina.

—¿Y Marcos Cea?

—Dejó el Derecho, intentó prepararse para arquitectura, después para ingeniero agrónomo, creo que hasta estudió dos años de Medicina, y un día le encontré con uniforme de teniente de Lanceros; ahora vive «asociado» con aquella que tuvo de patrona en la calle del Codo.

—¿Y Antonio Sobrede?

—Ejerce la abogacía explotado por uno de los primeros jurisconsultos de Madrid, que es diputado y jefe de grupo: todo el peso del bufete lo lleva Antonio: el otro firma los escritos... y total, le da ocho mil reales al año.

—¿Y a Juan Guerazu, le ves?

—Murió... Mira, a propósito de lo que antes decíamos, precisamente ha sido uno de esos hombres en cuya vida lo real toma aspecto de fabuloso. ¿Te acuerdas qué carácter tan entero tenía? Nunca podré olvidarle. Le recuerdo con respeto, y su muerte dejó en mi ánimo grandes dudas. Vivió esclavo del deber, no transigió jamás con su conciencia, tuvo esa ambición de ser honrado, que tan cara cuesta y tan poco produce...

Concluída la carrera, que siguió entre privaciones y desvelos, salió de la Universidad sin medios seguros de existencia, sin nadie que le protegiera. Sus

compañeros, confundiendo la inflexibilidad con la soberbia y la terquedad con la entereza, le tuvieron por altivo; los que se vieron inferiores a él le tacharon de orgulloso; los incapaces de comprenderle, le llamaron tonto. Su vida fué una pobreza crónica, sostenida por una moralidad incurable. Como enfermo obstinado en no tomar lo que a su paladar repugna, jamás admitió socorro que envolviese dudas para su entendimiento, o del que su conciencia sospechase malicia; y, como otros por plétora de sangre o invasión de humores, Juan murió de empacho de honradez .

Había en Mardid, durante una de las épocas en que Juan estaba más tronado, un escritor, mejor dicho, un empresario de periódicos, que quiso hacerse la reputación a costa del prójimo. Fundó el tal una revista; necesitó, según su propia frase, gente joven y con hambre, para que le ayudara, y Juan, recomendado por un amigo, entró de redactor en aquella revista; pero de redactor único. Lo hacía todo: artículos literarios, traducciones y fingidas correspondencias del extranjero; sustituía al administrador, y hasta ponía fajas, si a ello le obligaban la premura del tiempo o la obligación que se impuso de tener contento al director. Pronto advirtió éste lo que Juan valía; pero jamás pensó en darle una peseta más de los veinte duros al mes que le había ofrecido. Iba a la redacción temprano, salía un par de horas para comer, y llegada la noche, continuaba hasta bastante tarde encorvado sobre la mesa, como un

gañán sobre el surco. Así pasó muchos meses: incómodo y pobre en todo tiempo, helado en invierno y abrasada la frente en las veladas de verano por la irradiación brutal de una lámpara de petróleo, mientras por la ventana del patio a que daba la redacción subían, como alientos fétidos, los malos olores de una vecindad sucia, continuamente arrullada por las coplas estúpidas y los dicharachos soeces de las tiples de fregadero. Cobraba con puntualidad su sueldo, pero sin oir nunca palabra de elogio ni frase de estímulo. Una mañana, al llegar a la redacción, halló sobre su mesa dos libros recientemente publicados, y junto a ellos un volante, de letra del director, con esta nota. «Para dar cuenta.»

Tomó uno de los volúmenes, que era un estudio literario sobre la poética española del siglo XVII, y examinó luego el otro, libro de carácter técnico sobre los progresos de la náutica, materia de que él no entendía ni jota Leyó detenidamente el estudio literario, tomó notas, compulsó citas, formó imparcialmente su juicio favorable a la obra, y escribió unas cuantas cuartillas, que puso en manos del director a los dos o tres días, manifestándole al mismo tiempo que del libro de náutica nada podía decir. —«Con cualquier cosa se sale del paso; cuatro generalidades, y basta.» —le dijo el director. Después pasó rápidamente la vista por las cuartillas, y como viese los elogios que Juan hacía del libro, le preguntó: —«¿Tan bueno le ha parecido a usted, eh?... Pues vaya, esto no puede ser, porque este señor, el

autor, no es santo de mi devoción. Hace años, en Sevilla, se portó mal conmigo, y ahora va a pagármelas todas juntas. Haga usted otras cuartillas... ¡Hay que reventarle, ¿eh?, pero de firme! —«El libro está bien hecho»—replicó Juan.—«Pues no importa, reventarle... y escriba usted cualquier cosa de la otra obra.»

Juan salió aquella tarde de muy mal humor, y al día siguiente escribió al director diciéndole que se separaba de la redacción.

Al mes de esta aventura entró en casa de un banquero, y aunque falto de la práctica que su nueva ocupación requería, hizo tales prodigios de laboriosidad, que en poco tiempo llegó a ser el empleado más útil del escritorio. Para Juan no había domingos, fiestas ni descansos; reemplazaba a los compañeros ausentes, entraba el primero y salía el último; hasta tuvo ingratos e hizo envidiosos; prueba clara de que valía y era bueno. Durante el invierno estuvo malo, faltó al escritorio algunos días, y cuando volvió a encargarse de los libros que le habían confiado, vió en ellos algunas cifras raspadas y sustituídas con otras, de tal suerte, que rectificadas las cuentas, arrojaban en beneficio de la casa considerable diferencia.

El banquero, advertido por Juan, repuso: —«No importa, déjelo usted; no se meta usted en eso. Yo me entiendo...

Aquella noche, Juan se despidió de la casa.

Tenía a la sazón treinta y tres años, y era espanto-

samente pobre; pero como aunque la pobreza espante, suele haber mujeres de mucho corazón, hubo una, tan desdichada como él, que se enamoró de Juan. De aquel amor nacieron en dos años dos niños monísimos, a quienes la desgracia y las privaciones fueron luego afeando y desfigurando rápidamente. A los tres años murió la madre... ¡Sin duda su destino no la impuso más misión que nacer, amar, ser amada y morir! Otras vidas hay peor empleadas.

Con los gastos de la enfermead de su mujer, y con la falta de empleo, la situación de Juan empeoró por días. Poco a poco fué bajando todos los peldaños de la escala de la desgracia; cada hora que pasaba le hacía más difícil la vida y más penoso el mantenimiento de los niños, a cuyo cuidado no provee esa Providencia que da de comer a los pajaritos. Pero como él no titubeaba al tratar de ganar honradamente lo que había menester, pasó por todo, y aceptando la única colocación que pudo hallar, entró de mayordomo en casa de un título. Los niños quedaron confiados a una vecina de Juan, a quien éste daba casi la totalidad de su salario, privándose hasta de fumar para poder comprar algún juguete, que les llevaba cuando iba a verles los días de salida... Entonces les tenía largos ratos sentados en las rodillas; jugaba con ellos, les hacía barcos y pájaras de papel, se los comía a besos, y en las caricias que «sus muñecos» le prodigaban, bebía la energía que a su corazón iba faltando.

Pasó algún tiempo relativamente tranquilo, pero

un suceso inesperado vino a dar al traste con su reposo.

Una noche sorprendió involuntariamente a la señora con su querido. La pareja culpable, al verse descubierta, se creyó perdida y trató de comprar con dinero el secreto; pero Juan se negó rotundamente a ser encubridor de aquella infamia, y se marchó de la casa.

Desde aquel día, de nada le valieron la resistencia en la lucha, ni la calma en el sufrimiento. Sus ropas llegaron a convertirse en harapos, sus pocos muebles pasaron a manos de prenderos, y comenzó a vivir de limosna; pero no de esa limosna pedida en la calle al desconocido, sino de aquella otra, más humillante todavía, que hacen al pobre los que en su miserable albergue le rodean. Las gentes de la casa que habitaba le cedieron un desván, y cada día de la semana una familia diferente le guardaba los restos de su frugal comida; es decir, los garbanzos fríos, las patatas deshechas, algunos pedazos de pan; lo que se lleva el aguador en las casas donde no hay perro. El sillero del patio, la cigarrera del corredor número dos y la tendera de la esquina, tenían cuidado de los niños mientras Juan salía en busca de trabajo; él pagaba a aquellas compasivas gentes escribiéndoles cartas o memoriales, dándoles consejos, algunas veces hasta haciéndoles recados y ayudando al sillero a limpiar y teñir la enea.

Entre tanto, los chicos crecían a puerta de calle, sucios, harapientos, mocosos, repugnantes y desver-

gonzados, como frutos malsanos destinados a madurar algún día en los patios de las cárceles o las cuadras de los presidios.

Por fin, Juan, quebrantado el ánimo y agotada la resistencia física, cayó enfermo... Tumbado sobre un montón de trapos, amodorrado y triste, dejaba pasar las horas de sus pertinaces insomnios sin tener recuerdos gratos ni esperanzas que evocar, entreteniéndose en contar las grietas de la techumbre o en mirar cómo, día tras día, hora tras hora, se dilataban y extendían las manchas que formaba la humedad en los muros, o siguiendo con la vista el rayo de sol que penetraba en su desván por un ventanuco, variaba lentamente de sitio, resbalaba por la pared y se quebraba en un ángulo, disipándose luego su mancha luminosa como absorbida por la oscuridad de los rincones.

Perdida toda esperanza de salvación, la gente de la casa comenzó a decir que Juan debía «disponerse», y la cigarrera del corredor fué en busca de un sacerdote. Juan mandó que le trajeran los niños para besarles por última vez, y los chicos subieron malhumorados e impacientes, ansiosos de volver al juego interrumpido. El mayorcito, con la mano deltro del bolsillo, acariciaba la punta de un trompo; el menor traía puesto en un palo, a modo de bandera, un pedazo de cartel de toros, arrancado de una esquina. Juan les besó, llorando silenciosamente, sin poder hablar, tal vez callando adrede lo que ellos no habían de comprender, y murió tranquila, pacífica, serenamente,

como hombre conscientemente justo, casi orgulloso de su inquebrantable honradez...

Al mismo tiempo, el mayor de los niños, sacando el peón y arrollando en torno de la punta un bramante mugriento, dijo: «Quiero pan.»

Y el pequeño, abriendo cautelosamente la puerta por detrás de un grupo de vecinos, bajó las escaleras saltándolas de tres en tres, porque los muchachos del barrio tenían concertado para aquella tarde, en un solar contiguo, un gran partido de ese juego que en Madrid llaman los chicos «a justicias y ladrones».

1884.

# ÍNDICE



